

COLECCION

DE

SERMONES PANEGÍRICOS.

Es propiedad de su autor, el cual se reserva el derecho de reproducción en lengua extranjera, á cuyo fin se han depositado los ejemplares que la ley previene.

**JAEN, 1864.—Imp. de D. Francisco Lopez Vizcaino,
IMPRESOR DE LA REAL CASA.**

B-909

COLECCION

DE

SERMONES PANEGÍRICOS

PREDICADOS

POR EL DOCTOR

D. MANUEL MUÑOZ Y GARNICA,

PRÉDICADOR DE S. M., COMENDADOR DE LA REAL ÓRDEN AMERICANA DE ISABEL LA CATÓLICA, CANÓNIGO LECTORAL DE LA SANTA IGLESIA DE JAEN, ETC. ETC.

TOMO III.



MADRID:

LIBRERIA DE D. LEOCADIO LOPEZ,

CALLE DEL CARMEN, NÚM. 29.

—
1864.

SERMON

PARA EL DIA DE S. RAFAEL.



*Angelis suis mandavit de te ut
custodiant te in omnibus viis tuis.*

Ps. xc. v. 11.

Envió sus ángeles cerca de tí;
que te guarden en todos tus ca-
minos.

Mis queridos hermanos:

El predicar de Angeles, no obstante ser su ministerio de tanto favor y proteccion para el hombre, es en verdad espinoso por la elevacion del asunto, por la sublimidad de la naturaleza angélica. Póneseme delante el siguiente pasaje del sagrado libro del Eclesiástico en que el Señor nos prohíbe investigar las cosas mas altas y

escondidas, diciendo: *Altiora nē quæsieris*; «no seais curiosos ni atrevidos queriendo penetrar las cosas que exceden los límites de vuestra razón.» Palabras son estas que parecen dichas al intento, y que por lo mismo son capaces de corregir al atrevido y temerario. Sin embargo, todo temor y encogimiento desaparece leyendo el comentario del angélico doctor Santo Tomás de Aquino: «Aunque no sea lícito inquirir por la razón aquellas cosas mas altas que el conocimiento del hombre, han de recibirse por fé, como reveladas por Dios.» (1)

Pero ¿qué diremos acerca de tan sublimes espíritus, y de las celestiales inteligencias que ocupan un lugar tan encumbrado, puestas al servicio de Dios y protectoras del hombre, según la idea que nos hemos llegado á formar de su altísimo ministerio?

Hay criaturas que aventajan en dignidad al hombre, y San Agustín afirma, que los Angeles, adornados de tan singulares prerogativas,

(1) *Licet ea quæ sunt altiora hominis cognitione non sint ab homine per rationem inquirenda, sunt tamen a Deo revelata, suscipienda per fidem.*

son de esta naturaleza (1). «De Dios, creador de todas las cosas, dice Santo Tomás de Villanueva, no obstante ser incomprendible é inefable, leemos, hablamos y escribimos cosas singulares y admirables quitada toda ambigüedad, (2) ya porque nos valemos de la divina Escritura revelada por el mismo Dios, ya porque seguimos ciertas inspiraciones, ya porque sus obras admirables nos dan noticia de su grandeza y soberanía: mas de aquellas sustancias separadas, angélicas criaturas y celestiales inteligencias de que no tenemos claras noticias, poco se puede decir. Se trata de potestades invisibles y de efectos ó virtudes invisibles tambien: la Escritura habla de los Angeles, pero dice muy poco y como en enigma: *succincte et enigmatize loquitur*. ¿Qué podremos decir nosotros, pregunta San Bernardo, viles gusanillos, que sea correspondiente á la dignidad de aquellos celestiales espíritus? *Quid de cœlestibus illiis spiritibus viles loquantur vermiculi?*

(1) Angelica creatura omnia quæ Deus condidit dignitate naturæ præcedit.

(2) De Deo quidem creatore omnium qui est incomprehensibilis, ineffabilis, remota omni ambigüetate, legimus, loquimur, scribimus, etc.

Seguiremos no obstante los vestigios que hallamos en el cielo y en la tierra. Un ministerio como el del Angel de Dios San Rafael, tan benéfico para los hombres, tiene en su favor para ser creído el que se ejerce en beneficio de los pobres desamparados. Nuestro siglo no persigue con su incredulidad las virtudes que tienen por objeto la beneficencia. Tolera, respeta, y acaso defiende las instituciones que sirven para consuelo de los pobres y de los enfermos. Acerca de la santidad, nuestro siglo tiene ideas propias, y admira los santos que son de su gusto. (1) Todos son santos, pero distingue entre aquellos que se consagraron de un modo especial al amor del prójimo y los que se sacrificaron por la fé. Otro tanto sucederá con los Angeles.

Bajo otro respecto, importará estender las doctrinas de nuestra Santa Madre la Iglesia tocante á los Angeles, determinar su sentido, y atajar

(1) La prensa católica, haciendo el proceso del impio M. RENAN con motivo de la publicación de la *Vida de Jesus*, ha citado un artículo del mismo escritor, inserto en el *Diario de los Debates*, en el cual hablando de los Santos, califica á unos de *simpáticos* y á otros de *antipáticos*. ¡Qué alma tan desgraciada la de M. RENAN, pues que aborrece así lo santo como lo divino!

los desórdenes que el racionalismo y la impiedad por un lado, la ignorancia, la superstición y el sensualismo por otro, propalan relativamente á la intervencion de los espíritus.

El Señor me ayude con su divina gracia por intercesion de la Santísima Virgen. *Ave María.*

El Evangelista San Juan dice que vió á un Angel fuerte que bajaba del cielo: *vidi Angelum fortem descendentem de cælo*: cuya revelacion es muy suficiente para que vengamos en conocimiento del glorioso San Rafael. Se llama *fuerte*, porque fué *enviado*: *fortis quia missus*. Y para qué fué enviado? para pelear y vencer al demonio, lo que se verificó cuando se apareció á Tobias, y libertó á Sara de la astucia del infernal Asmodéo, ligándole en el desierto de Egipto, y desempeñando cerca de aquella caritativa y santa familia los mas amables officios de intercesor ó enviado. Despues que acojió las oraciones del anciano Tobias y las presentó al Señor, bajó de los

cielos en forma visible, (1) porque tales oraciones fueron dignas de atraer las bendiciones del cielo, inclinándose sobre él la divina misericordia. El rostro del Angel era como el sol, lo que se dice para denotar su ardentísima caridad: así como se nos advierte que puso sobre la tierra sus pies de fuego para explicar que todos le debemos algun beneficio. San Gerónimo dice que San Rafael es un sol que á todos ilumina: *Sol est charitas omnes illustrans sua virtute*; y por esto le vemos con especialidad venerado en los hospitales, amadísimo de los principales héroes de la caridad, hecho el cólega de San Juan de Dios, á quien se apareció en una enfermería vestido de su santo hábito, y diciéndole: «Hermano Juan, todos somos de una misma religion.» La nube que le rodeaba significaba este hábito

(1) Los Padres de la Iglesia estuvieron divididos en pareceres sobre la naturaleza de los Angeles. Tertuliano, Orígenes y San Clemente de Alejandría creyeron que los Angeles estában revestidos de un cuerpo muy sutil: la mayoría se declaró por la completa espiritualidad. Esta es la opinion que llegó á dominar en la Iglesia; pero no se opone á ella la aparición de los Angeles bajo una forma visible. Al menos, la Sagrada Escritura manifiesta que frecuentemente han aparecido los Angeles revestidos de un cuerpo.» Esto dice *Bergier. Dic. Teolog. art. ANGEL.*

de penitencia de que se vió revestido, como el libro que se vé en sus manos contiene remedios para todas las dolencias; y así llamamos al santo con las palabras del sagrado libro del Eclesiástico, *Medicina omnium*: «medicina para todo género de enfermedades.» Tobias, Sara, y los paralíticos que aguardaban el descenso del Angel que moviera las aguas de la piscina para aprovechar aquel movimiento y alcanzar la salud, comprueban la eficacia de esta universal medicina.

Es de notar que lo primero que hace el Angel antes de ejercer al lado de los pacientes y sufridos y menesterosos los oficios de su ardiente caridad, es descender del cielo. Sublime demostracion es este acto de la excelsitud de los dones sobrenaturales, de la grandeza de Dios y de la dignidad de sus enviados. El abatimiento, la humildad, esta es la gran virtud de los poderosos y de los elevados en gloria: no es grande el que voluntariamente no se abate ni se humilla, pues la humildad es la prueba de la verdadera elevacion. Este descenso del Angel, segun los sagrados expositores, es la prueba de su humildad: *descensus humilitatem docet*: pero en ese abatimiento se manifiesta su grandeza.

Por esta razon discreparon las opiniones acerca de la dignidad de este celestial espíritu, llamándole unos *Angel del Señor*, en lo que copiaban del Evangelio; otros como San Isidoro intitulándole Arcangel, colocándole unos en la gerarquía de las Potestades, otros en la de las Virtudes; Rey de los Angeles le llama San Gregorio: un sábio expositor le tiene en clase de Pontífice, *quasi Pontifex detulit incensum Deo*; y en concepto de Profeta porque predijo la libertad de Sara y la curacion del ciego Tobias. Por último, el Padre San Gregorio le llama medico y medicina, porque fué enviado para curar: *quia ad curandum mittitur*. Digno fué ciertamente de que se le llamara «medicina de Dios.» *Dignum videlicet fuit ut Dei medicina vocaretur*.

La Providencia tiene arcanos insondables, y no podemos contener el asombro que produce en nuestra alma el sagrado libro de Tobias, porque en él se vé retratada con admirable sencillez la caridad de este glorioso Arcangel, que ya recibe en el cielo la oracion de un santo anciano y la presenta al Señor, ya descende desde las alturas para remediar su ceguera, y ligar al demonio que mataba los esposos de Sara uno en pos de otro,

y constituirse en defensor de aquella santa familia en que hallaban consuelo los cautivos de Israel.

Oid hermanos míos cuál fué la conducta de Tobias. Cautivo en Nivive no se fué á los becerros de oro, ni abandonó el camino de la verdad: *viam veritatis non deseruit*. Visitaba y consolaba á los que estaban en cautiverio, siendo favorecido del rey Salmanasar. De gajes y dádivas reunió diez talentos de plata, y los prestó á Gabelo, bajo recibo, teniendo lástima de su mala suerte. La muerte del rey privó á Tobias de un buen arrimo, pero siguió socorriendo á los pobres y enfermos, dando de sus bienes, y enterrando los muertos. El rey Sennaquerib se indignó contra Tobias, y le quitó la hacienda, y le condenó á muerte porque hacia obras buenas. Guardaba en secreto los cadáveres y los enterraba de noche. Un día en que venia de dar sepultura á varios muertos, se sintió fatigado, se echó á descansar, y cayéndole en los ojos estiércol de golondrinas, quedó ciego. «Justo eres Señor:.... haz conmigo segun tu voluntad (1): así clamaba el nuevo Job.

(1) Tob. cap. III. v. 2, 6.

Al mismo tiempo, Sara calumniada y acusada de haber ahogado á sus siete maridos, derramando su alma en presencia de Dios, exclamaba: «A tí Señor, vuelvo mi rostro, á tí encamino mis ojos (1). El Señor acogió las oraciones de ambos, y les envió para su consuelo el Santo Angel del Señor San Rafael. Tobias dá instrucciones á su hijo de lo que ha de hacer creyendo su muerte próxima, siendo todo fácil de ejecutar menos la cobranza de los diez talentos de plata, porque habia que ir lejos, al pais de los Medos; y tomando el recibo salió en busca de un guia que le enseñara el camino y le protegiera. Entonces se le apareció el Angel, y ambos partieron. El jóven Tobias, yendo de camino con aquel Angel que se prestó como un jornalero á servirle, se puso á lavarse los pies en el Tigris, y salió un pez enorme á devorarle: mas Tobias le cogió por una agalla, segun consejo del Angel, le arrastró hasta lo seco, y le sacó el corazon, la hiel y el hígado, útiles para medicinas. El corazon puesto sobre brasas habia de servir para ahuyentar al demonio que ahogó los maridos de Sara, y la

(1) Tob. cap. III. v. 14.

huel para ungiñ y sanar los ojos que tuvieran nubes. Es decir, el jóven Tobias seria feliz desposándose con Sara, y el anciano Tobias sanaría de la ceguera. Padre é hijo quisieron constituirse por esclavos de aquel bienhechor; quisieron darle la mitad de sus bienes; y el Angel, para acabar de ilustrar á aquellos santos y descubrirles el misterio de su mision, les dice: *Ego sum Raphael angelus, unus ex septem qui astamus ante Dominum* (1): «Yo soy el Angel Rafael, uno de los siete que asistimos delante del Señor.» Postrados en tierra sobre sus rostros permanecieron tres horas, y levantándose contaron todas las maravillas de Dios.

Escándalo debe causar á los incrédulos y altivos filósofos que tanto han disparatado al tratar de la naturaleza angélica, y favorecido en las almas sencillas é ignorantes el desarreglo de la imaginacion en la evocacion de los espíritus, el simple relato del libro de Tobias. Debieran reflexionar primero que las virtudes de Tobias eran extraordinarias, que la disposicion de su corazon era la mas santa, que sus obras de caridad

(1) Tob. cap. xii. v. 15 et seq.

fueron admirables, y que en la paciencia fué un modelo tan ejemplar como Job. Si Dios tolera al impío y reparte sus bienes á los ingratos ¿qué no hará por aquellos que le son fieles y levantan á él su voz y su corazon con toda confianza? El Señor envió entonces para consuelo de Tobias y enseñanza de todos, uno de los caudillos del ejército celestial, á quienes el Señor emplea en las mayores obras de su poder.

Grande es el enviado y de esclarecido linage; *de magno genere es tu*: porque descende del cielo y se humilla. Humildísimo es, porque se ajusta de jornalero para servir á Tobias el jóven en su viaje. Sábio médico es tambien, porque aconseja sacar las entrañas al pez que estraído del rio palpitaba en la arena, y sana á Tobias. Poderoso es, porque sujetó al demonio en el desierto de Egipto. Es buen amigo, que hace reinar la alegría en la casa de Raquel, y hace que se reconozcan los parientes y se abracen, y consuela á Sara, y tranquiliza los ánimos, haciéndoles consentir en el matrimonio de esta con el jóven Tobias, y libertándolos de siniestros temores. Solícito y oficioso es con sus amigos, pues á ruegos del jóven Tobias, tomó cuatro siervos y dos camellos, mar-

chó á la ciudad de Rages, buscó á Gabelo, le entregó el recibo, cobró los diez talentos de plata como el exáctor ó comensal mas diligente, le convidó á las bodas, y se lo trajo á estas fiestas que por motivos extraordinarios duraron catorce dias. Afable, llano y sencillo es sobre toda ponderacion, pues asiste al convite, se sienta á la mesa, (1) alaba al Señor y bendice á Tobias y Sara al par de Gabelo y de los otros convidados. Muy sensible y compasivo es, pues caian en su corazon las lágrimas del anciano Tobias y de Anna su muger, por la tardanza de su hijo, y se apresura á devolverlo á sus padres consolándolos y alegrándolos de mil maneras. Es muy poderoso, pero tan humano y afable, que rehusa la esclavitud á que sus favorecidos se comprometian. Muy generoso se muestra, pues no quiere en pago de tales servicios la mitad de los bienes que le ofrecieron gustosos. Muy sublime se manifiesta á lo

(1) Esta aparicion del Angel por mas que fuera real no obliga á creer que se verificara segun suena la letra: al contrario; el Angel no comió ni bebió, aunque lo parecia. He aqui lo que dice el sagrado texto: *Videbar quidem vobiscum manducare et bibere: sed ego cibo invisibili et potu, qui ab hominibus videri non potest, utor.* Tob. cap. xii. v. 19.

último, concluida su mision, cuando dice: *Ego sum Raphael angelus*: en aquel punto desapareció de la vista de sus amigos, que cayeron en tierra, y ya no pudieron verle mas.

¡ Ah Dios mio ! Dios clementísimo, benignísimo y misericordiosísimo, ¡ qué criaturas tan excelentes y poderosas sacaste de la nada para encumbrarlas sobre toda excelencia, y qué amor tan vivo, qué tierna solicitud en favor de los mortales á quienes envías tus celestes espíritus para que se inflamen en su amor, se fortifiquen en sus tentaciones y se consuelen en lo mas recio de sus trabajos ! Un Angel del Señor se apareció á Agar junto á una fuente en el desierto, y Angeles fueron los que en el valle de Mambré se le aparecieron á Abraham junto á su tienda en el mayor calor del dia, y Angeles fueron los que sacaron á Loth con piadosa violencia de su casa para librarle de la muerte (1). Si Isaac no pereció en el sacrificio que la obediencia habia preparado al Señor, fué por la mediacion de un Angel; y por la escala que Jacob vió en sueños, angeles subian y bajaban, espléndida corte del

(2) Gen. cap. XII, XVIII, XXI.

Rey de los cielos, que prometia á Abraham y á su estirpe dilatados imperios, bendecia su posteridad y la multiplicaba como el polvo de la tierra: *quasi pulvis terræ* (1). Los «campamentos de Dios,» *castra Dei*, fueron los ángeles que vió Jacob. El Angel que iba delante de David, como el que iba delante del ejército de Israel, mostrándole el camino, dándole sombra por el dia, alumbrándole por la noche, nos aseguran de la proteccion divina que no ha faltado jamás así á los individuos como á los pueblos y las naciones. El Angel del Señor sacó á los Israelitas de la cautividad de Egipto; el Angel del Señor echó fuera al cananéó, al amorreo, al hetéo, al pherezéo, al hevéo, y al jebuséo, para que su pueblo escogido entrara en la tierra que mana leche y miel (2). Un Angel del Señor fué enviado para castigar á Jerusalem, pero David se interpuso, rogándole que contra él y contra la casa de su padre descargara los golpes: y estos angeles dominadores, príncipes de los ejércitos, azote de los egipcios, exterminadores de sus primogéni-

(1) Gen. cap. xxii. xxviii.

(2) Exod. cap. xxiii. xxxiii. Num. cap. xx.

tos, matadores de los soldados asirios, vencedores de todo espíritu soberbio, venian en ayuda de Elias el profeta que dormia á la sombra del enebro, le ponian junto á la cabeza un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua, y tocándole suavemente le decian: «levántate y come.» *Surge et comede* (1).

¡Ah hermanos míos! «Si hubiere un Angel que hable á *nuestro* favor, diremos con el paciente Job, el Señor se apiadará de *nosotros* (2):» pues si tienen espada que centellea cual fuego abrasador y descienden con Azarias y sus compañeros al horno de Babilonia, tambien apartan las llamas y refrigeran el horno con viento y rocío, se precipitan en una cueva por salvar á Daniel, cierran las bocas de los leones para que no le despedacen, y sacan á salvo á Judit de su heroica empresa: porque escrito está: «Se meterá el angel del Señor al rededor de los que le teman, y los librará (3).» Sea que aparezcan los angeles vestidos de ropas de lino, y su cuerpo como el crisólito, y sus lomos ceñidos de oro acendrado

(1) Reg. lib. iii. cap. xix. xxiv.

(2) Cap. xxxiii. v. 23. 24.

(3) Ps. ciii. Dan. cap. iii. et vi. Judith, cap. xii.

como los vió Daniel; sea que aparezcan como al Macabeo subidos en caballos, con armas de oro y vibrando la lanza; sea que aparezcan vestidos de blanco como los que vieron las Marias sentados en el sepulcro del Salvador; sea en fin que aparezcan como se verá en el último dia haciendo el oficio de *segadores* y separando el buen grano de la zizaña, sus oficios de caridad son tan admirables, es tan profundo su abatimiento, que ya se sienta el angel del Señor debajo de la encina de Ephra y alienta á Gedeon que con el mayor afan limpiaba el trigo para esconderle de los madianitas, ya es un serafin que vuela al encuentro de Isaias con una piedrecita en la mano, cogida de sobre el altar con una tenaza, y purifica los labios del profeta con un carbon encendido. Hablaba Daniel en la oracion, y volando Gabriel arrebatadamente se puso á su lado y le tocó en la hora del sacrificio vespertino. El arcangel anuncia á Maria la obra del Altísimo: angeles son los que anuncian al mundo el nacimiento del Salvador, y los que hablan á José para que huya á Egipto y vuelva á la Judea. Por su mano es confortado Jesus en el Huerto de las Olivas: ellos anuncian su resurreccion á los ha-

bitantes de Galilea, rompen las cadenas de San Pedro y lo sacan de la carcel, hablan á San Felipe y le ordenan que tome el camino de Jerusalem á Gaza, como en otro tiempo á Habacuc para que se trasladara desde Judea á Babilonia. Hasta en el camino de la muerte se encuentran los angeles, pues cuando murió Lázaro el mendigo, lo llevaron al seno de Abraham. Terrible es el poder de los espíritus celestiales, pero se deja sentir su amable presencia cerca de nosotros, en medio de nuestras almas, al lado de los que temen á Dios, en las ciudades y reinos que protegen cual vigilantes custodios. El angel del Señor está muy especialmente con los afligidos y atribulados, con los que lloran, con los que temen mucho á Dios, con los que le aman muy de veras, llegando en ocasiones á herir su corazon con dardos penetrantes, como sucedió á Teresa de Jesus. Quered, hermanos mios, amar al Señor: que os envíe una centella del amor divino: orad confiados; esperad en las oraciones de los justos, que hay un angel, como nos dice San Juan en el Apocalipsis, puesto delante del altar, y tiene un incensario de oro, y los perfumes que en él se queman son las oraciones de los santos,

y estas oraciones suben al Señor como el humo del incienso.

No necesita la historia de Tobias recibir su confirmacion de los pasages citados para que se demuestre la intervencion de los celestes espíritus, ministros de Dios y amigos de los hombres: pero sí es necesario sentar esta doctrina, enseñar lo que de la divina revelacion hemos aprendido, dilatar nuestra mirada por los vastos horizontes de la creacion, levantar las almas, inflamarlas, enardecerlas en santos deseos para que entiendan de alguna manera lo que hemos de creer respecto del comercio sobrenatural del hombre con Dios, inclinándonos como Tobias, Isaias, David y Daniel ante las sublimes inteligencias de las gerarquías superiores, confundidos por la humildad y caridad de Rafael, deslumbrados por la hermosura de Gabriel, asombrados del poder de Miguel, abrasados por el amor de los Serafines, iluminados por la ciencia de los Querubines, atónitos en presencia de las Virtudes, Tronos y Potestades. Es mucho lo que se ha desvariado en este punto, y lo sobrenatural y maravilloso no se recomienda, por la misma alteza de su origen, á la cien-

cia. rastrera y torpe incredulidad de nuestros tiempos.

No es esto decir que hoy sea rechazada la intervencion de los espíritus: muy al contrario: á la revelacion de la verdad y al plan de la Providencia ha reemplazado no se qué grosero iluminismo, el don de las inspiraciones extravagantes, la misteriosa intervencion de agentes invisibles y quiméricos, un cierto comercio desordenado, diabólico, que degrada las almas, que en cierto modo las materializa, al paso que da un alma á los sentidos para legitimar las pasiones y hasta santificar los desarreglos de la carne. El *iluminismo* ha pretendido reemplazar á la verdadera religion derramando sobre los espíritus una luz nueva, y el magnetismo se encargó de fijar el límite de sus aspiraciones. Indiferencia hacia los bienes terrestres, deseos ardientes del cielo, vision de seres espirituales, extasis en que los angeles buenos ó los demonios hagan prodigios por medio del fluido animal (1), ved aqui el grado superior de perfec-

(1) «Algunos, dice el abate *Frère* en su obra *Examen del magnetismo animal*, asombrados por los fenómenos magnéticos, los hallan muy desproporciona-

cion á que pueden llegar las almas. No importa que profesen esta ó aquella religion, ó que no tengan ninguna: basta que sean impresionables, que gusten de la contemplacion, y tengan cierta propension natural al misticismo.

Esto dicen los partidarios de ese quietismo que tantos estragos ha hecho en las costumbres, despues de haber perturbado la razon; pero no han sido mas cuerdos los modernos panteistas atacando al misticismo, como contrario á la naturaleza y destino del hombre. Unos y otros, verdaderamente ciegos y soberbios como todos los enemigos de la Religion, quieren explicar de otra manera á Dios y al hombre, al cielo y la tierra, á los ángeles y los demonios. El panteista moderno supone que el hombre se vá perfeccionando y ascendiendo, que puede elevarse hasta una *categoria infinita*, que puede subir *tan alto como quiera*. En ese camino encuentra los ángeles, y no los niega; porque la mayor dignidad de su categoria presta pábulo al sucesivo é infi-

dos con las fuerzas humanas, y por esto admiten la presencia de un agente espiritual diferente del alma. Los médicos alemanes no tienen repugnancia en reconocer la influencia de los angeles ó de los demonios.» V. *Bergier*, art. *Magnetismo animal*.

nito desarrollo de la actividad humana, base del sistema racionalista y panteista, pero base diametralmente opuesta á la del quietismo y materialismo que hemos apuntado. El resultado es el mismo, y no es maravilla; que á esto conduce muchas veces la falsedad de los principios. El panteismo de Espinosa como el de los idealistas, ambos precipitan á las almas en los torpes ensueños de la grosera sensualidad. Unos y otros encuentran á los ángeles en su camino; pero los primeros que adivinan por inspiracion de algun génio maléfico y los segundos que penetrando por entre las legiones de la celestial milicia marchan conquistando tronos, traspasando cielos y subiendo siempre segun es de tirante la ley del progreso humano que no reconoce límites, ambos pretenden reformar los ángeles, quitar el horror que inspiran los demonios, y representarnos á Satanás de la manera que él se presenta muchas veces á las almas para perderlas, transformado en ángel de luz. No hay distincion entre los espíritus; todos son buenos, todos son lúcidos y brillantes, todos son hermosos. La edad media recargó de sombras y afeó con garras al príncipe de las tinieblas; reconciliése el hombre

con los demonios, que de esta manera la carne rehabilitada asegurará su triunfo, y el infierno se verá trocado en una especie de paraiso.

El moderno panteista ha conocido alguna cosa tocante á la sublime mision de los siete espíritus que están en la presencia de Dios; mas aún; ha creído leyendo el sagrado libro de Tobias donde se refiere la aparicion de San Rafael, que «en él se nos dá la mas pura leccion de piedad, de humanidad, de castidad y de honradez:» ha creído, por último que los angeles «influyen en el movimiento del universo, no impeliendo los astros, sino inflamando los corazones con el fuego de la ternura y la piedad, activando por todas partes el perfeccionamiento de las almas y los mundos (1).» Pero semejantes concesiones, en boca de los hereges modernos que santifican las pasiones, y transforman á Satanás en angel de luz, y divinizan al hombre, y niegan la divinidad á Jesucristo, por fuerza habrian de ser vanas palabras que se lleva el viento. Que la personalidad de San Rafael es solo una alegoria, que los angeles no puedan dejar

(1) J. Reynaud: *Philophie Religieuse: Terre et Ciel*, pag. 360.

sus sublimes funciones en el cielo para venir á la tierra á desempeñar oficios tan humildes como aquellos de que se hace mencion en el bello libro de Tobias, esto dicen los que consecuentes con privar á los mortales de los consuelos de la Religion, van cerrando una á una todas las comunicaciones entre el cielo y la tierra.

Nosotros, mis queridos hermanos, no podriamos descargar un golpe mas certero sobre tan absurdos sistemas, sino haciendo notar la última contradiccion de sus ciegos sostenedores. «A falta de un conocimiento mas preciso de los angeles, dicen, alimentémonos del sentimiento general de su existencia. Honremos á nuestros grandes hombres en su vida terrestre; honrémoslos mas aún en las perspectivas poéticas de la gloria celeste; pero *al lado de ellos*, no omitamos celebrar tambien á los seres que *sin haber puesto jamás los pies en nuestros tristes valles*, dan entretanto la *mano* á nuestros hermanos, y se elevan de acuerdo con ellos en el camino de la bienaventuranza, invitándonos á seguirlos (1).»

(1) Ibid.

Como veis, mis queridos hermanos, esto no es negar las gerarquias celestes ni afirmarlas tampoco: esto no es religion, ni es filosofía, sino ficciones y pura imaginacion. En el fondo de tan contradictoria doctrina está la creencia en los angeles: está el sentimiento de su existencia, en cuanto es necesario para levantar atrevida en los aires la escala por donde ha de ascender el hombre; pero su existencia misma está oscurecida por la alegoria, su encarnacion bajo cualquiera forma está rotundamente negada, y su comunicacion con los mortales parece á estos filósofos indecorosa é imposible. El descenso de Rafael es la mas bella leccion de moral que se encuentra en la Biblia; San Miguel y sus angeles luchando con el dragon, el Arcangel invocado por la Francia como el tutelar ó custodio del reino cristianísimo, no es mas que la representacion del génio de los antiguos galos, siempre dispuestos en caso necesario á sacar la espada en defensa de la justicia y la verdad. La última palabra es esta: quítense á los angeles las harpas, las alas, las espadas, el cuerpo, la figura; predíquese la existencia de los espíritus puros, y en favor de ellos estará no solo el sentimiento

general, sino la razon. Esto dicen los que para explicar el comercio de los angeles con los hombres, afirman que no han puesto *los pies* en nuestros tristes valles, pero que nos dan *la mano* para subir á las alturas y adelantar en el camino de la bienaventuranza.

Debemos alegrarnos, mis queridos hermanos, de que no se hayan encontrado otras armas que las de la fantasia para impugnar ya la existencia de los angeles, ya sus officios, ya su naturaleza. No pasó de los caldeos ó los persas á los hebreos la opinion de los angeles, sino que consta de los sagrados libros del Antiguo y Nuevo Testamento. No son indignos del ministerio angélico los officios que en el mundo han desempeñado, pues todos redundaron en honra y gloria de Dios y sirvieron á la exaltacion del hombre. Ni repugna á la soberana autoridad y supremo gobierno de Dios que por la mediacion de estos intercesores se cumplan en el mundo las mas elevadas ó las mas misericordiosas miras de la Providencia, porque los angeles son únicamente los instrumentos del Altísimo, y nadie les ha concedido, ni en la edad media tan vilipendiada, la magistratura del universo. No se crea que la

razon y el sentimiento general están esperando la luz de los modernos filósofos para ver en los angeles unos *espíritus soberanos que están á Dios alabando*, pues esto es lo mismo que dice el Catecismo con que la Iglesia instruye á todos los fieles, siguiendo al Nacianceno, al Crisóstomo, al Damasceno, á San Fulgencio, á San Leon, y á otros muchos padres griegos y latinos, entre ellos al angélico doctor Santo Tomás. Esto es tambien lo definido contra los maniquéos en el concilio IV de Letran. Pero estos espíritus que ejercerán su ministerio cerca de nosotros de un modo invisible, como lo ejercieron en la mayor parte de los sucesos que he referido tomándolos de diversos pasages de las Santas Escrituras; estos espíritus á quienes invocamos, en cuya existencia cree y confía todo el mundo pareciéndonos que están cerca de nosotros en la hora de la tentacion ó del peligro para sacarnos á salvo; estos angeles enviados por el Señor para que nos sirvan de defensa en todos nuestros caminos, segun lo que está escrito: *Angelis suis mandavit de te ut custodiant te in omnibus viis tuis*; estos espíritus que conversan con nosotros de la manera que Dios habla á las almas en las soledades

de la oracion, y en quienes creemos con una fé sencilla y obedeciendo á un sentimiento que llamaria instintivo sino fuera mejor llamarle cristiano, estos espíritus puros, vuelvo á decir, pudieron tomar en ocasiones señaladas una forma visible, sin que desdiga de la sublimidad de su oficio el ropage exterior, pues no desdijo de un Dios encarnar en la Virgen María y tomar la forma de siervo.

Lo que no podemos es determinar en qué circunstancias se verificó la aparicion real de los espíritus celestes: no porque se diga «el Señor me habló, tuve una vision en sueños, me visitó el Angel del Señor,» se han de entender estas palabras á la letra cual si se hablara de apariciones reales: se habla así porque no se puede hablar de otra manera. El panteista que admitiendo la comunicacion entre los ángeles y los hombres niega la aparicion de los primeros bajo una forma real y sensible, se ve obligado á decir que los ángeles nos dan la mano para elevarnos al cielo. No tienen autoridad para decirnos que despojemos á los ángeles de las harpas y de las alas como quien se rie de nuestra credulidad y nos echa en cara nuestra ignorancia, los que revisten á los espíritus de

una forma exterior, haciéndolos semejantes á los hombres. Cuando Bossuet discurrendo sobre el Apocalipsis dice que «se ve á los ángeles ir sin cesar del cielo á la tierra y de la tierra al cielo, imprimir el signo de salud sobre la frente de los escogidos de Dios y aterrar al Dragon que queria tragarse á la Iglesia,» no habla de visiones reales y sensibles, pues sin ellas suelen los ángeles ejercer su ministerio. Las visiones proféticas del Apocalipsis como las visiones proféticas de Ezequiel, refiriéndose á lo futuro, está claro que no explican acciones de presente; y aunque los ángeles vayan y vengan, y soplen á los cuatro vientos, y esgriman espadas fulminantes para desempeñar misiones terribles, Dios solo sabe de qué manera llenarán sus funciones los celestes espíritus. Podrán llenarlas sin ser revestidos de una forma exterior como el Angel del Bautismo de que nos habla Origenes, ó como el Angel de la Oracion de que nos habla Tertuliano. Nadie vió al príncipe de los griegos, al príncipe de los persas, al príncipe de la Sinagoga; mas segun el Profeta Daniel, estos príncipes fueron los ángeles que presidian á dichas naciones y al pueblo de Israel (1). El Evangelista San Mateo hace

(1) Dan. x. 13.

mencion del Angel de los *tiernos niños* (1); el Evangelista San Juan nos habla del Angel de las *aguas* y del Angel del *fuego* (2); el Apostol San Pablo nos habla del Angel que ofrece sobre el altar el incienso de las oraciones (3): pero esto no implica la necesidad de que se revistan de una forma exterior y visible, ni las oraciones de los justos podrian encerrarse en un cáliz de oro, ni quemarse en un incensario y subir al cielo como sube la espiral de humo.

Lo dicho hasta aquí, mis queridos hermanos, confirma la doctrina sentada acerca de la existencia, naturaleza y oficios de los celestes espíritus, y nos sirve de poderoso argumento para confiarnos á la poderosa proteccion del Santo Angel Rafael. Su oficio principal consiste en ser médico y guia: ¡oh Dios mio! harto conocemos la enfermedad que nos aqueja, y harto hemos llorado nuestros extravíos: enviadnos, os suplico, al Santo Angel que consoló á Tobias, para que sanemos de esta ceguera espiritual que tiene á las almas sumidas en las sombras de una

(1) Cap. xviii. 10.

(2) Apoc. xiv. 18.

(3) Ad. Heb. viii. 3.

tenebrosa noche, y nos guie con su mano caritativa hasta ponernos en la senda de la verdadera perfeccion. Líbranos de las sugerencias del espíritu maligno, y hágannos compañía los ángeles buenos. No salga á nuestro encuentro cuando muramos, el Angel que cerró á nuestros primeros padres la puerta del Paraiso; recíbannos los Angeles buenos cuya asistencia reclama la Iglesia con ruegos humildes en las preces por los agonizantes. *Subvenite sancti Dei; occurrite Angeli Domini*: salid, oh Angeles de Dios, al encuentro de las almas: Señor, recíbelas en tu reino. Acójalas el Arcangel San Miguel, que mereció el principado de la celestial milicia. Salgan á su encuentro los Angeles de Dios, y llévenlas á la celestial Jerusalem. Recíbalas Cristo que las ha llamado, y precedidas de los Angeles de Dios, descansen en el seno de Abraham.

La Iglesia nuestra madre que se regocija en nuestras santas alegrías y gime amorosa en las aflicciones de sus queridos hijos, nos acompañará en la hora de la muerte. Es hora tremenda, porque es la hora de la última batalla entre el bien y el mal que se disputan el triunfo sobre nosotros. Con el Crucifijo en la mano es como se

decide esa batalla; tengamos ánimo y confianza en la misericordia de Dios, que el fatal trance se acerca. Jesucristo aparecerá acaso en lo mas recio de la pelea, atraído por los suspiros de un alma que rescató con su preciosa sangre, de un alma que es suya, que le pertenece. Jesucristo aparecerá siempre entre los que le adoran y los que le persiguen: sus angeles serán los ministros de su misericordia; el demonio y los suyos disputarán la presa. Pero la Iglesia levantará la Cruz en alto; hablará Jesus, perdonará Jesus, consolará y fortificará Jesus: su dulcísimo nombre será mil veces pronunciado y adorado juntamente con el dulcísimo nombre de María: la paz reinará en aquella alma reconciliada y en aquella morada rociada con agua bendita, adornada con imágenes y reliquias de Santos, y perfumada con la fragancia suavísima que dejó el Señor en su visita.

Dichosos nosotros, mis queridos hermanos, si habiendo sido lavados y purificados de nuestras inmundicias, sanados, santificados «y justificados en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, y por el espíritu de nuestro Dios (1)» que es medicina

(1) Ep. I. ad Corinth. cap. VI. v. 11.

para todos, conseguimos llegar, como dice San Pablo, «al monte Sion, á Jerusalem, la ciudad del Dios vivo, á la compañía de muchos millares de ángeles, *multorum millium Angelorum frequentiam*, á la Iglesia de los primogénitos, que están alistados en los cielos, y á Dios el juez de todos, y á los espíritus de los justos consumados, y á Jesus, mediador del Nuevo Testamento, y á la aspersion de la sangre que habla mejor que la de Abel (1).» Esas medicinas nos curarán; esos amigos é intercesores estarán á nuestro lado y se declararán á nuestro favor, para que no echemos de menos á los amigos del mundo que nos volvieron la espalda; sus oraciones nos darán confianza en la misericordia divina, y nos allanarán el camino del cielo que os deseo á todos. Asi sea.

(1) Ad. Heb. cap. vii. v. 22.

SERMON

PARA EL DIA DE S. JUAN BAUTISTA.



*Amen dico vobis; non surrexit
inter natos mulierum major Joanne
Baptista.*

Matth. cap. xi. v. 11.

En verdad os digo, que entre
los nacidos de mujer no se levan-
tó mayor que Juan el Bautista.

Mis queridos hermanos:

Parece que hemos perdido toda regla y medida para juzgar de la importancia de los hombres y de las cosas: en la alabanza como en el vituperio adolecen comunmente los juicios humanos de una exageracion que los hace injustos. El mundo suele llamar grandes á algunos personajes exagerando sus virtudes, ó disimu-

lando sus defectos por enormes y extraordinarios que sean. Los romanos llamaron grande á Pompeyo, y los griegos á Alejandro: pero el primero no brilló por sus virtudes domésticas: además fué muy soberbio, y desplegó su ambicion en Africa y en España. El segundo devastó la Grecia, atacó á Tesalia, marchó contra los persas, y Dios sabe hasta dónde llegaran sus estragos si muy temprano no le hubiera sorprendido la muerte.

Debemos hacer una observacion sencilla. ¿Quiérese juzgar de la grandeza con acierto? Averígüese á punto fijo en dónde principia y en dónde acaba. Por los honores y las riquezas no nos hemos de deslumbrar: ni las riquezas ni los honores dan al hombre su importancia verdadera. Los hemos de medir, dice Séneca, empezando por su base. *¿Quare ergo magnus videtur? Cum basi illum sua metiris.* ¿Cuándo podremos decir que tal ó cual hombre es grande? cuando lo midamos atendiendo á su fundamento. Grandeza sin base no es grandeza, sino apariencia vana: pero si la tiene, poco importa que no descuelle mucho, que no haga demasiado viso, que no brille con falsos resplandores. «Un coloso,

añade el filósofo gentil, no perderá nada de su grandeza por estar metido en un pozo: *Colossus magnitudinem suam servabit, etiam si steterit in puteo.* (1)

Mas grandes fueron otros hombres que los que la arrogante gentilidad ensalza; la gentilidad que ha ensalzado sin pudor á los esclavos aduladores, que ha divinizado á los ciudadanos mas flojos y corrompidos, elogiado las cortesanas impúdicas, aclamado á los magistrados mas venales, y decretado honores á los tiranos mas aborrecibles. Grandes fueron otros hombres, llenos del espíritu de Dios, señalados en virtudes, elevados por Dios al Patriarcado ó al Sacerdocio, pero fueron inferiores al Bautista. Bastará que citeamos á Job, Mardoqueo, Ananías y Moisés, todos grandes á su manera y de distinto modo, no en la opinion de historiadores mas ó menos autorizados: su elogio estriba en mas sólido fundamento, pues está sacado de las Santas Escrituras. De Job se dice: *magnus inter orientales.* En el Oriente, donde no podian asombrar las riquezas, ni ningun esplendor entre tantos esplendo-

(1) Ep. 96.

res terrenales, allí sin embargo descollaba Job y era tenido por grande. De Mardoqueo, por la familiaridad que tenía con el rey de los persas en cuyo palacio habitaba, se dice que era grande y de los primeros de la corte. Otro tanto se dice de Ananías por lo esclarecido de su linage: «Yo soy Azarías, hijo del grande Ananías;» y Tobias confirmando el esplendor y lustre que tenía de su preclara ascendencia, le dijo: *de magno genere es tu*: «de noble linage vienes.» De Moisés, finalmente, por los estupendos prodigios que obró, dice la Escritura: *fuit magnus in terra Ægypti*: «fué grande en el Egipto.» Pero todos estos hombres, volvemos á decir, fueron inferiores al Bautista; porque este, como dice San Agustín, «excedió á los Patriarcas y Profetas; fué mayor que todos los hombres, é igual á los ángeles: *nascitur major homine, par angelis*. (1)

La gloriosa mision de anunciar al Salvador del mundo, de precederle y preparar sus caminos, reclamaba que el Precursor fuera un hombre extraordinario, y que fueran igualmente extraordinarios su nacimiento, su vida y su muer-

(1) Serm 20 de Sanctis.

te. Fué como la aurora del nuevo sol que habia de alumbrar al mundo; y tuvo tantos rasgos de semejanza con el Mesías, que muchos llegaron á confundirle con él.

Nos proponemos hacer patentes estas excelencias para que nazca en nosotros el deseo de asemejarnos á Cristo, marchando por los caminos que nos dejó preparados el Precursor. *Ave María.*

Haciendo el panegírico de San Juan Bautista, no tenemos necesidad de demostrar que se aventajó en gracias, dones y privilegios á los demás hombres: no hay que esforzarse para ponderar que en la penitencia y austeridad de la vida, en la santidad de la doctrina con que consiguió arrastrar á muchos al desierto, en la valentía con que reprendió sus vicios á un monarca orgulloso, en la santa indignacion con que reprendió las costumbres mas licenciosas, y en la admirable constancia con que sufrió sus persecuciones y su muerte, no hay necesidad, vuelvo á decir, de probar con estos hechos auténticos de su admirable vida, cuánto excedió aun á aquellos que se han hecho dignos de pública veneracion por la santa fortaleza de sus almas y la práctica de las

mas heróicas virtudes. Todo al contrario: más bien algunos cayeron en error por exagerar la grandeza del Bautista hasta tal grado, que le tuvieron, no solo por un hombre singular, sino por un Angel en figura humana. Fundábanse para pensar así, en un pasage de las Santas Escrituras en que se dice: *Ecce ego mitto Angelum meum ante faciem tuam*: «he aquí que yo te envío mi Angel.» El Bautista fué enviado en efecto para preparar los caminos del Señor, y cuando los hombres vieron á este hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan, *fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes*, ¿qué descubrieron en él? ¿Hallaron las miserias y flaquezas propias de la humanidad? nó: hallaron una sabiduría celeste, una doctrina muy santa, unas costumbres exentas de toda imperfección, y una vida de éxtasis, contemplaciones y austeridades sin semejanza en lo terreno. El largo ayuno que observó en el desierto y su original pureza no parecian virtudes de hombre, sino dotes de Angel: y por tál le tendríamos si no supiéramos que dió saltos en el vientre de su madre, que así adoró al Niño que llevaba en sus purísimas entrañas la Santísima Virgen María, y que fué santifi-

cado estando todavía en el cláustro materno:
Exultavit infans in utero.

A la verdad, fueron tan extraordinarios los oficios del Bautista, que no entran en las comunes leyes de la humana naturaleza. Al paso que es reputado como el Angel de Cristo, es como la lucerna que le precede. David dice; *Paravi lucernam Christo meo:* «á mi Cristo le preparé una antorcha, que fuera delante de él:» «no era todavía la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo;» pero era enviado «para dar testimonio de la luz,» como dice el Evangelista: *ut testimonium perhiberet de lumine.* De aqui la semejanza del Bautista con el Salvador de los hombres: el uno era como una antorcha, y el otro la verdadera luz: el uno era la aurora, el otro apareció como el sol de justicia: y como Jesucristo nació en carne mortal, así su precursor fué engendrado en la tierra. Las cosas celestes y terrenales se mezclaron: ¿por qué no habria Angeles en la tierra para que nó faltase al Señor de los cielos el órden y gerarquía que le glorifica en las alturas?

Tertuliano hace una observacion que corrobora la semejanza descubierta: dice que Juan con-

viene á Cristo, y Cristo á Juan: *Joannem Christo et Christum Joanni convenire* (1). Escribiendo contra los marcionitas, afirma esta razon de conveniencia que los asemeja, que los acomoda y en cierto modo los equipara eslabonando la mision de uno y otro, y enlazando sus destinos. El Salvador fué anunciado y prometido al mundo, y Juan fué anunciado por los profetas. De la encarnacion del Hijo de Dios fué pregonero un Angel: de una manera semejante fué anunciado el nacimiento del Bautista. Si Cristo fué concebido por una Virgen, el Bautista fué concebido por una mujer estéril: finalmente, en el nacimiento de uno y otro se alegraron los cielos y la tierra. Juan convenia á Cristo y Cristo á Juan, como dice Tertuliano. Asi se comprende que el Señor le alabara y ensalzara sobre todo encarecimiento. Júzguese de la grandeza y exaltacion del Bautista por estas alabanzas del Divino Maestro, en cuyos labios se asienta la verdad y descansa la sabiduria: *inter natos mulierum non surrexit major Joanne Baptista*: «entre los nacidos

(1) Lib. 4 adv. Marc.

de mujer ninguno apareció que fuera mas grande que Juan el Bautista.»

Salomon fué muy ensalzado, y la eterna sabiduría habló por su boca. Ya sabemos que los hombres famosos de la antigüedad tuvieron calurosos panegiristas: fueron divinizados, y la fábula los exaltó por encima de los demas hombres: pero tales son en nuestra boca los elogios, ya escatimados y angostos, ya excesivos y redundantes, como inspirados por la pasion y fuera de toda regla. Nuestras alabanzas no convienen ni se ajustan cual debe ser al mérito de los personajes: ó la torpe lisonja los abulta, ó los rebaja y achica la animosa y hostil parcialidad. Jesucristo dijo: «En verdad os digo, *Amen dico vobis*, que entre los nacidos de mujer ninguno fué mas grande que el Bautista:» ¿quién dirá que hubo exceso en el elogio? Las palabras del Divino Maestro están medidas con el compás de la infinita sabiduría, y siempre se ajustaron al mérito de las personas que recomendaba. El Señor alabó á Nathanael, dice Santo Tomás de Villanueva, diciendo: «he aquí un israelita en quien jamás se halló dolo.» En premio de su fé, y de haber confesado la verdad, Cristo alabó á San Pedro di-

ciéndole: «Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan.» Alabó á la Magdalena en pago de su amor y su piedad cuando derramó sus preciosos bálsamos y unguentos, diciendo: «Dejadla: ha hecho conmigo una buena obra.» Alabó al Centurion con estas palabras: «nó hallé tanta fé en Israel:» así como hizo un cumplido elogio de la Cananéa diciendo: «mujer, es muy grande tu fé.» Celebró el Salvador la firmeza de este, la veracidad de aquel, la confianza del uno, la caridad del otro, las buenas obras y las virtudes de todos, ya fueran israelitas, ya fueran gentiles: pero elogios como el que hizo del Bautista, no los hizo de nadie. El Señor ensalzó sus virtudes, una por una, convirtiéndolas en tema de alabanzas. Alabó su admirable constancia; pues cuando predicaba Jesus yendo de una ciudad á otra, dijo á las turbas hablándoles de Juan: «¿Qué salísteis á ver al desierto? ¿una caña movida por el viento?» *Quid existis in desertum videre? arundinem vento agitatum* (1)? Lo cual era como decir, según los intérpretes: ¿pensábais que el Bautista seria un hombre inconstante y mudable, que comenzase

(1). Matth. cap. xi. v. 7.

á dudar de la venida del Mesías despues de haberle anunciado tan claramente?

Por el mismo estilo celebró el divino Maestro la aspereza de su vida, diciendo: «¿Pensásteis ver á un hombre vestido de finas pieles?» Su vestido es de pelo de camello: se alimenta con langostas y miel silvestre. Los que moran en los palacios usarán de pieles muy finas y se tratarán con mas delicadeza: *Ecce qui mollibus vestiuntur in domibus regum sunt* (1) pero Juan es predicador de la verdad, y se trata con aspereza, y habita en el desierto.

El Salvador alabó en el Bautista el don de profecía, diciendo á las turbas: «¿Salísteis á ver un Profeta? pues tened entendido que es mucho mas que Profeta.» *Etiam dico vobis, et plus quam prophetam.*

Alabó el Señor en el Bautista su angelical pureza, diciendo por San Mateo: «Este es aquel de quien profetizó Malaquías; este es aquel de quien está escrito: *Ecce ego mitto angelum meum*: Hé aquí que yo envio mi Angel.» Y el Señor que daba una idea de sus perfecciones, de sus exce-

(1) Ibid. v. 8.

lencias y su dignidad, indica el sublime destino de este Angel y alaba su oficio de Precursor, añadiendo: «Este Angel que yo envio ante tu fáz preparará tus caminos.» Finalmente, para no omitir ninguna circunstancia en la singular elevacion y grandeza del Precursor, declara el Señor que era el Bautista el mayor entre todos los nacidos. Semejantes elogios en boca del Salvador hicieron exclamar á San Agustin: *agnosco magnificentiam laudis ex dignitate laudantis* (1). «Conozco la magnificencia de la alabanza por la dignidad del que alaba.»

Cuando se consideran las relaciones y comparaciones á que dió motivo la conducta de ambos personajes; cuando vemos en el Bautista sobre-humanas apariencias y en Cristo la humillacion y voluntario abatimiento que le confunden con los simples mortales; cuando, en una palabra, aprendemos que el Salvador se abate y que el Bautista se ensalza; que este *crece* y aquel se *disminuye*, no parece extraño que muchos confundieran al Precursor con el Mesías y que fueran al desierto en su busca, para experimentar

(1) Serm. 1. de vita S. Joan.

la fortaleza de aquella caña; y ver en los prodigios que hacia, y en su vida milagrosa, las señales de una oculta y poderosa virtud, impropia de la humana naturaleza. El divino Maestro, haciéndose cargo de la incesante vacilacion de nuestras opiniones, sabia que ya juzgaban los judios que el Bautista era un Angel ó un demonio, ya suponian que el Salvador era un hombre como cualquiera otro, degradado por los mismos vicios y desórdenes que advertimos en los mas imperfectos. Condenando sus falsos juicios dijo el Salvador: «Porque vino Juan, que ni comia ni bebia, dijeron: demonio tiene» (1). Mas «vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: hé aquí un hombre gloton, y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores (2).» ¡Qué confusion para nosotros! ¿No veis en esta reprehension del divino Maestro condenada la temeridad de los juicios humanos? Tal suele ser el criterio con que se juzga, y Jesucristo se compadecia de las turbas echándoles en rostro su ligereza.

(1) *Venit enim Joannes neque manducans neque bibens, et dicunt: dæmonium habes. Matth. cap. xi. v. 18*

(2) *Venit Filius hominis manducans et bibens, et dicunt: Ecce homo vorax, et potator vini et peccatorum amicus. Ibid. 19.*

Sin embargo, para un pueblo tan poco espiritual como el pueblo judío, aquella semejanza del Precursor con el Mesias fué tanta, que debió llenarle de confusion. Si á Cristo se le llamaba el Maestro, á Juan se le llamaba del mismo modo: si Cristo bautizaba en Judea, Juan bautizaba en Emon junto á Salim, y aun al mismo Cristo en el Jordan. Es cierto que el bautismo de Juan era la imágen del de Jesucristo, y servia solamente de preparacion: es cierto que el bautismo de Cristo era el que verdaderamente borraba los pecados, segun lo manifestó el señor á San Pedro y á los demás apóstoles; pero la semejanza era realmente maravillosa, y los israelitas no eran tan espirituales que pudieran distinguir entre bautismo y bautismo, si no se les convenciera y desengañara. Asi es que promovieron altercados, dando la preferencia al bautismo de Jesus los que de él le recibieron, y prefiriendo el de Juan los que fueron por él bautizados. De aquí nació la calurosa disputa que unos y otros promovieron acerca de la purificacion, segun nos la refiere el Evangelio. Fueron á Juan y le dijeron: «*Rabbi*: Maestro (como llamaban á Jesus) mira que el que estaba contigo de la otra parte

del Jordan, tambien bautiza y todos vienen á él (1).» Entonces fué cuando el Bautista les hizo ver quien era, y que dones habia recibido, y de quién los habia recibido. Les recordó lo que les habia dicho acerca de su persona. «El que de arriba viene, sobre todos es: el que es de la tierra, terreno es y de la tierra habla: el que viene del cielo, sobre todos es (2).» Anteriormente les habia dicho que él no era digno de desatar la correa de sus sandalias: insistió asegurándoles que él no era Cristo sino el enviado delante de él, ó el Precursor: *Non sum ego Christus*. Y derribándose el Bautista por sí mismo de aquella altura en que le habia colocado la gracia de Dios y en que le contemplaba la admiracion del pueblo, dijo estas palabras: «es necesario que él crezca y que yó mengüe.» *Illum oportet crescere, me autem minui*. Esto equivalia á decir: he trabajado por llevar la Esposa al Eposo; he anunciado la fé; he congregado las gentes que

(1) *Qui erat tecum trans Jordanem..... ecce hic baptizat, et omnes veniunt ad eum. Joan. cap. iii. v. 26.*

(2) *Qui desursum venit, super omnes est. Qui est de terra, de terra est et de terra loquitur. Qui de cælo venit, super omnes est. Ibid. 31.*

han de entrar en la verdadera Iglesia: pero yo no soy el Esposo, ni esa Esposa es mia, ni yo soy el Cristo, sino un ministro suyo que he venido delante de él, que he venido á preparar sus caminos y á hacer que se atavie la Esposa para que salga al encuentro de su amado y le reciba. Pero yo me quedo en mi lugar, en el lugar que me corresponde: yo debo escucharle como uno de sus discípulos. El ministerio que me ha confiado el Señor me ha puesto en la altura en que me veis, y por esta razon estais confusos: pero yo no soy mas que su discípulo: ya vereis cómo él crece y yo me amenguo y me rebajo. Dad al Señor la gloria que le es debida, y persuadios de que yo no soy sino un ministro de Dios que ha venido para dar paso y lugar á la verdadera luz.

Este discurso, aunque ampliado sobre el sagrado texto siguiendo el espíritu de San Cirilo y San Juan Crisóstomo, fué la respuesta de Juan: respuesta necesaria, porque como dice San Agustin, «pareció tan grande el Bautista, que algunos le confundieron con Cristo (1).»

(1) *Tam magnus visus est Joannes, ut a nonnullis etiam Christus putaretur.* Lect. 50. hom. 44.

Ahora bien, mis queridos hermanos, desengañadas las turbas é ilustrados vosotros, contemplaremos aquella grandeza del Bautista sabiendo como sabemos que viene de Dios, y que en mas ó en menos puede comunicarse á nosotros. Su principal fundamento es la caridad, porque no hay grandeza sin virtudes, y la caridad es la mayor de las virtudes, porque Dios es caridad. Tened caridad, mis queridos hermanos: el amor engrandece las almas. «El alma que tiene mucha caridad, dice San Bernardo, es grande: la que tiene poca, es pequeña: la que no tiene ninguna es nada (1).» Ya lo habia dicho el Señor por San Pabló: *Si charitatem non habuero, nihil sum* (2).; «si no tuviere caridad, nada soy.» Poco importaba que el Bautista predicara y que como una campana ó un metal golpeado atronara el desierto, sino hubiera tenido caridad. Sed muy caritativos, mis queridos hermanos, que el amor hace prodigios y empieza por engrandecer las almas.

(1) *Anima quæ multum habet charitatis, magna est: quæ parùm, parva: quæ veró nihil, nihil.* Serm. 17 in cant. cant.

(2) *Ad Corinth. cap. iii.*

¿Qué diré de la penitencia? El Bautista la anunciaba practicándola y llamando las gentes á practicarla: grave, gravísima reprehension para nosotros. Él la anunciaba de todos modos; *vestitu, victu, loco*: su vestido era de piel de camello: su alimento era langostas; su morada, el desierto. Y hacia penitencia el que fué anunciado por un Angel, y concebido por un milagro, y santificado antes de nacer, y era un hombre nuevo: circunstancias que llamaron la atencion de San Bernardo, y que con mayor razon deben llamar la nuestra (1). ¿Es posible que haya todavía quien cifre su gloria en los placeres de la comida y la bebida, y haga consistir la importancia y elevacion de su persona en el vestido con que se envuelve? Pues esta es toda vuestra celebridad, dice indignado San Bernardo: *hæc vestra celebritas in gloria vestium, in voluptate ciborum.*

Rigorosa y áspera penitencia hace el Bautista: y en esto se asemeja al Salvador que ayunó en el desierto, y oró en el desierto, y fué un varon

(1) *Considera hominem angelico promissum, conceptum miraculo, sanctificatum in utero, et novum in novo homine penitentiae mirare fervorem.*

de dolores. Dichosa grandeza la del Bautista que empieza por ser una imitacion de los padecimientos de nuestro Dios: hasta en esto se asemejaron los que guardaron entre sí tantas semejanzas, pues como dice San Agustin, «si fué admirable el nacimiento de Cristo, admirable fué tambien el de Juan Bautista: si el uno fué el Verbo eterno, el otro fué la voz ó el sonido de esta palabra; si el uno fué el Señor, el otro fué su siervo: si el uno nació de la Virgen, el otro nació de la estéril (1);» y finalmente, añadimos, si el uno habia de sufrir una pasion dolorosa y una muerte cruel en afrentoso patibulo, el otro habia de sufrir injustas persecuciones, siendo llevado á la cárcel por el ódio de sus enemigos, y recibiendo la muerte de manos de sus verdugos.

Ved aquí, mis queridos hermanos, la muerte del Bautista, gloriosa coronacion de una vida sin tacha. Dió ocasion á su martirio el desenfreno de un principe orgulloso, que habiendo repudiado á su legítima esposa tomó la de su her-

(1) *Joannes et Christus, ambo mirabiliter nati, vox et Verbum, servus et Dominus, de sterili servus, de Virgine Dominus. Lect. 50 hom. 44.*

mano, á despecho de las amonestaciones del Bautista, y desoyendo sus consejos. Herodes respetaba á Juan, y le temia, porque le respetaba el pueblo y le tenia como verdadero profeta: pero como las pasiones ciegan, y cuando son criminales llevan á todos los excesos y á los crímenes atroces de que el hombre parece mas distante, hé aquí que Herodiades, muger vengativa, comienza á emplear el ascendiente que tenia sobre el corazon del príncipe para sacrificar al Bautista. El príncipe no se atreve á tanto; pero por contentar á Herodiades lo encierra en una cárcel. Su sed de venganza no se aplaca con tan poco; ella sigue minando aquel corazon corrompido: se iba gastando y enfriando de tal modo, que ya no se movia ni obedecia sinó al resorte de la sensualidad; una danza inmodesta complació al rey y lo enloqueció hasta el punto de ofrecer á Herodiades que le daría lo que pidiera, y ella entonces, prevenida por su madre, «dame aquí, le dijo, en un plato la cabeza de Juan el Bautista.» *Da mihi, inquit, hic in disco caput Joannis Baptistæ* (1). El rey se en-

(1) Matth. cap. xiv. v. 8.

tristeció; pero el Bautista fué degollado en la cárcel; su cabeza fué presentada á la bailarina; esta mujer inmunda la presentó á su madre Herodías; y Herodías, quitándose una aguja que tenia en la cabeza, empezó á picar la lengua del Bautista, como queriendo vengarse, dice San Gerónimo, de aquella lengua que habia osado decirle la verdad. Los discípulos se llevaron el cuerpo, y lo enterraron: fueron á dar la nueva á Jesus: y Jesus, como no había aun llegado su hora, se embarcó en el lago de Genesareth, haciendo rumbo á un lugar cerca de Bethsaida.

Tal fué el horrible suceso que puso término á los dias del Angel enviado por el Señor para preparar sus caminos. Prefirió el Bautista resistir la injusticia con perfecta libertad á dejar de decir lo que era justo y no condenar lo que es inicuo. Segun la negra pintura que hace San Pedro Crisólogo, «Herodes era entre los ciudadanos un sicario, entre los nobles un ladron, para la plebe un asesino, para sus hijos un verdugo; parricida con los propios, homicida con los extraños: la tierra estaba harta de sus venganzas, pero el monstruo no se hartó de derramar sangre (1).» Pues este fué el hombre á quien no

(1) *Herodes sicarius in cives, in nobiles latro, po-*

temió desagradar el Bautista: no temió sus amenazas, no temió las cárceles, no tembló ante la muerte, el que encerrado en el claustro materno tembló de gozo y dió saltos de alegría al acercarse aquel Niño Divino que era la esperanza de las gentes, el deseado de las naciones, á quien habia de preceder en el ayuno, en la penitencia, en el desierto, en la predicacion de la verdad, en las persecuciones, en el martirio, y finalmente, en su vida y muerte.

¡Que nó tengamos, Dios mio, esta fé, y esta pureza, y esta caridad que hizo tan ilustre, y tan grande y tan santo al Bautista, siendo desde el seno de su madre Santa Isabel el primer adorador de Jesucristo! ¡Que nó experimentemos al menos en el acto de recibir el Augusto Sacramento de la Eucuaristía aquella alegría que le hizo dar saltos, aquella adoracion profunda de que se sintió poseido en la presencia de Dios! ¡Qué confusion para mi, ser tan flojo, tan insensible, ó Jesus mio, sabiendo que os adoró el Bautista con transportes de alegría aun antes de

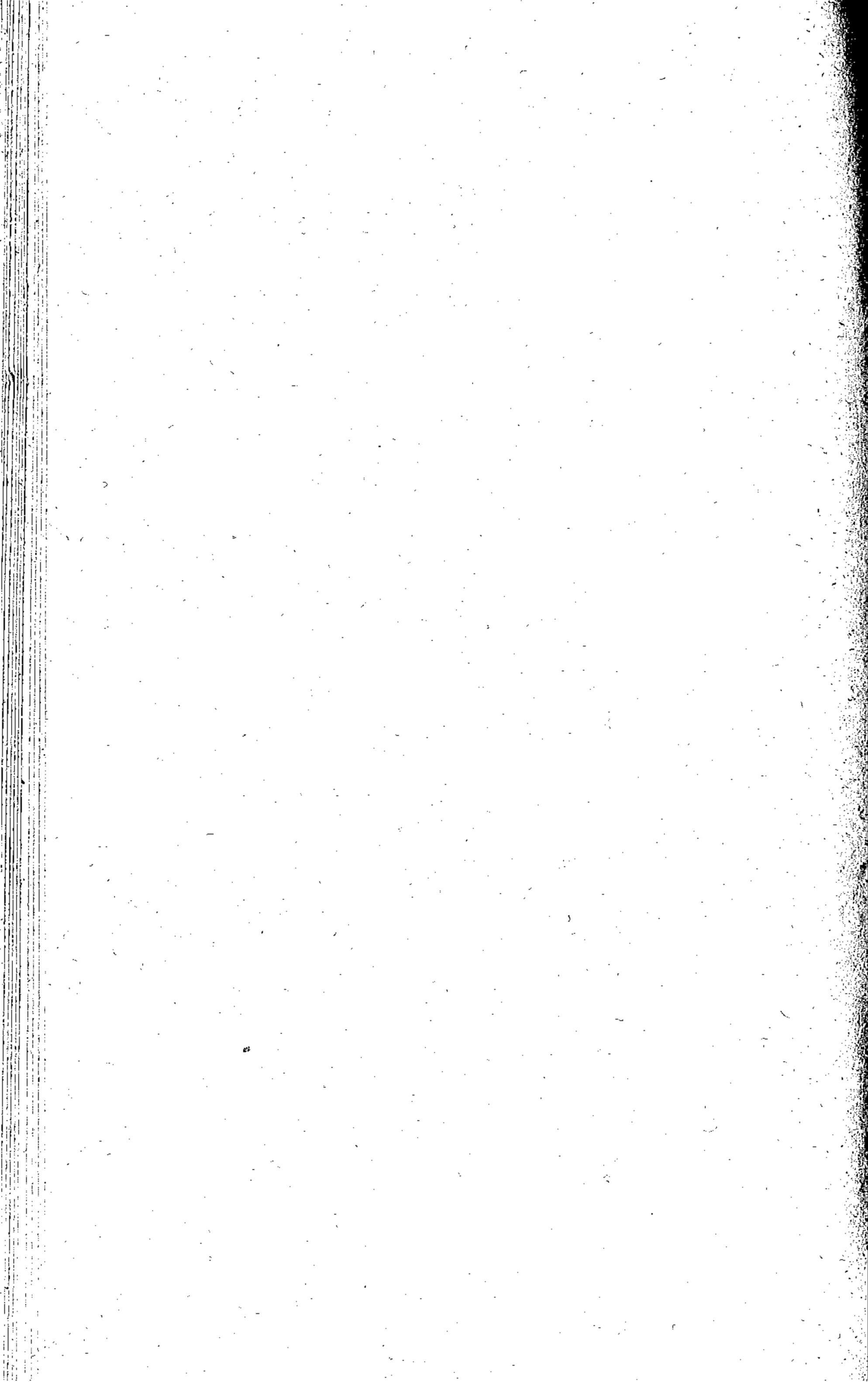
pulator in socios, in domesticos prædo, interemptor plebis, occisor filiorum, homicida in extraneos, in proprios parricida, inebrians cruore terram, in siti sanguinis permanebat. Ser. 127.

su nacimiento! Estos son, Dios mio, los movimientos que me pedís, nó palabras frias ó súplicas estudiadas.

Celebremos este dia, mis queridos hermanos, como decia San Agustin, «nó con profanos ritos sino con una devocion tranquila:» *non prophanis ritibus paganorum sed tranquilla devotione fidelium* (1). Procuremos imitar sus virtudes: él ha preparado nuestros caminos; sigámosle. Hagamos consistir nuestra felicidad, á ejemplo del Bautista, en escuchar la voz del Señor, en confesar que nuestros dones los hemos recibido del Dios del cielo, en dar testimonio de Cristo. La gloria que unos tienen de ser sus ministros y todos de ser su rebaño escogido, sus ovejas por las que siempre fué tan solícito como buen Pastor, ha de resplandecer en que le sigamos por sus caminos, en que amemos su soberana presencia, y le adoremos con la piadosa veneracion del Bautista. Dios mio, haced que yo escuche vuestra divina palabra en el silencio de mi corazon: y tú, gran Santo, que conociste mejor que otro alguno las sendas de la justicia y los

(1) Serm. 26 de Nativ. Joannis.

caminos de Dios, llevadme á su presencia para que yo le bendiga, y le adore, y le alabe, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. *Amen.*



SERMON

PARA EL DIA DE SAN JOSÉ.



*Confitebor nomini tuo, quoniam
adjutor et protector factus es mihi.*
Ecclesiastès, cap. LI, v. 2.

Glorificaré tu nombre porque
fuiste mi ayudador y mi protector.

Mis queridos hermanos:

Intento hablaros de la tierna y universal devoción del pueblo cristiano hacia el glorioso Patriarca San José, que con Jesús y la Santísima Virgen María componen el ejemplar mas perfecto de la familia cristiana. La Iglesia se complace en representarnos al glorioso San José al lado de un Dios y de una Virgen sin mancha, asociado á los misterios mas grandes de la Religion.

Para una dignidad tan alta como la de Esposo de la Virgen María, fué elegido un *varon justo*, como le llamó el Evangelista San Mateo: *Joseph autem vir ejus cum esset justus* (1) y para honrar á la madre y proteger al Divino Niño fué señalado por Dios un hombre que tuviera entrañas paternales, el desvelo de un padre de familias, y el amor de un esposo, amor el mas tierno y purísimo que se pudiera imaginar. Jesus le honró primero para enseñarnos á honrarle: le vió constituido por su Eterno Padre en un lugar mas alto y superior en la tierra, y le obedeció como el hijo mas sumiso: *Erat subditus illis* (2). Con esta sumision nos enseñó Jesus la obediencia: aprendan todos los hijos á obedecer, amar y honrar á sus padres, á vista de este soberbio ejemplo, con que parece decirnos el Salvador: *Exemplum dedi vobis, ut quemadmodum ego feci, ita et vos faciatis* (3). «Si yo que soy vuestro Dios y Señor, y el Dios y Señor de la Virgen María y del justo José, al aproximarme á los hombres y tomar su naturaleza escogí una Ma-

(1) Matth. cap. i. v. 19.

(2) Luc. cap. ii. v. 51.

(3) Juan. cap. xiii. v. 15.

dre y un custodio para realizar por medio del Espíritu Santo el misterio de la Encarnacion porque suspiraba el mundo; si yo he amado, y honrado y obedecido á los que me adoraban, con mayor razon debeis obedecer, amar y honrar á vuestros padres. Yo os he dado el ejemplo: haced vosotros lo mismo que yo hice.»

El asunto que se indica sería suficiente para representar ante vuestros ojos un cuadro de la Sagrada Familia á cuya imágen debe conformarse la familia cristiana: que por esta razon se vé á cada paso en lienzos y tabernáculos, y en el portal de Belen, con todo el amor, con toda la sencillez, con todos los atractivos de que puede estar rodeada la mas sublime leccion de moral puesta en imágenes. Y si despues volviéramos nuestros ojos al desgarrador espectáculo que ofrecen las familias en que se ha disipado el aroma de la Religion, en que la paz ha huido ante el espíritu de independendencia y rebeldia enemigo de toda obligacion sagrada, lloraríamos al considerar la degradacion de las esposas, la groseria de los maridos, las irreverencias de los hijos, el abandono de los padres, la falta de religion, el desacuerdo de los matrimonios, y la

dislocacion de tantas familias que en nada se parecen á la Sagrada Familia propuesta á los fieles como modelo, que no tienen semejanza con la union espiritual de Jesucristo y la Iglesia que deben imitar los casados. Pero hablando á vosotros, que por lo mismo que practicais la devocion del Patriarca San José amais y practicais aunque sea con imperfecciones las virtudes cristianas en que consiste el honor y la seguridad de las familias, os hablaré de las virtudes de este gran santo alabado en pocas palabras por San Mateo: os diré de su admirable vida, y ensaltaré sus virtudes, á pesar de que entre todas ellas, la humildad y la pureza del glorioso San José han sido el escollo de todos sus panegiristas, porque son superiores á todo elogio. Yo no intento excederlos, ni espereis de mí que haga un esfuerzo, porque yo sé de antemano que todo esfuerzo es imposible: pero esto mismo constituirá su mayor elogio, y nos conmovirá á pesar de la loca disipacion de nuestro espíritu. Ah Dios mio! Haced que no repasemos indiferentes nuestros ojos por este cuadro admirable de la Sagrada Familia en el que con voz elocuente se nos exorta á la imitacion de todas las vir-

tudes: inclinemos la cabeza ante el venerable anciano, ante el humilde carpintero por cuyas venas corria la sangre de David, y sepamos que por su humildad y pureza fué exaltado á la cumbre de la perfeccion. *Ave María.*

En la sencillez de los primitivos tiempos de la Iglesia la santidad del castísimo y humilde esposo de la Virgen María era creída unánimemente por los fieles; mas no se conmemoraban con solemnes fiestas su natalicio, su desposorio ni su dichosa muerte. No se hacía el panegírico de sus virtudes ni se invocaba su protección en la Iglesia: Jesús lo llenaba todo, y ante el esplendor de su gloria, manteníase, por especial providencia de Dios, reservada la de los mayores santos.

El suceso ha demostrado cuánta prudencia y sabiduría hubo en esta conducta de la Iglesia, pues el herege Cerinto tomó por su cuenta exaltar con demasía la gloria de San José, pregonan-

do que fué padre natural de Jesús, para de este modo atacar á la Religion por su cimiento negando la divinidad á Jesús, y á la Santísima Virgen el privilegio de su perpétua virginidad, y rebajando por último al glorioso San José hasta el nivel comun de los demás hombres, asignándole el mas vulgar de los destinos. Prudentísima fué la conducta de la Iglesia no dando pábulo con este silencio al error que así la malicia de unos como la ignorancia de otros hubieran propagado; mas luego que pereció tan grosera heregia abrasada por los rayos de universal anatema, la Iglesia comenzó á honrar al justo José publicando sus virtudes, que fueron una vindicacion gloriosa de las que se negaron á la celestial María, y de la divinidad del Redentor.

La misma humildad de San José fué la virtud que lo exaltó hasta los cielos: sin el misterioso papel que representaba en Nazareth, no hubiera cooperado al misterio de la Encarnacion del Verbo, ni hubiera alcanzado la dignidad de Custodio del Señor. Fué asociado al misterio porque suspiraban Patriarcas y Profetas: por él se vieron satisfechas las esperanzas del pueblo de Israel y las de todos los pueblos de la tierra: su

union, mas bien celestial que terrena, con la Santísima Virgen, sirvió de salvaguardia y defendió con honor la entrada del Salvador en el mundo, que nació sin padre: y finalmente, á él y á su singular destino se debe que se extendiera y arraigara como se ha extendido y arraigado la creencia en la Encarnacion del Verbo y en la virginidad de María.

El hijo de Jacob nació en Nazareth; era descendiente de la real estirpe de David, que habia venido á mucha oscuridad y decadencia. A Jerusalem tuvo que irse para poder vivir con el oficio de carpintero este descendiente de reyes, y ganó con el sudor de su rostro el sustento diario trabajando á la sombra del suntuoso templo que su pariente Salomon habia edificado con asombro del mundo. No tenia la sabiduria del gran Rey, ni por ensueños su poder y sus riquezas: mas participaba de los grandes sacrificios, se ocupaba en el servicio divino, y él mismo seria una de las columnas del templo inmortal que en aquel otro templo estaba prometido y delineado. Él hizo lo posible por cerrarse el paso á otros destinos, segun las ideas y costumbres de aquel tiempo y de aquel pueblo,

siendo el primer hombre como creyó San Gerónimo que hiciera voto de virginidad, consagrando su alma á Dios, su cuerpo al trabajo, y todos los momentos de su vida á la práctica de la virtud. Estudien en este vivo ejemplo de humildad los hombres infatuados y ensoberbecidos por lo que son ó lo que fueron; en esta vida sobria y llena de trabajos deténganse los hijos pródigos, y en esta consagracion á Dios de todos los dones, párense á meditar los que no comprenden que la perfeccion consiste en las privaciones y mortificaciones del sentido, sino en las satisfacciones de una desenfrenada libertad. Entre tanto, vamos á considerar lo que en Nazareth sucedia con la tierna y purísima doncella, hija de Joaquin y Ana, de la misma régia estirpe, elegida por Dios como José, pero apartada de él por el mismo voto, y adornada con tan singulares gracias, que ninguna criatura, por mucho que la haya favorecido el cielo, es comparable á María.

A los designios de Dios sirvió de oráculo el sacerdocio: y el sacerdocio interpretándolos, preparó aquellos castísimos y celestiales desposorios en que ninguna de las promesas habria de

ser quebrantada. Fueron convocados los varones del linage de David: cada uno de ellos tomaria una vara seca, y aquel en cuya mano floreciese la vara, seria el esposo destinado por el cielo á la Vírgen Santísima. Al punto reverdeció y echó flores la vara de José, y fue desposado con María (1). El Dios que resiste á los soberbios y dá la gracia á los humildes, eligió este varon justo entre todos los descendientes de David: *Elegit eum ex omni carne.*

Tal dicha mereció el que se tenia en tan poco, al reves de los que levantan tronos en su fantasía sin mas títulos que su soberbia. Los castos esposos vivieron por algun tiempo en Jerusalem junto á la puerta Aurea del templo, sin que turbaran su tranquila y santa felicidad la tirania de Herodes y los tumultos de la república. Pero al ver que los sacerdotes corrompidos y venales seguian los errores de los herodianos y saducéos, y que el templo era profanado por un sacerdocio que ya no ofrecia al ver-

(1) La Vírgen María tenia quince años, y José cuarenta y cuatro, segun San Gerónimo y Baronio. Los desposorios se celebraron en el dia á que corresponde el 19 de marzo.

dadero Dios un sacrificio puro, se volvieron á Nazareth. Allí vivian, dice Santo Tomás de Aquino, «como dos esposos, unidos por el corazón, no por la carne: la union de los santos esposos fué como la conjuncion de los astros, la cual se verifica no por los cuerpos sino por su luz: se unieron como las palmeras, no por su tronco sino por sus ramas, por la cabeza y no por la raiz (1).» Pero aquella misma virtud que revistió de flores la vara de José, y fecundó el seno estéril de Isabel, haria que las entrañas purísimas de la Vírgen concibieran al deseado de las naciones.

Acercábase aquel momento anunciado por Daniel en que se vería al hijo del hombre viniendo entre las nubes del cielo. Su Eterno Padre le daría un gran poder y un gran reino: todas las lenguas le aclamarían, y su poder sería eterno, y su reino no sería destruido. Daniel quedó espantado de su vision, y preguntó á uno de los espíritus asistentes cuál era su sentido. «Yo oí, dice el profeta, la voz de Ulai que clamó

(1) *Innupti sunt conjuges corde, non carne. Sic conjunguntur astra et planetæ, non corpore sed lumine: sic nubent palmæ, non radice sed vertice.*

y dijo: GABRIEL, *explicale esta vision...* y Gabriel vino á mí, y me tocó en la hora del sacrificio vespertino, y dijo:—He venido para descubrirte todas estas cosas: óyeme (1).» Daniel inspirado por Dios escribió la profecía de las setenta semanas de años, que comprende la venida de Cristo y la condenacion del pueblo judío.

Vino el Arcángel San Gabriel como estaba anunciado hacia cuatrocientos años, y aquel fué el instante de interseccion entre lo dos Testamentos: la humildad de la Virgen María atrajo las bendiciones del Altísimo: el Espíritu Santo reposaba en aquel santo tabernáculo que se habia preparado desde el principio de los tiempos. María responde turbada á la voz del Angel: el Espíritu Santo le dá sombra; el Verbo Eterno descende del seno del Eterno Padre al seno de la Virgen sin mancilla; y presintiendo las alegrías del cielo se regocija la tierra, cual si ya estuviera reconciliada por la infinita virtud de aquella preciosa sangre que habia de purificarla.

(1) Dan. cap. vii.

José se turbó y se estremeció como Daniel, y como Zacarías, y como Herodes, aunque por diversos motivos: aquella vision de los reinos, y aquellos milagros tan asombrosos, todo lo que la realidad, y la profecia, y los sueños, y el sordo rumor de las naciones conmovidas por tantos vaticinios contenian de maravilloso y en la apariencia contradictorio, turbó á José; pero José fatigado se rindió al sueño, y en el sueño recibe la explicacion del misterio de que por su humildad se habia hecho digno. Se habia decidido de la suerte del mundo en un rinconcillo de la Judéa, y en un pobre lugar. Allí descendió el Señor: los Angeles anunciaron su venida; María era un abismo de gracias; su venerable esposo fué escogido por el cielo para la mas alta dignidad que señalaron los profetas, y la omnipotencia y la misericordia divinas acabaron la grande obra que aguardaban todas las generaciones en las laderas de una montaña. Ni Jerusalem, ni Roma, ni Atenas, ni ninguna ciudad de alto renombre atrajo la misericordia del Señor: Nazareth fué preferida sin ser ilustre y famosa como ellas. El mismo orden se siguió con el esposo de María: todos los honores re-

cayeron sobre el pobre carpintero en quien no se pudiera admirar el soberbio esplendor de los príncipes de su raza. José y María obedeciendo á un edicto de César Augusto, se encaminaron á Jerusalem: refugiáronse como pobres en un establo, y allí nació el Niño Dios: pero la estrella que salió de Jacob anunciaba al dominador universal cuyo reino seria perpétuo. Ese reino no seria derrocado, mis queridos hermanos; esa dominacion no ha concluido, ni ha padecido eclipse la hermosa estrella que asomó por el Oriente.

Ya no podremos decir que el papel de José es oscuro, pues lo ilumina la estrella. Mayor prodigio es ver la gloria de Dios abatida, como él la vió, que su magestad realzada y adorada en todo el mundo. José y María fueron como los dos Querubines que habia sobre el arca de la Alianza, con las alas extendidas cubriendo el *propiciatorio*. Los Querubines no se miraban, pero con la cabeza inclinada sobre una plancha de finísimo oro, allí se veian como en un espejo: de esta manera José y María con los ojos fijos en el verdadero propiciatorio, que es Jesus, en Jesus se amaban, á Jesus adoraban, y por Jesus vivian. La caridad divina al despedir sus

primeras centellas halló preparados á recibirlas los corazones de aquellos santos esposos: pero estaban llenos de la gracia del Señor, antes que *la gracia de nuestro Salvador apareciera á los hombres*. Los santos esposos fueron como aquellas dos hermosas olivas que vió el profeta Zacarías sobre el candelero de oro (1).

Por esta razon se vió José tan honrado y favorecido: la Virgen le obedecia, y Jesus le obedecia tambien: mereció tener los derechos anejos á la paternidad quien tenia su amor y participaba de todas sus afecciones. Los brazos, las rodillas, el seno de José fueron la cuna del tierno infante. El pobre carpintero ganaba el sustento de su familia con su trabajo diario; y cuando Herodes condenó á muerte á todos los niños de dos años abajo para que pereciera Jesus, José, avisado en sueños por un Angel (2), toma al Niño y huye con María al Egipto. Se obrarian muchos prodigios durante tan largo viaje, unos

(1) *Angelus Domini apparuit in somnis Joseph, dicens: Surge, et accipe puerum, et Matrem ejus, et fuge in Ægyptum, et esto ibi usque dum dicam tibi. Matth. cap. ii. v. 13.*

(2) Zach. cap. iv. v. 3.

que se han referido y otros no: florecerian los árboles; enmudecerian los oráculos, y caerian los ídolos como profetizó Isaias (1): pero padeció grandísimos trabajos y congojas el bendito José, fiel custodio de Jesús. Y al menos, si el gozo de volver á la Judéa y de acudir á Jerusalem á celebrar los divinos misterios fuera el término de aquellos trabajos, podrian darse al olvido las fatigas pasadas: mas en Jerusalem perdieron al Niño sus afligidos padres, aunque le hallaron al cabo de tres dias sentado entre los doctores. De la boca de aquel Niño salieron los oráculos de la eterna sabiduría con que serian confundidos los escribas y fariseos, y confortados y alimentados nosotros: pero la Santísima Virgen, haciendo hablar á sus sentimientos maternales, usando de palabras que revelaban la intimidad de relaciones entre Jesús, María y José, le dijo: «hijo mio, ¿por qué te has portado así con nosotros? Tu padre y yo afligidos te buscábamos.»

(1) *Ascendet Dominus super nubem levem, et ingredietur Ægyptum, et commovebuntur simulacra Ægypti a facie ejus et cor Ægypti tabescet in medio ejus. Isaiæ, cap. XIX.*

¿Ut quid fecisti nobis sic? Pater tuus et Mater tua dolentes quærebamus te (1).

Jesus se ocupaba en las cosas que se referian á su Pádre celestial, pero en aquella amable reconvencion, la Virgen Santísima honró y ensalzó á José sobremanera. Ella le dió el nombre de padre, y lo era por adopcion: tenia además, como hemos dicho, los sentimientos de tál: en sus dolores, en sus desvelos y cuidados, José se portaba como el mas amoroso de los padres. Nótese que la Virgen le nombró primero, como si la autoridad de José mereciera ser superior á la suya, y en la afliccion no ser el segundo. Entretanto, el Niño acababa de manifestarse como verdadero Dios en sus preguntas, en sus respuestas, en su doctrina. Los doctores quedaron abortos: *Stupebant autem omnes qui audiebant eum, super prudentia et responsis ejus (2)*; mas de repente, sin que esta manifestacion de su divinidad obstara á la obediencia y sumision que siempre habia guardado hácia José y María, se fué en su compañía á Nazareth, y allí permane-

(1) Luc. cap. ii. v. 48.

(2) Ibid. v. 47.

ció, dice el Evangelista, «sujeto á ellos» *Et erat subditus illis.*

Aquí debemos exclamar con Bossuet: «Orgullo humano, ¿de qué te quejas?» Jesús con ser Dios, y «María, la maravilla del mundo, el espectáculo de Dios y de los ángeles, ¿de qué se ocupaban?... María y Jesús ¿pensaban acaso en elevarse?» Súbditos eran de aquel pobre carpintero cuyas manos se habian encallecido manejando el cepillo y la sierra. José tenia la autoridad de un padre; y en prueba de ello, Jesus vivió sometido á él hasta el punto de trabajar en el mismo taller y aprender el mismo oficio. No tomó el pincel de Apeles, ni el cincel de Fidias, ni la pluma ó estilo de los doctores: tomó en sus divinas manos que habian fabricado al mundo, los groseros instrumentos de que se servia su padre adoptivo. ¡Qué honor para el glorioso San José! Verse obedecido, amado y honrado por Jesús no solo en su persona, sinó hasta en su humilde oficio de carpintero! ¡Qué honor tan grande para los que viven de un oficio mecánico, para los que trabajan con honradez y viven de su salario! Todas las preocupaciones del mundo no pueden hacernos olvidar que Jesús fué llamado *el hijo del carpintero.*

!El hijo del carpintero! ¿No es esto un insulto? Los enemigos de Jesús se valieron de él para ofenderle, diciendo: *¿Nonne hic fabri filius?* Sí, pero Dios ha permitido, mis queridos hermanos, que se viera honrada la autoridad de José y su humilde profesion por medio del insulto. Cuando el apóstata Juliano amenazaba de muerte á los cristianos, su discípulo Libanio creyó por un momento que el temible perseguidor alcanzaría sobre la Religion una completa victoria. El gozo anticipado de esta victoria vista al través de sus deseos, asomándose á los lábios del sofista, inspiróle este apóstrofe impío, dirigido á un filósofo: «El emperador Juliano, le dijo, ha jurado descargar sobre tu Religion el golpe de muerte: ¿sabrás decirme en qué se ocupa entretanto el hijo del carpintero?» «Sí, respondió el filósofo sin vacilar: sé en qué se ocupa el hijo del carpintero; ha tomado su herramienta, y está construyendo un sepulcro para el emperador.» A los pocos dias fué vencido Juliano el apóstata, y quedó enterrado con los últimos esfuerzos del paganismo antiguo. El insulto se convirtió en apología: ¿por qué no seria digno de Jesús haber fabricado, por ejemplo, en el taller de su padre

adoptivo, la Cruz en que murió por nosotros y que adora el mundo? El hijo del carpintero construyó sepulcros para los apóstatas y yugos para los tiranos: derribó á los poderosos de su silla y fabricó tronos para poner en alto á los humildes. No estuvo ocioso en Nazareth el supremo Artífice del Universo: la última obra que concibió en el exceso de su amor y de su sabiduría fué la Cruz, en que él se sacrificó y nosotros fuimos redimidos.

Ah hermanos míos! Cuando consideramos los oficios humildes que abrazaron los que vinieron á honrar la pobreza y ennoblecer el trabajo, y luego consideramos el misterio de la redención del mundo, los resplandores de tanta gloria caen sobre las santas y amantes figuras de José y la Virgen María, unidas por el lazo de sus castos y santos desposorios. Esta union fué ciertamente «un misterio admirable, tan oculto como tierno. Oculto, porque para nacer Dios de madre vírgen, le dá esposo: tierno, porque se vé reinar un amor puro y refinado, sin concupiscencia, en dos almas inocentes. Es oculto, porque para guardar una excelente virginidad, entrega la virginidad al matrimonio; y es tierno,

porque se unen dos corazones, los mas castos, los mas dulces, y los mas amantes. Finalmente, es oculto, porque junta la providencia dos estrellas brillantes para que hagan sombra al sol divino, y es tierno porque enlaza dos bellísimos astros para dar mas luz al mundo, y asegurarle influjos muy benignos (1).» Pero á este misterio oculto descende la gloria de Dios que lo ilumina. Nazareth, Jerusalem, Belen, son lugares sagrados porque presenciaron este y otros misterios: el taller de un pobre carpintero ha dado tanto lustre como el trono á la estirpe de David: los desposorios de José y María son el modelo perfecto de la familia cristiana, y no hay pueblo ni nacion alguna en donde no sea amado el venerable Esposo de la Santísima Virgen con una ternura verdaderamente piadosa. Para la guarda y defensa de los reinos, Dios constituyó á los Angeles: de la direccion de los astros y del movimiento de la bóveda celeste estarán encargados los espíritus y soberanas inteligencias, instrumentos del Altísimo: mucha seria la grandeza de San José cuando el mismo Dios le enco-

(1) *Afectos á la Purísima Virgen*, por el P. Gerardo Aranda.

mendó la custodia de su Unigénito. *Qui custos est Domini sui, glorificabitur*. Le hubiera honrado dándole algun poder sobre los reinos y los mundos; pero mayores méritos tuvo á los ojos del Señor su profunda humildad: mereció por su pureza ser esposo de una Vírgen, y la castidad purísima de María y José preparó la Encarnacion del Hijo de Dios, que no debía entrar en el mundo sin milagro. «Será glorificado el custodio del Señor,» dice el Eclesiástico: tales obsequios merece de la Iglesia, de la humanidad entera, el que rayó tan alto por sus singulares virtudes; el que siendo tan humilde fué tan exaltado por el cielo; el que reunió la virginidad con una Pater-nidad aparente y honorífica, como María reunió la virginidad y la Maternidad sin quebranto de promesas, sin sugesion á las leyes de una naturaleza corrompida.

Dije al principio, mis queridos hermanos, cuán reservada estuvo en los primeros tiempos de la Iglesia la gloria del Patriarca San José: hoy se manifiesta en todo su esplendor, pero la oscuridad en que estuvo envuelta acomodábase al misterio que rodeaba como un velo á Dios y á sus santos. Todo lo que era glorioso, sobrenatural

ó divino, permanecía debajo de algun velo, estaba al amparo de sombras augustas. San José protegía con su sombra los sagrados privilegios de su esposa inmaculada: la virginidad y maternidad de María estaban como resguardadas por la defensa del matrimonio. Esta misma sombra del misterio que envolvía á los castos esposos cubrió tambien al Espíritu Santo: el Evangelista fué quién rompió el velo, para descubrirnos la generacion de Jesús diciendo: *Quod in ea natum est, de Spiritu Sancto est* (1). «Lo que ha nacido de la Virgen es obra del Espíritu Santo.» La misma oscuridad ha rodeado á Jesús, pues no solo pareció *siervo*, sino hijo de un pobre artesano: y finalmente, el mismo Dios estuvo como oscurecido á causa de esta paternidad atribuida á San José, hasta que se oyó una voz en los cielos que decia: *hic est filius meus dilectus in quo mihi bene complacui* (2). «Este es mi hijo muy amado en quien tengo todas mis complacencias.» El Eterno disipaba las sombras con una palabra, y esta palabra era como la reivindicacion de todos sus derechos.

(1) Matth. cap. i. v. 20.

(2) Luc. cap. iii. v. 22.

Se nos ha dado á conocer de muchos modos la sábia economía de la Providencia, haciendo que Jesus naciera en un establo y muriera en una Cruz: á este modo San José debió representar un papel muy oscuro, para brillar mas adelante, segun la misma sábia economía. San José fué el velo que encubria la majestad de Dios; mas luego que la majestad de Dios se descubre, la gloria de San José arroja su luz en el mundo. Ha brillado el último, pero ¡qué luz tan hermosa! ¡qué pobreza la suya tan honrada! ¡qué castidad tan perfecta! ¡qué ancianidad tan venerable! ¡qué sencillez y qué humildad tan profunda! Se le dice que vaya al Egipto, y vá: que permanezca alli hasta que vuelva á oir la voz de Dios, y permanece. Se le dice que vuelva á la Judéa, y vuelve: que se retire á Galilea, y se retira. Si estando despierto oye la voz de Dios, obedece: si un Angel se le aparece en sueños y le habla, obedece del mismo modo. El Evangelio no cita ninguna palabra suya: cumple su destino en silencio, vive en la humildad, y muere cargado de años, como los antiguos Patriarcas. Cristo cierra sus ojos, y el amante esposo de la siempre Virgen María es enterrado junto al sepulcro de Jacob (1).

(1) Segun San Gerónimo, la muerte de San José

Pero la gloria de este santo se ha estendido por el mundo: la piedad y la devocion le han indemnizado del silencio y oscuridad de su humilde albergue. Como á poderoso acudieron los fieles nombrándole su abogado, y se ha experimentado en la Iglesia la virtud de su misericordioso patrocinio. Ya era un varon sábio y poderoso como Gerson quien se le rendia devoto, escribia en su alabanza y movia los ánimos para que bajo su advocacion se levantaran templos. Ya era un pobre lego capuchino como Fr. Alejo Vigevano, el que muriendo, creia ver á su lado á San José ayudándole en la agonía. Unas veces el cielo confirmaba con señales la predicacion de San Bernardino de Sena en alabanza de San José, haciendo brillar sobre su cabeza una cruz de oro; otras veces los oradores sagrados para empezar su oficio con un honor señalado, predicaban del glorioso Patriarca, á ejemplo de Bossuet que dedicó á este santo las primicias de su elocuencia. Lo mismo la penitente Santa María de Cortona que el dulcísimo San Francisco de

ocurrió hacia el año veintinueve de la era cristiana. El Santo tenia cerca de setenta años, y la Virgen María cerca de cuarenta y cinco.

Sales le veneraban con asíduo y devoto culto: un padre le encomendaba sus hijos; un misionero su mision; un Rey sus provincias, un Obispo su Iglesia.

Pero, hermanos míos, quien vió con mas claridad que muchos obispos, reyes, predicadores y varones espirituales la dignidad y merecimientos del Patriarca San José, fué Santa Teresa de Jesús. Parece que además de la obra de la reforma del Carmelo, Dios la encomendó este cuidado de ensalzar al Esposo de la siempre Virgen María. Ninguno levantó tantos templos bajo la advocacion del Señor San José; ninguno le ganó tantos devotos, ni logró inspirar tan tierna confianza en su patrocinio. Santa Teresa empezó á sentir tan viva confianza con ocasion de sus enfermedades: por esto dice en el libro de su *Vida*: «Y tomé por abogado y Señor al glorioso San José, y encomendéme mucho á él: ví claro, que ansi desta necesidad como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este Padre y Señor mio me sacó con mas bien que yo le sabia pedir. No me acuerdo hasta ahora haberle pedido cosa que la haya dejado de hacer.» Para que nadie se acobarde aunque se vea en grandes aprietos, di-

ce la Santa: «Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo..... Quiere el Señor darnos á entender, que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenia nombre de padre siendo ayo, le podia mandar, aun en el cielo hace cuanto le pide.» Teresa de Jesús hizo mucho por el culto de San José, diciendo: «Procuraba yo hacer su fiesta con toda la solemnidad que podia, más llena de vanidad que de espíritu, queriendo se hiciese muy curiosamente, y bien, aunque con buen intento.» Con todas sus fuerzas extendia esta devocion: «Querria yo persuadir á todos, decia, fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud.... Solo pido por amor de Dios, que lo pruebe quien no me creyere.» Si habla Santa Teresa con personas muy espirituales, les dice: «En especial personas de oracion, siempre le habian de ser muy aficionadas;» y si habla con personas que se proponen entrar en este camino y buscan reglas para aprender á orar, les dice:

«Quien no hallare maestro que le enseñe oración, tome este glorioso Santo por maestro, y no errará en el camino (1).»

Comparad ahora, hermanos míos, la oscuridad y humildad de San José así en su vida como en los primitivos tiempos de la Iglesia con la gloria y solemnidad de que su nombre se ve rodeado, y comprendereis la sabia economía de la Iglesia asistida por el Espíritu Santo, que en tiempo oportuno ha hecho tan bella manifestación de los títulos y prerogativas del glorioso San José. Es preciso no ser cristianos para no seguir tan tierna devoción; es preciso ser del todo indiferentes para no confiar en su misericordioso patrocinio, y haber llegado al colmo de la desgracia para no llamar con tiernos gemidos á nuestro Santo Patriarca para que sea nuestro abogado en la hora de la muerte. Tanto es lo que se ha realizado su mérito á nuestros ojos. ¿Cómo no amarle con tierno amor y deleitarse en su trato y amistad con piadosa confianza, á vista de los celestiales arrebatos de la seráfica doctora Santa Teresa de Jesús?

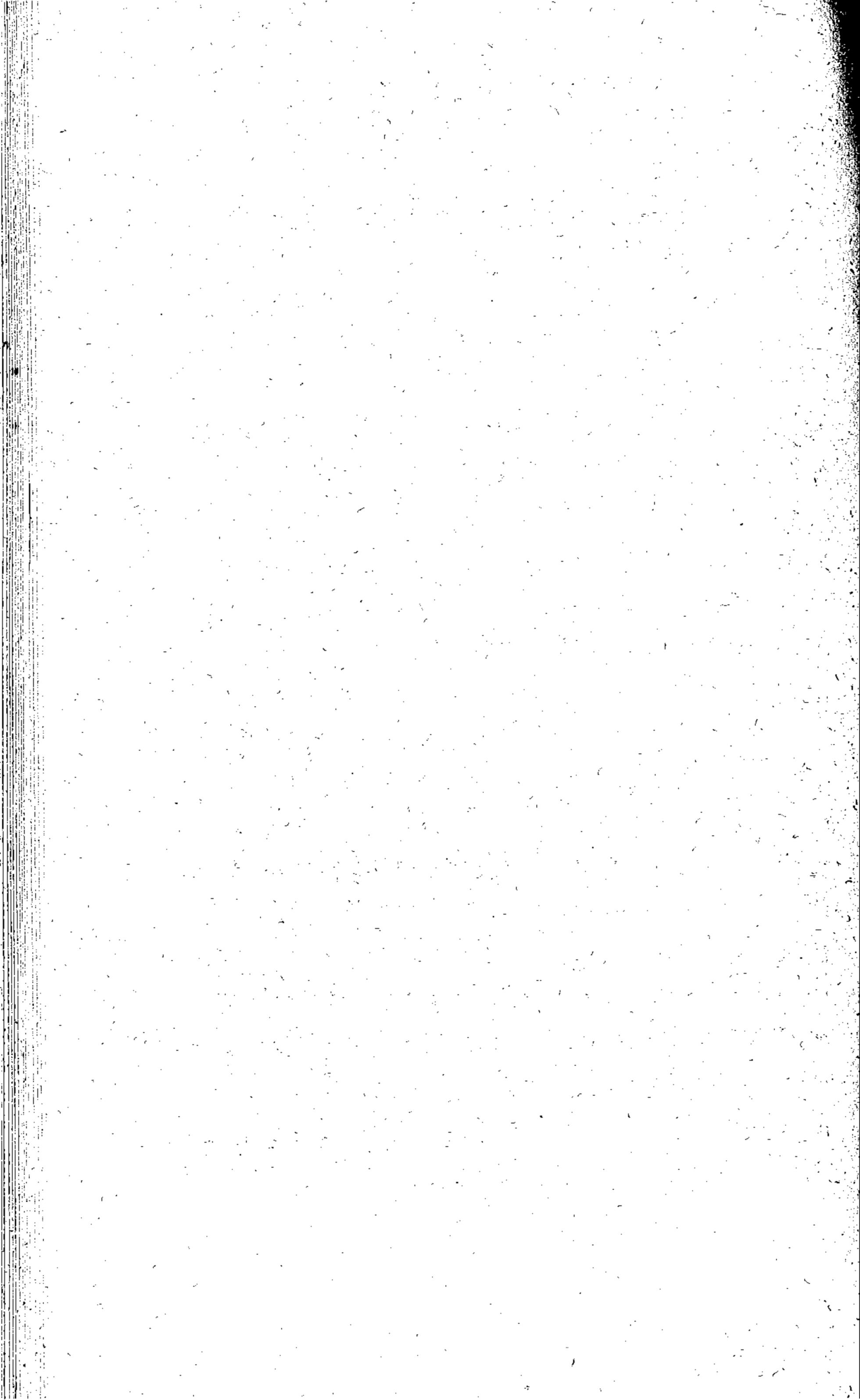
(1) Los pasajes citados están tomados de la *Vida de Santa Teresa de Jesús*, escrita por ella misma: *capítulo vi.*

Por lo demás, entiéndase que en el mérito, virtudes y prerogativas de San José no ha habido mudanzas: siempre ha sido glorioso, aunque no siempre estuvo manifiesta su gloria á los ojos de los hombres. Tampoco hubo variedad ó discrepancia en los juicios: si la devocion se ha extendido ahora mas que antes, ha sido porque este bellissimo astro ha ido subiendo hasta mostrarse con todo su esplendor en el cielo de la Iglesia. Con el glorioso Patriarca ha sucedido lo que con las nubes: si las miráramos desde el cielo, las veríamos siempre tan hermosas, doradas y plateadas por el sol; pero vistas desde la tierra son oscuras y á veces encapotan el cielo como si fuera á anochecer. Lo mismo ha sucedido con San José: visto desde el cielo es de una hermosura sublime; mas visto desde la tierra, en toda su humildad y oscuridad, en un pobre taller, en una triste cueva, en un árido desierto, parece una sombra muy oscura. Pero el sol ha rasgado estas nubes, ha dorado sus bordes, las ha penetrado iluminando sus senos, y las almas amantes de la virtud han contemplado absortas y enagenadas el cuadro encantador y divino de la *Sagrada Familia*. Aunque San José parezca pobre, es

rico; aunque parezca ignorante, todas las cosas le fueron reveladas; *cui revelata sunt omnia*: y aunque parezca siervo, es aquel siervo bueno y fiel á quien Dios concedió un puesto superior en su familia: *fidelis servus et prudens quem constituit Dominus super familiam suam*. Aunque la devocion á nuestro glorioso Patriarca se haya estendido tanto por el mundo, y con la devocion el amor, no por esto se ha manifestado toda su gloria, ni la alcanzarán las almas amantes, ni la darán á conocer los mas bellos panegíricos. La fé no la concibe, diremos con San Agustin; la esperanza no la conoce; la caridad no la comprende; tanta grandeza, tanta hermosura, no puede estimarse en lo que vale: *Fide non capitur, spe non allegitur, Charitate non comprehenditur: illud decus, illa celsitudo.... æstimari non potest*.

Hermanos míos, alabemos al Señor que nos ha permitido conocer alguna cosa de las sublimidades de una Religion divina, nuestro único consuelo y esperanza. Estaba escrito que llegaria para San José el dia en que sería glorificado como fiel custodio del Señor: *Qui custos est Domini sui, glorificabitur*. Dichosos nosotros que tomando parte en las alabanzas de la Iglesia ayudamos

á que se cumpla lo que en las Sagradas Escrituras estaba prometido. Pero seamos tambien, hermanos mios, á ejemplo de San José, custodios fieles de nuestro Señor, celando por su honra, publicandó sus grandes misericordias, ganando almas para que se dilate mas y mas su reino espiritual, y peleando denodados contra todos sus enemigos. Que nos anime el celo de su santa casa y nos inflame. El Señor nos llama á su santa casa, y nos visita en la nuestra, y nos convida á su mesa, y nos ama como á sus hermanos, y nos llama con el dulce nombre de hijos, y se porta con nosotros como el padre de familias de que nos habla el Evangelio. ¿No es cierto que nosotros participamos en alguna manera del honor y de la intimidad con que el glorioso San José vivió tan honrado? ¿No es cierto que nosotros vivimos en la casa de nuestro Dios y nos sentamos á su mesa como de una misma familia? Participemos como José de sus oprobios, de sus persecuciones y trabajos, para que por su misericordia infinita seamos partícipes un dia de su eterna bienaventuranza, que á todos os deseo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amen.



SERMON

para el dia

DE LA CONVERSION DE SAN PABLO.



Domine ¿quid me vis fácere? Act.
Ap. cap. ix. v. 6.
Señor ¿qué quieres que yo haga?

Mis queridos hermanos:

Amedrentados quedaron los discípulos de Jesús con la muerte de su divino Maestro, pero se reanimaron despues de su resurrección gloriosa. Al subir á los cielos les prometió que serian consolados y fortalecidos por el Espíritu Santo, y desde Galiléa marcharon á Jerusalem, segun las últimas instrucciones de Jesús. Perseverando en la oracion recibieron el Espíritu Santo, y con él

la sabiduría, el valor, la fé, la caridad, pero en tal grado, que se sintieron transformados por una virtud sobrenatural, y comenzaron á predicar en varias lenguas y á convertir á la religion del Crucificado así á los judíos como á los gentiles. Sintiéronse los Apóstoles y discípulos de Jesús como abrasados de amor por el fuego que descendió del cielo sobre sus cabezas en el Cenáculo, y salieron de Jerusalem y determinaron predicar la nueva ley á todas las naciones, sabiendo por la mision que habian recibido que la suerte de la Religion estaba en sus manos, y que la salvacion de las almas dependería en mucha parte de su pastoral solicitud.

Los judíos se escandalizaron de la predicacion pública de los Apóstoles. «Que toda la casa de Israel, decia San Pedro, sepa que Dios ha hecho Señor y Cristo á Jesús á quien habeis crucificado.... Jesús de Nazareth es el elegido, el Cristo á quien habeis crucificado. Ha resucitado de entre los muertos, y ningun otro nombre ha sido dado á los hombres para que sean salvos (1).»

Pedro y Juan fueron encarcelados, pero el San-

(1) Act. Ap. cap. x.

hedrin no se atrevió á condenarlos á muerte. Sin embargo, el ódio fué creciendo, y cuando el diácono San Esteban acusado de haber blasfemado de Dios, de Moises y de su ley les dijo vindiéndose: «Hombres incircuncisos así de corazon como de oido, vosotros sois tales como vuestros padres fueron: ¿no perseguísteis á todos los Profetas?» ya no se pudieron contener y lo sacrificaron. Los discípulos de Jesús empezaban á autorizar la predicacion del cristianismo exponiéndose á la muerte: San Esteban fué el primero que la selló con su sangre. En Galiléa, en Samaría, en la Fenicia, en Damasco, en Chipre y en Antioquia, los discípulos de Jesús predicaban con ardor, hacian prosélitos, bautizaban, enseñaban y reunian las primeras comunidades de fieles á que dieron el nombre de Iglesias.

Pero la predicacion universal de la nueva doctrina habria de recibir un impulso mas poderoso aún. Debería aparecer un Apóstol tan grande por la caridad, tan gigante por la sabiduria y con tal anchura de corazon, que él solo mereciera el dictado de *Apóstol de las naciones*. No tardó en aparecer: pero ¿quién era este hombre tan extraordinario?

Su nombre era Saulo. De la raza de Abraham, de la tribu de Benjamin y de la secta de los fariseos, era tan escrupuloso observador del judaismo como su padre, y tan enemigo de Jesús y sus discípulos como la Sinagoga. Lleno de gozo presenció el martirio de San Esteban, animó la persecucion de los cristianos en la Judea, los azotó con varas, los envió al suplicio, y se dió á conocer como el defensor mas ardiente y celoso de los ritos y ceremonias judaicas. Por su energia, por la sinceridad de sus opiniones, por la firmeza de su adhesion al farisaismo, llegó á ser el enemigo mas fuerte, el mayor enemigo de Jesús: y después de causar los mas terribles estragos en toda la Judéa, obtuvo cartas para las Sinagogas de Siria y de Damasco, adonde se encaminó con intento de perseguir en su último asilo á los apóstatas y galileos, como él llamaba á los cristianos.

Saulo, terror de la naciente Iglesia, iba por el camino de Damasco, cuando vió una gran luz que le dejó ciego y oyó una voz tan suave pero tan penetrante que lo derribó en tierra, diciéndole: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» Espantado el fariseo exclamó: «Señor, ¿quién

sois?... «Yo soy Jesús de Nazareth á quien tú persigues con tal encarnizamiento: pero vano es cocear contra el aguijon.» A estas palabras, Saulo que habia caido del caballo cayó tambien de su orgullo de fariseo; y ciego por fuera pero iluminado interiormente, pronunció estas palabras memorables por las que el futuro Apostol de las naciones se ponía en manos del Salvador del mundo: «Señor ¿qué quieres que yo haga? *Domine ¿quid me vis facere?*» Y le dijo el Señor: «vé á Damasco, donde encontrarás un hombre que te anunciará lo que debes hacer. Tú eres el que yo he elegido para enseñar á los gentiles la ley de Dios, para abrir sus ojos y disipar las tinieblas (1).»

Celebrando con la Iglesia la conversion del Apostol San Pablo, intento consolaros en medio de las persecuciones que hoy sufre mostrándoos lo que el Señor hizo con el mayor de sus enemigos. Convirtió en instrumento suyo al que mas le aborrecia, le derribó en tierra como derriba á muchos, le cegó como ciega á los soberbios, le iluminó como ilumina á los humildes, le habló

(1) Act. Ap. cap. ix. v. 7 et. 15.

como á todos nos habla, y le mostró el verdadero camino de la gloria en que sus talentos, su génio, su sabiduría, su palabra podrian desplegar-se iluminando á las naciones que estaban sentadas en tinieblas y sombras de muerte. Todo fué obra de Dios, y como vereis, el gran milagro de la gracia. Dichosos vosotros si juzgando por las primeras tempestades de la Iglesia acerca de las turbaciones del presente siglo, os poneis en manos de Dios y le decís como Saulo: *Domine ¿quid me vis facere?* «Señor ¿qué quieres que yo haga?» *Ave María.*

Conviene, Señores, que remontándonos al hecho de la primera persecucion que sufrió la Iglesia, hagamos constar lo que dió motivo á ella y la encrudeció hasta este extremo. La conversion de Saulo fué el gran milagro de la gracia, con que Dios sorprendió á los enemigos de su nombre.

Los discípulos de Jesús empezaron á predicar; y como los magistrados y sacerdotes creyeron haber triunfado de Jesús crucificándole, se irritaron contra los predicadores Pedro y Juan, y los encarcelaron. Desde entonces quedó trazado el plan de que no se han separado en ningun tiempo los enemigos de la Religion: de un modo ú otro, la libertad evangélica ha causado siempre una irritacion semejante: todos los ene-

migos de la Religion han procurado cohibir la libertad de la palabra. Que no volvieran á predicar, esto fué lo que el Sanhedrin exigió á los Apóstoles, amarrados en su presencia. Contra la libre predicacion y los milagros se levantaron los saducéos y los sacerdotes: pero transformados los Apóstoles por el Espíritu Santo, comenzaron á predicar la palabra de Dios con confianza: *Loquebantur verbum Dei cum fiducia*: sin hacer caso de amenazas, olvidando las cadenas, y despreciando la muerte. La multitud acudia de los lugares cercanos, y la cristiandad se formaba de tantos pobres socorridos, de tantos enfermos milagrosamente curados, y de los espíritus á quienes iluminaba la gracia de Dios y tocaba la palabra de los Apóstoles.

Arreció la persecucion en términos, que parecia ser el fin de los pobres infamados galiléos. Los Apóstoles inclinaron á los cristianos á que huyeran de Jerusalem: á este tiempo se refiere la salida de María Magdalena, Marta, Lázaro, Maximino, Marcela y José de Arimatea, amigos de Jesús, trasportados á tierras lejanas, donde murieron. El Evangelista San Lucas habla de esta gran persecucion: *Facta est persecutio magna in*

Ecclesia, quæ erat Jerosolimis (1). Consejo fué de los Apóstoles la dispersion de los cristianos puestos al filo de la espada; y el Apostol San Pedro escribiendo á los fieles dispersos del Ponto, Galacia, Capadocia, el Asia y la Bitinia, *Electis Advenis dispersionis Ponti, Galatiæ, Cappadociæ, Asiæ et Bithiniæ* (2) nos dá una idea del furor de sus perseguidores, nombrando las varias y distantes regiones en que los primeros cristianos buscaron un abrigo. Los fugitivos se dispersaron por todo el Oriente, arrojando las semillas de la fé: esto hizo en Antioquía la predicacion de San Marcos, y en Samaria la de San Felipe.

Pero la espada fulminante de tan rabiosa persecucion era Saulo, como se ha dicho: y ya sabeis, mis queridos hermanos, cómo el Señor le convirtió de leon en cordero, de perseguidor en cristiano. Ahora vereis de qué manera se fué ilustrando su grande alma hasta llegar á convertirse en defensor de la Iglesia y doctor de las naciones.

Cuando el Señor le detuvo en el camino de Damasco quiso darnos á entender que nadie puede

(1) Cap. viii. v. 1.

(2) Cap. i, v. 1.

rebelarse impunemente contra Dios: á lo mejor, se pone delante del hombre insensato, lo detiene en su carrera, lo derriba en el suelo con todos sus proyectos, y lo deslumbra ó lo ciega en castigo de su temeridad. Aprendan en este ejemplo los enemigos de Jesús con quién tienen que habérselas, pues dispone de muchos medios para hundirlos en el abismo. Pero al mismo tiempo que el Señor le derriba en tierra ¡con qué suavidad le habla! El terrible enemigo se rindió al poderoso acento del amor y de la misericordia infinita. De su arrogante empresa salió ciego, como lo estaba la Sinagoga. Saulo tuvo que ser ayudado por sus compañeros asombrados para entrar en Damasco; le dejaron solo, pero en su ceguera vió á Dios, y en el abandono y soledad en que yació por tres dias se creyó rodeado de las naciones gentílicas que él habia de traer al conocimiento de la verdad. En la oracion y meditacion y sin tomar comida ni bebida aprendió en Dios cuanto necesitaba para ser el doctor de las gentes, y allí vió todos los trabajos y todas las glorias de su futuro apostolado. En breve tiempo aprendió mucho; pero no es maravilla, dice el Papa San Leon; pronto se aprende lo que

Dios enseña, y pronto se enseña en la escuela en que el Amor es el maestro. Ananias le impuso las manos sobre la cabeza, y sanó de la ceguera cayendo las escamas de sus ojos; le bautizó, y lleno del Espiritu Santo, tomó algun alimento, dejó su nombre primitivo por el de Pablo, y poseido de una santa alegría como todo el que renace espiritualmente fue á las Sinagogas á predicar la resurreccion de Jesús, y á sostener su divinidad con una firmeza propia de los Apóstoles. Semejante conversion asombró á los judios; mas lo que asombró á San Pablo fué el haber vivido tan ciego: de esto se maravillan todos los que se convierten.

El Apóstol de las gentes mereció este título predicando el Evangelio á los judios y gentiles, griegos, egipcios, siríacos y romanos. El reino de Dios no tiene límites: Dios quiere la salvacion de todos los hombres; y para responder al divino llamamiento como *vaso de eleccion*, estas fueron las ideas y los propósitos con que el nuevo predicador salió de Damasco. Cuando se organizó la primera Iglesia en Antioquía, allí estaba San Pablo: si el nombre de Cristo pasa á la Arabia, San Pablo lo lleva: si en la isla de Chipre se fo-

menta la Religion cuyas semillas habian sido esparcidas por otra mano, á San Pablo se debe este crecimiento y la conversion de su gobernador Sergio Pablo. Si en una parte era apaleado, en otra parecia á los sencillos una divinidad del Olimpo. Si discordaban las opiniones y vacilaban en la fé por falta de instruccion, San Pablo instruia á los fieles por cartas: si necesitaban de su presencia iba á ellos, como fué á los de Galacia: no dejó de ir á Filipos aunque allí le esperaban cárceles y malos tratamientos; no dejó de ir á Grecia y penetrar en Atenas provocando á discusion á los sábios. A su sabor reconvino á los estóicos y epicúreos, dió nueva luz al Aréopago y quitó el prestigio que tenian en medio de la supersticion gentílica las estátuas de marmol de sus dioses. Al paso que fundó la Iglesia de Corinto escribia dos cartas á los fieles de Tesalónica. Fundaba otra Iglesia en Efeso, y mientras predicaba en la plaza pública, pensaba escribir sus cartas á los galatas ó á los romanos. Tan pronto estaba en Roma, como en Macedonia, Cesaréa ó Jerusalem: tan pronto en una cárcel como al frente de una Iglesia; ya en la plaza pública ó en el Partenon predicando, como sentado en la tien-

da de un árabe hablándole por primera vez de Jesús. San Pablo respondia á su vocacion: ¿no fué él quien preguntó á Jesús en el camino de Damasco *¿quid me vis facere?* «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» Pues bien, hermanos míos, el Apóstol cumplia la voluntad del Señor llevando el nombre de Jesús por quien fuimos redimidos á todos aquellos que no tenían noticia alguna de nuestro Salvador y Maestro. Su caridad hizo compatibles las fatigas de la predicacion con los trabajos de la esclavitud: en el mar hablaba de Jesús; en su nombre deshacia las tempestades; en el naufragio predicaba á Jesús; preso convertia al soldado de las cohortes pretorianas con quien estaba atado con la misma cadena, y escribia cartas á los fieles de Filipos, de Galacia y Colosas. No le valieron en Roma los derechos de *ciudadano romano* que invocó en Jerusalem para evitar la sentencia de Festo, juez incompetente: Roma puso en cadenas al apóstol que le llevaba la libertad de Jesucristo. Dos años de prision no debilitaron la energia de su grande alma; y predicando á Jesucristo desde la cárcel, la voz del cautivo penetraba hasta en los palacios, y en regiones muy distantes repetia sus

ecos la palabra de Dios. Escribiendo San Pablo desde la cárcel á los Filipenses les decia lleno de gozo: «Os saludan los hermanos que están conmigo. Os saludan todos los Santos, principalmente los que son del palacio del César (1)...» «Quiero, pues, hermanos que sepais que todas las cosas que me han sucedido han contribuido mas al provecho del Evangelio (2).» El Apóstol estaba preso, pero conquistaba las almas dentro del palacio del Emperador: estaba encarcelado, mas visitaba por epístolas sus Iglesias fundadas en el Asia menor: desde su prision sostenia una correspondencia con los filósofos mas ilustres del paganismo y los ganaba á su doctrina, ya exponiendo el dogma cristiano, ya los preceptos de la moral: le amenazaba el tirano, pero el Apóstol atrajo á los pies de Jesús, eunucos, escanciadores y concubinas de Neron. Atado estaba con cadenas, pero la palabra de Dios era libre, como decia el Apóstol escribiendo á Timoteo: *sed verbum Dei non est alligatum* (3); y así que re-

(1) Ad Philip. cap. iv. v. 22.

(2) Ibid. cap. i. v. 12.

(3) I. ad. Tim. cap. ii. v. 9. Fueron muchos los

cobró su libertad voló á Syria, visitó las nuevas Iglesias de Colossas, Laodicea y Jerusalem; por última vez le vió Corinto, de paso para Roma, en donde debia reunirse á San Pedro. Los dos Apóstoles debian predicar en Roma á judios y gentiles: la sangre de estos dos mártires habia de teñir los cimientos de la Iglesia en la capital del mundo: la primera basílica del catolicismo daria

filósofos convertidos por San Pablo, aunque cayeran luego en otros errores como Himenéó y Fileto, ó se dispute sobre su conversion como se disputa de la de Seneca y Lucano. De las cartas que al parecer mediaron entre Séneca y San Pablo habló San Agustin en el libro vi cap. xi, *de civitate Dei*, y San Gerónimo. Las cartas que corrian en tiempo de estos santos Padres, fueron una impostura; pero esta impostura demuestra el hecho de una correspondencia que ciertamente medió entre Séneca y San Pablo. No podia ser otra cosa hallándose los dos en Roma por el mismo tiempo, predicando San Pablo con mágica elocuencia las maravillas del Hombre-Dios y las verdades morales de una filosofía nueva, á todo lo cual, Séneca, filósofo y moralista, no seria indiferente

En unas *Memorias* sumamente curiosas escritas con prodigiosa erudicion por J. G. H. Greppo, se esfuerzan las conjeturas sin salirse de lo verosimil. El autor copia varios trozos de las Epístolas de San Pablo y de las Epístolas de Séneca juntamente con un pasage de este filósofo en el libro que tituló *De ira*, para que se crea en el encuentro y trato del Apóstol y del filósofo que escribieron acordes y expusieron las mismas sentencias y casi con las mismas palabras.

sombra á su sepulcro, y todas las grandezas de la tierra se anonadarían con el mas profundo respeto ante las cenizas de los bienaventurados Pedro y Pablo, príncipes de los Apóstoles.

¡Oh maravilla de las maravillas! Aquí no caben las insulsas interpretaciones de los filósofos modernos para explicar los progresos de la Religion, la propagacion del Evangelio, los triunfos de la Iglesia: aquí no tienen lugar los endebles discursos que forman la trama de sus sistemas. Todos estos filósofos se han convertido en panegiristas de San Pablo, pero ha sido para rebajar á los demás Apóstoles, para atribuirle mas fé y caridad que á otros, no temiendo decir que la fé empezó con San Pablo, y que su propio génio dió á la Religion un espíritu mas universal. El racionalismo explicará como quiera la rápida y universal propagacion del Evangelio; dirá de San Pablo que unió á los semitas é indo-europeos, que juntó á los sacerdotes con los guerreros, porque la gracia de tales filósofos consiste en poner de frente estas oposiciones naturales, observar atentamente las batallas que se dan en un siglo ó en la cabeza de un hombre extraordinario, y luego resolver dichas oposiciones en

maravillosas armonías, por el mas extraño casamiento de razas y genialidades. ¿Quién diría que los progresos de la Religion dependieron de estas dos ideas que se cruzaron en la mente del Apóstol de las gentes, una, la de la unidad del hombre que poseia como romano, otra, la de la unidad de Dios que poseia como judío, y que juntando estas dos ideas en Jesucristo fué como pudo llevar la Religion á todas partes, y vencer todas las resistencias, y convertir á los gentiles?

Saulo el fariseo no tenia mas que una idea, la de destruir el nombre cristiano. Hablando así, nos atraeremos el desprecio de los filósofos racionalistas; pero ¿qué nos importa este desprecio si damos testimonio de la verdad? Jesucristo fué quien le detuvo en el camino de Damasco, y le redujo á su amor, y le iluminó, y lo regeneró, y lo convirtió en instrumento de aquella rápida y sobrenatural propagacion del Evangelio de que nos informa la historia. Los racionalistas quieren ensalzando á San Pablo explicar dicha propagacion de otra manera, para impedir su propagacion en nuestros dias y sostener contra la Iglesia de Jesucristo la guerra que vienen sustentando en todas partes. En San Pablo no habia

mas que una idea, como él mismo declara sencillamente: «Yo á la verdad habia pensado que debia hacer la mayor resistencia contra el nombre de Jesús Nazareno: y así lo hice en Jerusalem (1).» Pero vino á él Jesucristo, y se obró tan extraordinaria mudanza. Nieguen que fué primero perseguidor terrible, que en medio de su furor cayó sobre él un rayo de la gracia, que en un instante se puso en manos de Dios para hacer su voluntad, que en tres dias de oracion y de ayuno aprendió la Teología, conoció los desbarros de todos los filósofos habidos y por haber, y supo la verdadera ciencia que es en Jesucristo crucificado: nieguen todo esto; nieguen además que en menos de treinta años el Apóstol San Pablo llevó la Religion al Asia menor, y la extendió por Europa animando con su palabra así al Oriente como al Occidente: y cuando hayan refutado victoriosamente los *Hechos Apostólicos*, y desmentido las *Epístolas* de San Pablo, y contradicho autoridades como la de Tacito, testimonios como los de San Juan Crisóstomo y San Agustin, investigaciones como las de Tillemont:

(1) Act. Ap. cap. xxvi.

cuando la moderna crítica haya desmenuzado á los analistas y quitado su prestigio á todos los historiadores antiguos y modernos, judios y gentiles, sagrados y profanos, entonces entraremos á examinar la teoría de esas ideas que se juntaron en la cabeza de San Pablo y que dieron tal impulso á la predicacion del Evangelio mediante la idea de Jesucristo que sobrevino despues, y que se combinó con las otras ideas de la unidad de Dios y la unidad del hombre. No ven los racionalistas que si la Religion es cosa humana como son humanos los medios de propagacion que ellos señalan, tiene que ser sucesiva la aparicion de las ideas, y que se combinan por el discurso, y que el discurso es lento; ¿qué hubiera sido en este caso del Apóstol San Pablo? De sus cavilaciones en Damasco no habria resultado un hombre enérgico y pronto en sus resoluciones. Es probable que hubiera seguido siendo ciego como la Sinagoga y estos filósofos. Decir esto, es nó conocer cómo Dios ilustra, cómo inflama: es ignorar los resortes de su accion divina. Saulo fué vencido por Jesucristo á quien aborrecia: San Pablo venció al mundo y arrolló las mas formidables resistencias. «¿Qué quieres

que yo haga?» dijo al Señor: y sin mas dilaciones, sin otros discursos para arreglar sus ideas, se levantó del suelo para obedecer al Señor y hacer su soberana voluntad. A Saulo perseguidor le sucedió, aunque por medio de tan estupendo prodigio, lo que de una manera menos ruidosa sucede á los filósofos que abandonan las contradicciones y tinieblas de esa filosofía *de falacias y vaciedades* que con tanta elevacion condenó el Apóstol San Pablo escribiendo á los fieles de Colossas (1): así que se ponen en manos del Señor diciendo: ¿Qué quieres que haga? son iluminados con torrentes de luz, y ven con claridad lo que antes veian entre tinieblas. La fé dilata los horizontes de la inteligencia, y la elevacion de su espíritu ennoblece y eleva la humana sabiduría.

Si ahora consideramos, hermanos míos, las enormes dificultades de la empresa que acometió el Apóstol San Pablo, nadie se atreverá á poner en duda que por su milagrosa conversion fué transformado en un hombre nuevo, por la sobrenatural virtud de aquel Espíritu que adonde

(1) Ep. cap. II. v. 8.

quiere, sopla: *ubi vult, spirat*. Su obra no fué la obra de un sábio: los progresos que hizo el Cristianismo no fueron debidos á la feliz combinacion de aquellas dos ó tres ideas que germinaban en su espíritu; iluminó como el sol alumbraba la tierra; recorrió las naciones, y las palabras que arrojaba al paso eran otros tantos rayos de la misericordia divina desprendidos del cielo. Solo así se comprende la fundacion de tantas Iglesias en la Palestina, Siria y el Asia menor, y la rápida propagacion del Evangelio en Europa, señaladamente en la Grecia, Italia y España. Para convertir soldados, esclavos, magnates, príncipes, filósofos, pueblos, no basta la sabiduría: y si añadimos que los conversos lo fueron tan de veras como que arrostraron las persecuciones y el martirio, las glorias de este Apostolado no se pueden ponderar. Cuando eran filósofos los que abrazaban el cristianismo, no por esto se aquietaban los Apóstoles: San Pablo hacia prevenciones y advertencias contra los que introdujesen en la Religion los errores de la filosofía y teología paganas, de que estaban infestados los sabios del mundo (1). ¡Qué violencias contra San

(3) Ad. Colos. cap. ii. v. 8. I ad Timoth. cap. i. v. 20.

Pablo por parte de los judíos incrédulos! ¡Cuánto tuvo que sufrir de los paganos en Atenas y en Efeso! ¡Qué lucha al parecer tan desigual con los sábios del Areópago! ¡Qué invenciones las de los gnósticos y simonianos para frustrar las conquistas de su celo! El Apostol San Pablo tuvo que reprender á los fieles de Corinto divididos por cuestiones personales, y precaverlos de las opiniones con que algunos filósofos combatian la Religion que habian abrazado. Exponiendo los caracteres esenciales del cristianismo y dando á conocer la doctrina que sirve de fundamento á sus instituciones, el Apóstol combatió inexorable los esfuerzos del error, siempre encaminados á deshacer la unidad de la Iglesia. De San Pablo es aquella admirable doctrina que hace de la sociedad un cuerpo, y que armoniza los miembros con la cabeza: base esencial de todo gobierno, condicion necesaria de todo progreso, y explicacion de todos los fenómenos de la vida. Con toda la vehemencia de su celo encarecia á los de Corinto y Efeso la necesidad de ser unos en el espíritu, rechazando las alianzas intentadas por algunos entre el cristianismo y el Mosaismo, dejándose arrastrar como niños por

el viento de las opiniones humanas. Firmísimo defensor de la verdad, predicaba sin descanso contra todos los errores, contra las temeridades de una falsa filosofía: dejándonos patentes pruebas de su solicitud en las epístolas que escribió á Timotéo, en su primera á los fieles de Corinto, en las que dirigió á los de Galacia y Efeso, en la que escribió á Tito y en su segunda á los fieles de Tesalónica. El resultado de tantos trabajos fué tan maravilloso como las fatigas de su apostolado: unos renunciaron al judaismo, otros á las teorías del Pórtico y de la Academia; el romano salió del Capitolio para entrar en la Iglesia, y olvidó los sueños de material engrandecimiento que acarició siempre Roma, por otra grandeza inmortal que se levantaba del polvo de todos los desprecios. La grosera idolatría se retiraba vencida ante la espiritual pureza y celestial hermosura de una Religion divina.

A Jesucristo el honor, la alabanza y la gloria porque derribó en tierra al orgulloso fariseo, y le convirtió en Apóstol de las naciones. «Señor ¿qué quieres que haga?» Quiero que hagas, diría el Señor, lo que el hombre por sí solo no puede hacer: y cuando el mundo asombrado co-

nozca lo que has hecho, reconocerá la asistencia divina y mi absoluto poder sobre todas las cosas.

San Juan Crisóstomo, arrebatado de admiración, se deleita en hacer comparaciones, hallando á los patriarcas y profetas inferiores al Apóstol de las gentes. Si Abel ofrecía sacrificios, San Pablo se sacrificaba todos los dias. Si Noé se salvó con sus hijos en el arca, de un mas peligroso diluvio salvó San Pablo á toda la tierra: sus epístolas fueron las planchas de que fabricó su nave. En la de Noé, el cuervo que entró, salió cuervo; y el lobo quedó con la misma ferocidad: pero en la de San Pablo, el lobo se mudó en cordero, el milano se volvió paloma, y los hombres crueles perdieron su fiereza, convertidos por la dulzura del Espíritu Santo. ¿Qué son catorce años de esclavitud como los que pasó Jacob, en comparacion de los que pasó San Pablo durante su vida? San Juan Bautista reprendió á un tirano con santa libertad: pero San Pablo contradijo á muchos. Finalmente, San Juan Crisóstomo que admira á los Angeles como David y los contempla *ligeros como el viento y ardientes como las llamas* (1), exclama: ¿Acaso el Apóstol

(1) Ps. ciii. v. 5.

no ha recorrido el mundo con la velocidad del viento, y purificado la tierra con el fuego de su espíritu?»

Todo es posible, hermanos míos, al que se pone en manos de Dios. Nos asombran los triunfos de la gracia, no solo porque mirados en sí son muy maravillosos, sino porque estamos acostumbrados á medir las fuerzas humanas por lo que dan de sí abandonadas á sí mismas, ó rebeldas contra Dios. Del mismo barro son los justos y los pecadores, y la gracia divina cambia los vasos de *contumelia en vasos de honor*, Oyendo la doctrina tan llena de sabiduría que predicó el Apóstol de las gentes, viéndole en batalla con los judíos y gentiles, levantando en alto su voz oida en Iglesias, Tribunales y Academias, saliendo con intrepidéz á la defensa del Señor, reprendiendo á los cismáticos, arguyendo á los filósofos, tapando la boca á los blasfemos, y exortandonos á la virtud con la palabra y el ejemplo, el Apóstol que así vivía y tan sublimes lecciones daba á los cristianos, mas bien parecia un ángel que un hombre: y demostraba que en nuestra mano está elevarnos sobre toda humana perfeccion hasta ser semejantes á la naturaleza an-

gética. El alma del Apóstol era como la nuestra: vivía en el mundo sugeto á las leyes y costumbres que regían para los hombres de su tiempo, y sin embargo los sobrepujó á todos. Unos tenían la virtud por cosa áspera y difícil, y decia San Pablo: «Lo que aquí es para nosotros de una tribulacion momentánea y ligera engendra en nosotros de un modo muy maravilloso un peso eterno de gloria (1)» A los que resucitaban viejos errores ó producian opiniones de tiempos pasados, respondia: «olvidando lo que queda atras y estendiéndome hácia lo que está delante, prosigo mi carrera (2)» Si como era frecuente encontraba en esta carrera desprecios y persecuciones, exclamaba con alegría: *Placeo mihi in contumeliis, in persecutionibus, in angustiis pro Christo* (3). «Pláceme sufrir persecuciones y afrentas por Jesucristo». Las enfermedades no quebrantaron su energía: «Cuando estoy enfer-

(1) *Id enim quod in præsentí est momentaneum et levæ tribulationis nostræ, supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis. I ad Corinth, cap. iv. v. 16.*

(2) *Quæ quidem retro sunt obliviscens, ad ea verò quæ sunt priora extendens meipsum, ad destinatum persequor. Ep. ad Philip. cap. iii. v. 13, 14.*

(3) *II. ad Corinth. cap. xii. v. 10.*

mo, entonces soy fuerte»: *Cúm enim infirmor, tunc potens sum* (1). Sufriendo de sus enemigos crueles tratamientos, decía: «Yo doy gracias á Dios que nos deja siempre triunfar» (2): y esperando la muerte decía á los fieles de Filipos: «Regocijaos conmigo» (3).

Ved, hermanos míos, lo que llegó á ser el terrible Saulo desde que se puso en las manos de Dios: nó de otra manera puede el hombre hacerse superior á los trabajos y miserias de esta vida. Este es el camino de la perfeccion, y no hay otro. No fué el debate de las ideas, no fué la discusion lo que produjo á un San Pablo: fué la gracia divina, el divino llamamiento á que respondió tan humilde. Desde que dijo al Señor «¿qué quieres que haga?» le fueron tolerables los mayores trabajos: más aún: los trabajos fueron para el Apóstol una gracia, una prenda del amor de Jesucristo, y trofeos de la batalla sostenida por la gloria de su nombre. Más honrado se creia con sus cadenas, que Neron con su diadema imperial: habitaba en la cárcel como si ha-

(1) Ibid.

(2) II ad Corinth. cap. II. v. 14.

(3) Cap. II. v. 18.

bitara en el cielo; predicando á Jesucristo en una cueva subterránea ó en una crypta, conservaba mas dignidad que un filósofo en el Pórtico: más satisfecho estaba de sus heridas, que los atletas victoriosos y cubiertos de sangre.

El encuentro con Jesús en el camino de Damasco decidió de los destinos del hijo de Tarso: más ardiente que el fuego, su alma regenerada en las sagradas aguas del bautismo abrazó al mundo en el santo amor de Jesucristo. A los que estaban cerca los consolaba y amaba con toda su alma; á los que estaban lejos los saludaba con aquella tierna salutacion: *Hermanos carísimos*; y su corazon se derretía como la cera junto al fuego. Como un general valiente al frente de sus tropas, así el Apóstol se mostraba á la cabeza de su grey: en todo evento, él obraba con un corazon dispuesto á la muerte. Tál se mostró en los combates y rudas fatigas de su Apostolado.

Pero este soldado de la fé, impertérrito en los mayores peligros, se sometia con facilidad al mandato de sus superiores, y se complacia en ceder muchas veces á las súplicas de sus amados hijos. En la mas viva exaltacion de su celo, no deseando otra cosa sino dar la vida por Je-

sucristo, le dicen que vaya á Cesaréa, y no lo rehusa: que se evada de la prision de Damasco echándose por la ventana de una muralla, y consiente en ello. Le aconsejan que se corte el cabello, y se lo corta: le ruegan que no se presente ante el pueblo reunido, y cede á esta súplica con toda mansedumbre, mirando la utilidad de los fieles. El que no temió en los naufragios ni en las persecuciones, excusó alguna vez la muerte por amor á sus hijos. El que escribia á los fieles de Filipos estas palabras: «Para mí el vivir es Cristo y el morir ganancia», añadía luego: «Mas el permanecer en carne es necesario por vosotros». *Permanere autem in carne, necessarium propter vos* (1). «Señor, ¿qué quieres que haga?» Esto decia el Apóstol San Pablo, repitiendo muchas veces en espíritu la fórmula de su conversion, sin temor á la vida ni á la muerte, deseando morir por reinar con Cristo, deseando permanecer en la tierra para la salvacion de sus hermanos y la conversion de sus enemigos, puesto entre dos fuegos y asediado por ambos lados, lo que le obligó á exclamar: *Coarctor é*

(1) Cap. i. v. 21, 24.

duobus: «Me veo estrechado por dos partes»: *Domine ¿quid me vis facere?* «Señor, ¿á que lado me inclino? ¿Qué quieres que yo haga? Para mí, mejor es la muerte; mas sufriré la vida por amor á mis hermanos».

San Pablo no temia la vida ni la muerte: de una sola cosa temblaba: de perder el amor de Jesucristo: su único suplicio hubiera sido verse privado de este amor. Amando á Jesucristo poseia las cosas pasadas, presentes y futuras; este amor era el colmo de los bienes. Y porque este amor era tan intenso, amaba por igual en Jesucristo á todos los hombres. Hubiera consentido en no ver la gloria del cielo por tal de que no perecieran los judios en su obstinacion; así como renunciaba voluntariamente á la alegría de un corazon poseido por el Espíritu Santo, para entregarse á una profunda tristeza que le hacia derramar lágrimas noche y dia considerando la perdicion de tantas almas en las que no reinaba Jesucristo. No fué la consideracion de los trabajos ya sufridos y de las persecuciones que le esperaban lo que anublaba su frente y de tal modo le afligia; gloriándose en ellos decia á los fieles de Corinto: «Cinco veces me azotaron los judios,

tres veces los gentiles; una vez fuí apedreado; tres veces padecí naufragio (1); noche y día estuve en lo profundo del mar. Estuve en muchos peligros de rios, de ladrones, abandonado en el desierto, expuesto al ódio de los de mi nacion, de los gentiles, de los falsos hermanos, en el mar, en la ciudad, en todas partes. Sufrí trabajos y fatigas, vigiliass, hambre y sed, muchos ayunos, frio y desnudez (2).» Todo esto lo despreciaba San Pablo; en sus padecimientos se gloriaba, para condenar la jactancia de aquellos que se gloriaban de ser israelitas, y de los obreros engañosos que hacian alarde de sus prerogativas exteriores ò del ministerio de Cristo que se habian abrogado. Pero este Apóstol tan intrépido que no se espantaba de tan horribles persecuciones, en viendo á sus hermanos caidos en enfermedad de pecado, se aflijia; y si sufrían escándalo, sentia un dolor extremo. «¿Quién enferma, decia, y yo no enfermo? ¿Quién se escandaliza y yo no me abraso?» (3) «Una pro-

(1) Cuando esto escribia el Apóstol quedábale aun por sufrir otro naufragio en el mar Adriático.

(2) Ep. II. cap. XI. 24 et seq.

(3) *¿Quis infirmatur et ego non infirmor? ¿Quis scandalizatur et ego non uror?* ibid. v. 29.

funda tristeza, decia escribiendo á los romanos, se ha apoderado de mí, y mi corazon es presa de un dolor continuo (1)». Lo mismo en Grecia que en Roma, adonde quiera que este esforzado campeon del Cristianismo llevaba el Evangelio, allí le seguian las aflicciones por la suerte de sus hermanos. El que sufría con gozo en el Señor el hambre y la sed, se conmovia á causa de las privaciones de los santos; pedia con lágrimas á los fieles de Corinto que hicieran colectas en favor de los pobres segun costumbre de los Galatas, y él mismo llevaba á los pobres de Jerusalem las limosnas recojidas por los cristianos de Acaya y Macedonia (2). Tanto se despreciaba el Apostol y tanto amaba á sus hermanos, que afligido regaba con lágrimas la misma tierra que poseido de gozo salpicaba con su sangre.

¿A qué compararemos el alma del Apostol de las gentes? ¡qué alma tan hermosa la del que derramaba continuo llanto por todas las naciones del mundo y por cada hombre en particular! «¿Se parecia el alma de San Pablo al oro ó al

(1) *Tristitia mihi magna est, et continuus dolor cordi meo.* Cap. ix. v. 2.

(2) I ad Corinht. cap. xvi. 1 Ad Rom. cap. xi. 26.

diamante? decia San Juan Crisóstomo: ni á uno ni á otro se parecia; porque era mas firme que el diamante y mas preciosa que el oro. Mas ¿á qué hacer tales comparaciones? poned el mundo en una balanza, y el alma de San Pablo tirará de ella.»

Sí, mis queridos hermanos, el alma de San Pablo tiró del mundo, como mas ligero. Solamente en el cielo habia puesto el Altísimo una fuerza superior capaz de atraerla, y San Pablo fué arrebatado hasta el tercer cielo en un éxtasis divino. Cuando su cabeza venerable cayó por tierra derribada por el hacha de los lictores, su grande alma voló á unirse con Jesucristo, cruzando los caminos y atravesando las celestiales moradas que ya conocia.

Mis queridos hermanos, nosotros venimos de los gentiles, y somos deudores al celo de los Apóstoles, especialmente al celo de San Pablo, de no estar metidos en los errores de la idolatría. Profesamos una Religion contra la que se declararon unas veces los Emperadores y Magistrados, otras los tiranos, otras los pueblos: siempre estuvo rodeada de enemigos, testigos de sus victorias. Cuando se la creyó debilitada, flore-

cia: siempre que se intenta reducirla á estrechos límites, conquista nuevas naciones: si las tinieblas de la ignorancia amenazan sepultar al mundo en un caos, ella se hace la maestra de los pueblos y les dá la sabiduría: cuando las costumbres se corrompen, dá la regla de las costumbres: sus enemigos creen descargar sobre ella golpes de muerte, y preside sus funerales: los modernos opresores renuevan la táctica de los antiguos, y ella defiende la libertad: las revoluciones repiten los ataques del paganismo antiguo, y preserva á los pueblos de la anarquía inspirándoles el espíritu cristiano: el mar de todas las persecuciones y de todos los ódios se levanta enfurecido contra ella, y la barquilla del Pescador, subiendo y bajando con las borrascas y tempestades, se mantiene sobre las olas, y reina y reinará sobre el inconstante elemento.

¿Qué os diré, mis queridos hermanos, de los enemigos que tiene la Religion en nuestros tiempos? Os diré que son menos temibles que los antiguos, y que necesitan reproducir los ataques de que la Religion salió vencedora. El intento de la reforma es un argumento de la debilidad de los reformadores, pues ellos en su corazon no

quisieran reformarla sino destruirla. En nuestra flaqueza, nosotros quisiéramos ver confundidos ante la piedra mística sobre que la Iglesia está fundada á los enemigos de la Religion que no cesan de dirigir sus tiros al centro de la unidad católica; pero en el amor de que participamos en Jesucristo nada pedimos con tantas ansias como la conversion de tantos infelices Saulos, que se han impuesto la obligacion de afligir á los cristianos con nuevas persecuciones. No veremos lo uno ni lo otro, porque la vida se ha de pasar en combates; pero en medio de las persecuciones en que la Iglesia ha vivido y vivirá siempre, hemos visto y veremos todavia perseguidores como Saulo derribados en tierra por la mano de Dios, filósofos ciegos como la vieja Sinagoga y que desaparecen como ella, y ciegos iluminados que dan testimonio de Cristo á quien antes aborrecian y ahora adoran.

Seria muy cómodo explicar la conversion de San Pablo de un modo filosófico, por ciertas ideas que se combinaron con tanta felicidad en su espíritu: porque de esta suerte se reservaria la filosofía el derecho de combinarlas de otro modo, acaso segun los tiempos y circunstancias,

convirtiendo á la Religion en tema de perpétuas discusiones. A los antiguos les pareció un mago, como los de la Persia ó de la India: los modernos lo quisieran filósofo: pero el Apóstol hizo lo que no pudieron hacer los antiguos y ya olvidados ó desconocidos encantadores, y además condenó expresamente la *filosofía segun la carne*. Si no se quiere reconocer en el encuentro de Damasco una accion invencible y divina, quedará sin explicacion la conversion del orgulloso fariseo: si se quiere explicar con el auxilio de una filosofía tenebrosa ó con las armas de una dialéctica árida los progresos del Cristianismo, el Apóstol de las naciones resultará un personage inverosimil, ó una maravilla tan inexplicable por los medios humanos como el establecimiento de la Iglesia y la propagacion del Evangelio.

La conversion de San Pablo fué un milagro como lo fueron todos los medios por los cuales se estableció y extendió la Religion. Un filósofo mas no hacia falta: precedieron á los Apóstoles, Sócrates, Platon y los mayores ingenios; y los Apóstoles llamaron *locura* á la ciencia de esos sábios que no tuvo virtud ni siquiera para mejorar las costumbres de una sola ciu-

dad. Conquistaron el mundo sin tener legiones como Alejandro y César, ganaron las almas sin contar con el auxilio de las potestades de la tierra declaradas en su contra, fundaron una moral contraria á las pasiones, impusieron la fé en unos misterios incomprensibles á la humana razon, y atrajeron las muchedumbres á pesar de los desprecios y torturas que sufrían en los tribunales, en las cárceles y en los anfiteatros. El que derribó al mundo antiguo con sus ídolos, y lo reformó y convirtió, fué el que derribó á Saulo: el viejo Olimpo vino por tierra, y la nueva luz que bajó de los cielos trajo á los pies de Jesus la muchedumbre de las naciones extraviadas. En un hombre se vió primero lo que despues se veria en todo el mundo: la repentina caída y la repentina elevacion; la ceguera y la ilustracion de la verdad; la muerte y la resurreccion del alma. Aquel hecho tan maravilloso de la gracia fué imágen y compendio de los que despues seguirian; y siempre y donde quiera que responda un hombre al amoroso llamamiento de la misericordia divina, empezará por decir á Dios lo que el famoso perseguidor de la naciente Iglesia: «Señor, ¿qué quieres que haga?»

Pronunciad vosotros esta palabra, hermanos míos. Tended la vista por la Iglesia y vereis cuánto hay que hacer. No solo pelean contra ella acérrimos enemigos del nombre cristiano, sino que puede quejarse con sobrada razón de la flojedad con que nosotros la defendemos. Ahora es la ocasión de probar nuestro celo por la casa de Dios, nuestro amor á la Religion, trabajando noche y dia para que el reino espiritual de Dios nuestro Señor se extienda. Todos podemos trabajar, y todos tenemos un puesto señalado para el trabajo: el sacerdote, el magistrado, el padre de familias. Doctrinas pestilentes están corrompiendo la fé en muchas almas: es necesario enseñar la verdad. No hay principio ni institucion por sagrada que sea que no sea combatida: la sociedad se quebranta á fuerza de malos ejemplos, y cunde el trabajo de una disolucion permanente y activa. ¡Qué ocasión esta, hermanos míos, para emplearnos en servicio de Dios nuestro Señor, y en favor de nuestros hermanos! Solo con que digais al Señor en la sinceridad de un piadoso deseo «¿Qué quieres que yo haga?» se os revelaria con toda claridad vuestro destino, empezaríaís á trabajar con ardor, y recogeríaís abundante

fruto. No lamenteis las ofensas que sufre la Religion sino haceis por remediar el mal; no os quejeis de los daños que causa la indiferencia religiosa sino acreditais vuestro fervor que á tantos se comunicaria; no os limiteis á deplorar los escándalos, sino protestad contra ellos con una conducta edificante y austera. Oponed al egoismo la abnegacion, á la sensualidad la sobriedad y la pureza, á la avaricia la limosna, á la impiedad la religion en obras y en palabras, y en suma, á la licencia y disipacion de la vida los ejemplos de una sólida virtud.

Si dijerais al Señor desde lo más íntimo de vuestras almas: *¿qué quereis que yo haga?* Esto os diria que hiciéseis. Preguntadlo á vuestra conciencia y ella os lo dirá tambien. Lo que Jesucristo enseñó á San Pablo, esto mismo enseña Jesucristo y su Iglesia á todos los fieles. «Sed mis imitadores, os dice el Apóstol, como yo lo soy de Jesucristo (1)» ¿Os costará esto mucho trabajo? ¿Tendreis que sufrir alguna cosa acreditando vuestro celo por la Religion? Sufrireis, pero no será en vano, como decia el Apóstol á los

(1) Ad Philip. cap. iii. v. 17.

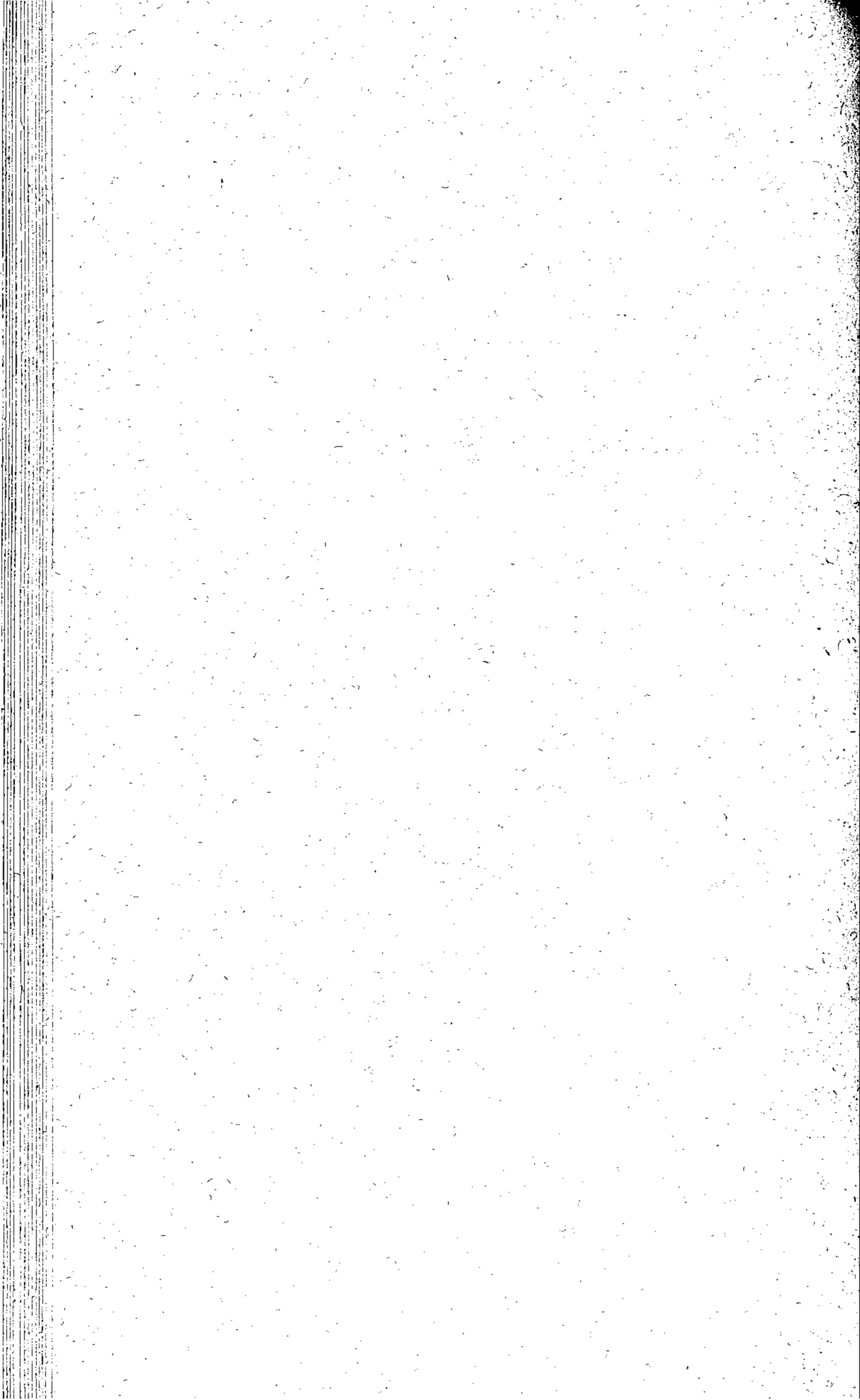
Galatas (1). En todo caso, ánimoes á sufrir y padecer algunos trabajos por Jesucristo la condenacion que hizo Salomon de los goces del materialismo y la sensualidad, de que el mundo se muestra hoy tan solícito, diciendo cuales fueron sus aborrecidos placeres en los que antes cifró toda su gloria: «Yo he levantado casas, dice, he plantado viñas, he ideado parques y jardines, he tenido lujo de servidores y esclavos, he celebrado grandes banquetes, he reunido bueyes y numerosos rebaños de ganado, he juntado grandes cantidades de oro y plata, y gustado de la música y de todos los placeres (2). El que esto dijo llegó á tal desesperacion que tuvo por mas dichosos á los muertos que á los vivos, y más que á los muertos, á los que no nacieron. Dichosos vosotros si acreditando el celo que la santa causa de la Religion reclama de vuestra parte, veis llegar el término de vuestra vida, no diciendo: «he juntado mucho dinero, he plantado viñas, he construido casas, he reunido muchos ganados, he pasado mis dias en convites y pla-

(1) Ep. cap. III. v. 4.

(2) Eccle. cap. II. v. 4.

ceres,» sino diciendo con el Apóstol San Pablo: «yo he peleado buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fé. Me está reservada la corona de la justicia que el Señor, justo juez, me dará en aquel dia: y no solo á mí, sino á todos aquellos que aman su venida (1).» Asi sea por los siglos de los siglos. Amen.

(1) Ep. II ad Timoth. cap. IV. v. 7



SERMON

para el día

DE SAN FRANCISCO DE ASIS.



Liberabit pauperem a potente, pauperem cui non erat adjutor. Et salvos faciet filios pauperum. Et florebut de civitate sicut fœnum terræ. Ps. LXXI. v. 12. 4. 16.

Librará al pobre del poderoso: al pobre que no tenia ayudador. Hará salvos á los hijos de los pobres; y florecerán los de la ciudad como la yerba de la tierra.

Mis queridos hermanos:

Alabaremos á San Francisco de Asis á la faz de un siglo que ha suprimido las comunidades religiosas, echado por tierra los conventos y aborrecido la cogulla monástica. No seria honroso para los que se dicen ilustrados y aplican su criterio filosófico al estudio de los hombres y de los sucesos, despreciar las constituciones

monacales que arreglaron la vida de millares de cenobitas, celosos operarios del Evangelio, tribunos de los pueblos, mantenedores de la paz entre las naciones, á quienes la sociedad es deudora de innumerables beneficios. El humilde religioso que vestido de tosco sayal reclutó tan gran número de discípulos y los sujetó á su disciplina tan austera, no fué un hombre comun: cuando repasemos su vida y reconozcamos en el instituto que fundó el espíritu de que estaba animado, le amaremos y veneraremos como á un héroe de la caridad, como al mas apasionado amante de la pobreza, con la que el Santo se desposó, locamente enamorado. (1) La Providencia lo suscitó, juntamente con Santo Domingo de Guzman, para que sostuvieran la Iglesia de Jesucristo cual firmes columnas, y defendieran los intereses mas sagrados de la sociedad con las

(1) «Jóven todavia, dice el Dante, el sol de Asis se casó con una mujer, á quien como la muerte, nadie abre la puerta de buen grado. Esa mujer, viuda de su primer marido hacia mas de mil y cien años, habia languidecido oscura y despreciada: en vano habia subido con Jesucristo á la Cruz. ¿Cuáles son los amantes que en estas líneas te designan mis palabras misteriosas? FRANCISCO Y LA POBREZA: *Francesco e Poverta.*» (Paraiso, canto XI.)

legiones de misioneros, apóstoles y mártires que reunieron estos santos religiosos bajo el estandarte de la cruz.

Trabajo nos costará pintar en pocas palabras el horrendo cuadro de todos los males que aquejaban á la Iglesia y por tanto á la sociedad en el siglo XII. El azote de la heregia produjo el mayor número de ellos y agravò los restantes.

Tan pronto como el poder temporal y la influencia de la Iglesia llegaron á su apogéo, comenzaron á perseguirla oscuros enemigos, sectas sin nombre. El poder y las riquezas son siempre codiciados, y no se perdona al que los ha conseguido. Dañosa fué para algunos esta preponderancia, y motivo de relajacion en las costumbres fueron para un gran número de legos y clérigos las riquezas. Cuando los grandes y los Emperadores armaron querellas con la Iglesia, entonces salieron á luz con estrépito los que en la oscuridad y en el silencio habian organizado las sectas.

Un fanático aparece diciéndose *el Hijo de Dios*: á su ejemplo pretenden otros lo mismo: en tal concepto anuncian un nuevo reino. Los antiguos maniquéos reaparecen en la escena: un Dios de

las tinieblas se pone en frente del Dios de la luz. Cristo no es mas que un Angel: sin tomar nuestra naturaleza vino á redimir á los hombres poseidos por los demonios. La Iglesia no hace falta para los adoradores en espíritu; los Sacramentos no son necesarios, y el hombre se santifica uniéndose con Dios. No hay resurreccion; el culto de los santos es idolátrico; el matrimonio fué inventado por el génio del mal. Cátaros, Patarinos de Arrás, Milaneses, Publicanos, Valdenses y Buenos Hombres, inficionados del Maniqueismo, atacaron todos los principios de la Religion, y los Albigenses los superaron á todos.

Estos herejes rebelados contra la autoridad de la Iglesia y contra la autoridad civil, encendieron la llama de la guerra en el Mediodía de la Francia, y llevaron sus estragos á la Italia y aun al Oriente de Europa. Para herir la imaginacion iban mal vestidos; se entregaban á los mayores desórdenes de impureza, porque decian que la sensualidad no mancha las almas; y solo se abstenia de comunicar con la Iglesia para no ser partícipes de sus pecados. Practicaron el comunismo para combatir la propiedad y la indisolubilidad del matrimonio, y afectaron el de-

saliño y la pobreza para concitar el ódio contra los ricos. Con fingido desprendimiento atacaron al clero que era rico; y los que se proponían resucitar con su conducta las puras y sencillas costumbres de los primeros días del cristianismo, hicieron como Tanchelmo la ceremonia de tocar sacrílegamente un cuadro de la Santísima Virgen en señal de que se desposaban con ella. Con estafas se apoderaban de los bienes ajenos, y fanatizaban á las mugeres para que en cuerpo y alma se entregaran á estos mónstruos que se llamaban *Pobres de Leon* ó *Hermanos Apostólicos*. Todos estos herejes se creían iluminados y despreciaban la sabiduría: tiraban á fomentar la oposicion de los nobles contra los Obispos, y del Estado contra la Iglesia; á encender en los pueblos la guerra civil, y al fin precipitarlos en la anarquía política y religiosa. Se cargaron de hierro y se finjieron penitentes, porque este era el medio de combatir á la Iglesia con algun resultado en un tiempo en que el sentimiento religioso era muy vivo: Tanchelmo excitó el fanatismo hasta tal punto, que dió á los enfermos á beber del agua en que se habia bañado, y la tomaron como saludable remedio para las enfermedades de cuerpo y alma.

No era menester tanto combustible para que ardiera la Europa, convirtiendo la Religion y las costumbres en un monton de ruinas. Informándonos de los estragos de la herejía dice Estéban, Abad de Santa Genoveva, testigo ocular: «he visto en todas partes quemadas las Iglesias y arruinadas hasta sus cimientos: he visto las habitaciones de los hombres transformadas en guaridas de brutos.

El remedio á tamaños males solo pudiera venir de la Iglesia, y el Señor envió á San Francisco de Asis. Amante de la pobreza, él condenaría el apego á los bienes terrenos que dió ocasion á estas herejías: la santidad de su vida, la pureza de sus costumbres, caería como un anatema sobre todos los desórdenes de la carne, á que se entregaban asi los heresiarcas como el pueblo fanatizado en subterráneas cavernas. La tierna devocion á la Santísima Virgen la indemnizaria de los sacrílegos ultrajes de que fué objeto, y defendería el honor de la muger, vilipendiada y desmoralizada por frenéticas predicaciones. Borrarianse las hediondas blasfemias á fuerza de himnos y cánticos celestiales, y el antifáz de la pobreza y penitencia con que se ocultaban

la sordida avaricia, el latrocinio, la soberbia de Lucifer, la rebelion y el libertinaje, caerian ante la pobreza voluntaria de las órdenes mendicantes, vestidas con el saco y el cilicio, y ocultando debajo de la humildad evangélica todas las virtudes cristianas. La Iglesia tendria en los pobres de Jesucristo un ejército de defensores, la sociedad conmovida una garantía de paz, los pobres una providencia, y la Religion un auxilio poderoso. Esta fué la obra de San Francisco de Asis, como haremos ver, mis queridos hermanos, si el Señor me ayuda con los auxilios de su divina gracia. *Ave María.*

Como quien levanta hasta el cielo su alma agradecida, así dan cuenta, historiadores y analistas, del nacimiento de Santo Domingo de Guzman y San Francisco de Asis. «Amanecieron al mundo, dice Marco Antonio Cocio, dos lumbreras grandes de cristiana piedad, con cuyas influencias tomó la fé católica nobles incrementos.» «Dios que vió combatida su Iglesia por la depravacion de las costumbres, dice Baronio, formó á San Francisco de Asis, varon apostólico que puso en práctica el desprecio del mundo y la pobreza evangélica. (1)» Dios, añadiremos

(1) Citados por el cronista franciscano Fr. Damian

nosotros, viendo la peligrosa crisis que atravesaba la Europa del siglo XII al siglo XIII en que tan probable era la anarquía y disolución de las naciones católicas como su salvación mediante la unidad religiosa combatida por las sectas, envió á San Francisco de Asis, y promovió empresas colosales, é inspiró á los santos el admirable diseño de tantas y tan útiles instituciones, á que se debió la salvación de Europa en un principio y los progresos de la civilización mas adelante.

Perderíamos el tiempo y el trabajo si en estos dias consideráramos únicamente las maravillas de la gracia en un alma como la de San Francisco de Asis: es preciso que trabajemos por los institutos religiosos que nosotros no volveremos á ver, pero que hacen mucha falta en la Iglesia de Dios y son necesarios al pueblo. Coincidió su aparición en Europa con la ruina del feudalismo y las conmociones populares; los señores, los

Cornejo, en la *Crónica Seráfica*, parte primera. Las metáforas del cronista al hablar del *Patriarca de los pobres* son las que estaban en uso, como estas: *Mundo ante notus, quan natus. Nondum luci editus, et jam in Templo conditus. Præivit imago prototypon, præpropera sanctitatis fama oraculis nota.*

condes y los barones desaparecian, y se levantaban los pueblos; cesaban las luchas de intereses ó se disminuía su importancia, y empezaba la guerra de los principios; los comunes daban señales de vida amagando los privilegios, y ciego seria hoy el que leyese la historia al través de añejas preocupaciones segun la leyeron los enemigos de los frailes. En aquellas herejías, en aquellos tumultos, en aquel desasosegado movimiento de la multitud que se batia en el campo y en las ciudades ó que discutia con el calor de la pasion, ciego seria, decimos, el que no viera el nacimiento de la democracia. El pueblo queria una parte del poder, y otra parte de riquezas: iba creciendo y tomando sangre. Ya no estaba diseminado en los campos: ya no le bastaba vivir á la sombra del castillo ó de la abadía: era demasiado numeroso para que la sombra de un templo y de una torre feudal le cobijara: vivia en ciudades, queria derechos y disputaba sobre ideas.

Si al comenzarse esta revolucion que llamaba los pueblos á nueva vida no se hubiera proclamado la guerra á la Religion, fuera el plan muy laudable y no se viera interrumpido ni contra-

riado. Pero los crímenes mas horrorosos, los excesos mas increíbles, las máximas mas disolventes fueron la señal de este desbordamiento de las pasiones, en su mayor efervescencia. Aquellos herejes no afectaron el respeto de disentir sobre este ó aquel punto del dogma, sino que aborrecian al *Dios del Antiguo Testamento*, y le trataban de homicida por el castigo de los de Sodoma y Gomorra, y trataban á Jesucristo lo mismo que á la Iglesia, en términos que no puedo repetir, y practicaban ceremonias para quitarse el Bautismo, y predicaban los mismos horrores que cometian. Religion, moral, doctrina, todo era pisoteado por la sandalia de estos nuevos penitentes que aspiraban á reformar el cristianismo. Quedaron formalmente abolidos los pecados de la carne; la licencia podia ser absoluta; y para colmo de extravagancias, cualquiera podia, imponiendo sus manos sobre la cabeza de los moribundos, salvar sus almas en la eternidad.

Los reyes, condes y barones, podian pelear y peleaban en opuestos bandos y parcialidades, pero no eran ellos los que habian de decidir una contienda como esta. Habia ya pasado la época

de los primeros monasterios, consagrados al desmonte y labor de tierras incultas y á la conversion de los bárbaros: esta fué la obra de los monjes benedictinos. Las cruzadas habian concluido, y el espíritu caballeresco que nos legaron concentraba sus fuerzas en la frontera de los moros. Los monjes de vida sedentaria no eran apropiados para lidiar con la turba frenética de los predicadores de la herejía. A estos predicadores se opusieron otros predicadores, los hijos de Santo Domingo de Guzman, y á convertir esas turbas indisciplinadas y furiosas se adelantó San Francisco de Asis con sus legiones de pobres penitentes. Él trajo las masas á la Religion; él inspiró al pueblo rebelado una nueva idea; en el instituto que fundó cupieron los hombres, las mujeres, los clérigos y los legos, los nobles y los plebeyos, los reyes y los príncipes: tendió su cordon, y los igualó á todos: sobre una mesa de pino estendió un mantel limpio y ofreció á los pobres de su frugal comida: dió su sayal á muchas princesas, y predicando en los templos y en los caminos, con la cruz en la mano llevó tras de sí á la democracia. Interpretes de las necesidades de los pueblos cerca

de los reyes y altos señores, los franciscanos instruían á los niños y se consagraban á los deberes de su sagrado ministerio, con una generosidad que no han comprendido los que los desprecian ahora. En el siglo XIII se podía dudar con mucho fundamento si la Europa considerada bajo el punto de vista político y social reportaría ó no los inmensos beneficios que la Religión prometía, y que el cristianismo únicamente pudiera proporcionar á los pueblos; pero los institutos religiosos, especialmente los franciscanos mendicantes, resolvieron la cuestión á favor nuestro.

Pero ¿quién era este hombre tan extraordinario, este agitador que levantó bandera de paz, este instrumento de la Providencia que pudo desatar las mayores dificultades cuya sola consideración nos abruma siempre que echamos una ojeada sobre la historia de aquellos tiempos?

Por los años de 1182 nació en Asís, ciudad de la Umbría, un niño á quien se puso por nombre *Juan*: era hijo de unos mercaderes (1) y en sus primeros años estuvo dedicado al comercio. Esto fué causa de que perdiera su nombre de pila;

(1) Pedro Bernardono y Pica.

pues pasando de Italia á Francia con mercancías, fué olvidando su lengua nativa, y tomando la francesa con la frecuencia del trato. *Francesco* fué llamado en adelante y para siempre. Su discípulo y biógrafo Tomás Cellano nos le pinta en su primera juventud como un hombre vanidoso, bufon, trovador, ligero, pródigo, atrevido.... De cabeza redonda, frente pequeña, ojos negros y sin malicia, nariz recta y delgada, orejas pequeñas, lengua encendida y aguda, voz vehementemente y dulce, dientes iguales y blancos, labios delgados, barba rala, dedos largos, pié pequeño, este era el hombre de Dios segun el minucioso retrato que debemos á la pluma de sus contemporáneos y admiradores (1).

Asís y Perusa estaban en guerra: Francisco combate por su pátria, pierde y queda prisionero. Tras la prision vino la enfermedad, y pudo venir la muerte; mas no vino el escarmiento. Creyó en su vocacion á la milicia; fiado en un sueño tomó de nuevo las armas, y durmiendo sobre ellas soñó en Spoleto otras cosas que iban

(1) Th. Cellano escribió su vida por orden del Papa Gregorio IX.

mas conformes con la voluntad divina. Estos hechos justifican el retrato.

Rara vez deja de estar en ebullicion el pensamiento de los que han nacido para realizar las mas grandes concepciones: siempre debe esperarse mucho del corazon de aquellos que en la temprana edad no pudieron ver las miserias del pobre sin quitarse su vestido y cambiarlo por sus andrajos. La primera explosion de su caridad fué cubrir con sus vestidos la desnudéz de un mendigo: el resultado de su sueño en Spoleto fué el pensamiento no bien delineado, sino confuso, de una fundacion religiosa. Los fundadores han solido empezar por sueños, que á los principios parecieron arrebatos de la fantasía, y luego fueron concepciones admirables, ó inspiraciones de la gracia. Encuéntrase San Francisco con un leproso y lo besa: sintió la presencia de Jesucristo crucificado, y el amor divino se apodera de su alma. Concibe el pensamiento de ir á Roma, y se pone en camino: llega á la ciudad eterna, vende lo que tiene, se dirige á la Iglesia de San Pedro, ora, al salir dá el dinero á los pobres, cambia su vestido con el mas necesitado, y quédase en la puerta del templo pidiendo li-

mosna. Vuelve á su pátria llevando en su corazón un absoluto desprecio de las riquezas: monta á caballo, lleva unos fardos á la fêria de Foligno, los vende y destina su importe á la reedificación de la ermita de San Damian. Su padre, avaro mercader, le increpa por estas prodigalidades; le castiga: él huye, se esconde, y su padre le persigue. Es preciso que Francisco renuncie á sus bienes ante el obispo de Asis, y comparece á su presencia. Arrebatado de una santa alegría, no solo renuncia á sus bienes, sino que se despoja de sus vestidos, los entrega á su padre, y el obispo se apresura á cubrirle con su capa (1). Entonces fué cuando lleno de gozo á causa de su desnudéz y absoluta pobreza, arrancó de su pecho este sublime acento de la esperanza cristiana: *Padre nuestro que estás en los Cielos....*

Francisco se lanza á todos los azares é incertidumbres de una vida confiada á la Providencia: va de pueblo en pueblo excitando al amor de Dios, se pierde en los caminos mas solitarios y recorre los campos cantando las divinas alaban-

(1) Nec femoralia retinens totus coram omnibus denudatur. Episcopus.... pallio quo indutus erat, contextit eum. Th. Cellan. in vita S. Francisci.

zās. Si unos salteadores que no tenían cosa alguna que robarle le preguntan quién es, Francisco responde: «Yo soy el heraldo que proclama al gran Rey.» Si le arrojan en un pozo de nieve, se sale tan alegre y prosigue su camino y continúa con el mismo ardor las alabanzas que cantaba. El que había de traer á los hombres mas oscuros á la claridad de un nuevo dia, y convertir á los mayores pecadores, y ganar por el amor á los que entre sí se perseguían á sangre y fuego, los vió á todos igualmente dignos de su compasion ó de su caridad, y los abrazaba en los transportes de una oracion continúa, en medio del silencio y la soledad de los campos. A veces se creía rodeado de los hermanos que tanto amaba; abría la boca para hablarles de Dios, alzaba la cabeza, extendía sus brazos, y se veía solo: pero llamaba á los pájaros, predicaba, y le oían atentos. «Hermanos míos, decía él á los pájaros no viendo á los hombres, ¿no amais á vuestro Criador que os ha vestido de plumas y os ha dado alas con las que volais en el cielo? Bendecid á la Providencia que os ha socorrido con todo lo necesario (1).» Los pájaros cantaban;

(1) Fratres mei aves multum debetis laudare Creatorem etc. Th. Gellan. ibid.

y satisfecho de su docilidad, los bendecía y les daba licencia para que se fueran. El santo exortaba á todas las criaturas á que alabaran al Señor, y hacia extensiva á los animales la ternura fraternal con que amaba á los hombres (1). Si le salian al encuentro las aves del lago de Rieti, entablaba con ellas los mismos discursos: «Hermanos, decia á un rebaño de carneros, venid á mí.» Unas veces salvaba á una liebre perseguida por los cazadores, otras daba su capa por rescatar á un cordero que balaba á la muerte, *illius memor mitissimi agni*, acordándose de aquel mansísimo cordero inmolado por la salud de los hombres. Junto á la puerta de la Porciuncula habia una higuera, y en la higuera una cigarra: el Santo la llamaba y venia á cantar á su mano. Se iba la cigarra y acudia un ruiseñor; el ruiseñor vencía con su canto á la cigarra y al hombre, y volaba á los sitios umbrios orgulloso de su

(1) Hic creaturis imperat,
 Qui nutui subjecerat
 Se totum Creatoris:
 Quidquid in rebus reperit
 Delectamenti, regerit
 In gloriam Factoris.

Antífonas del Breviario franciscano.

triunfo; pero si el ave canora se marchaba, acudían á bandadas las golondrinas. El santo amaba las palomas porque son el símbolo de la inocencia y del candor, y compró las que un jóven llevaba á vender al mercado de Siena: llevóse las al convento de Ravacciano, hincó su baston en la puerta, el baston se convirtió en una encina, y mandó á las palomas que en el árbol hicieran su nido. Una mañana, queriendo orar, le importunaban las golondrinas: «callad» (1) dijo el santo, y enmudecieron. Parecia que Francisco hubiera recobrado por su inocencia el imperio que tenia el hombre sobre los animales antes de su caída. Y no solo simpatizaba y amaba á todas las criaturas vivientes, sino que abrazaba tambien en su extraordinaria caridad á la naturaleza muerta. San Francisco amaba el aire, la tierra, el fuego, las viñas, los sembrados, las aguas, las piedras y los bosques: todo le movia al amor de Dios, y quisiera comunicárselo á los seres insensibles (2).

Entretretanto únense á San Francisco Ber-

(1) Sorores meæ hirundines etc. Asi les habló segun el historiador Th. Cellan.

(2) Segetes, vineas, lapides et silvas, et omnia

nardo de Quintabal y Pedro Catáneo, movidos de su predicacion en Asis, y estos fueron los primeros religiosos de la que luego se llamaria *orden seráfica* (1). Tras ellos se fué el santo Fr. Gil. Los cuatro se juntaron en una cabaña, y dieron gracias á Dios junto á un arroyo. Los franciscanos que en breve llenarian el mundo, y sostendrian la Iglesia, y librarian tremendas batallas contra el infierno, y asombrarian á los infieles, y harian á la Religion popular atrayendo á las clases mas numerosas, comunicándoles nueva vida y haciendo del sentimiento religioso el mas poderoso sosten de una sociedad cuya disolucion amenazaba, empezaron por juntarse en una cabaña junto al arroyo de Rigatorto. Se llamaron los religiosos *menores*; su gran templo fué la ermita de la Porciúncula: su mas famoso Capitulo conserva el nombre de las *esteras* (2).

San Francisco fué á Roma, y el Papa Inocen-

speciosa camporum... terramque et ignem, aërem et ventum ad divinum movebat amorem... Omnes creaturas fratres nomine nuncupabat: frater cinis, soror musca. Th. Cellan. Ibid.

(1) El venerable Quintabal fué superior de los conventos de España.

(2) A Mr. Michelet le parecen idiotas estos primeros discipulos de San Francisco. Los incrédulos

cio III, despues de un sueño en que le pareció ver que la basílica de San Juan de Letran se caia y que la sostenian dos hombres, uno Santo Domingo y otro San Francisco de Asis, aprobó la nueva órden. El santo se decidió por la predicacion segun el consejo de Santa Clara y del hermano Silvestre: recibió el diaconado sin permitirle nunca su humildad llegar al sacerdocio, y á ejemplo de los Apòstoles repartió el mundo entre sus discípulos, reservándose el Egipto donde esperaba alcanzar la palma del martirio.

¿Qué político hubiera adivinado la transformacion de Europa y la salvacion de la sociedad mediante la poderosa intervencion de un ejército de mendigos? Semejante resultado no estaba al alcance de la prevision humana. El cinismo de los albigenses, las rapiñas de los valdenses, el fanatismo de los herejes predicadores, la exaltacion de las mujeres, y el espíritu sanguinario y destructor de las masas desenfrenadas, fueron aniquilados por una santa milicia que levantó de la nada el serafin de Asis. Cinco mil religiosos habia reunido en Italia en el año 1211; se

no comprenden la grandeza segun Dios, ni la sabiduria segun el Evangelio. V. Histoire de France, t. II.

dieron el òsculo de paz, el santo les dió sus instrucciones, y se separaron, viniendo unos á Castilla, Aragon y Cataluña, yendo otros á Francia, Portugal y Alemania. Salieron misioneros para Egipto y Marruecos, la Borgoña y Hungria; el Africa fué regada con la sangre generosa de los primeros hijos de San Francisco, y el Santo Patriarca se encaminó á la Siria. A tiempo llegó de meterse en los peligros de la guerra entre infieles y cristianos: sin mirar mas que á Dios, sin desear otra cosa que iluminar al obcecado príncipe que capitaneaba á los infieles, llega hasta él en medio de la batalla, le sigue á su tienda, se introduce en su palacio, con la sola esperanza de decirle algunas palabras que llegando á su corazón le conviertan, y morir decapitado con los leales compañeros que en tan difícil empresa le seguian. Hiciéronle gracia de la vida; y como adelantara poco, se fué á la Palestina, visitó los lugares de la Redencion, donde se dejó el cordon que todavia llevan á la cintura sus humildes hijos, casi olvidados de nosotros y desamparados en el Santo Sepulcro. De regreso en Italia, detras de su paso se levantaban conventos. Venecia, Padua, Cremona, levantaron monasterios,

mística descendencia de la Porciúncula ó *porcioncilla*, como se llamaba á la ermita antiquísima de Santa Maria de los Angeles.

Las mujeres piadosas, siguiendo el ejemplo de Santa Clara, se cortaban el cabello, y aumentaron aquella celestial milicia (1). San Francisco estendió su celo á proporcionar á los que vivian en el siglo los mismos bienes espirituales de que participaban los que vivian en clausura. Fundó un órden que llamó de Penitencia, el famoso órden *tercero*; con el que puso el colmo á su obra, cerrando en todo lo posible la entrada á los vicios y disipaciones que afeaban la cristiandad. ¿Quién podrá enumerar las virtudes que florecieron en el siglo, los ejemplos edificantes que dieron estos hijos seculares de la religion franciscana, que vivieron y viven hoy dia en el bullicio de Babilonia como pacíficos moradores de Sion? El plan de San Francisco de Asis era com-

(1) En 1224 dió San Francisco una regla particular á sus hijas las *clarisas*. Inés de Bohemia estableció los conventos de monjas franciscanas en Alemania. «Et multæ filiæ ducum, comitum, baronum et aliorum nobilium de Alamania, mundum deserentes, exemplo beatæ Claræ et Agnetis, sponso cœlesti junctæ.» Bartholomeus a Pisa, Liber conformitatum B. Francisci ad vitam Jesu-Christi (ed. 1501) fól. 85.

pleto: por las tres puertas de la Religion seráfica entraban los emigrados de una sociedad corrompida: esta piadosa levadura consiguió restaurar la Religion en las almas. Despues de tan grande obra, solo faltaba que cayera sobre ella el rocío del cielo, y el Santo alcanzó un diluvio de gracias con el *jubileo de la Porciúncula*. Aquí podemos exclamar: verdaderamente es Dios muy admirable en sus santos.

Creia yo, mis queridos hermanos, haberos mostrado toda la obra de San Francisco de Asis; pero midiendo la influencia de las órdenes mendicantes por los beneficios que reportaron á la Iglesia y á la sociedad, reconozco con placer que no he abarcado su obra por entero.

El proclamar el desprecio de las riquezas conforme al Evangelio fué la idea culminante en los planes de San Francisco de Asis, y el golpe mejor dirigido contra la soberbia de aquel siglo. La sola predicacion de la pobreza ataja los estragos del lujo y hace amar la sobriedad de la vida: pues ¿qué haria la predicacion de los mendicantes que se ayudaban con el ejemplo de una vida austerísima? ¿Qué se diria en los pueblos al ver salir de repente á tantos despreciadores de ri-

quezas? Practicada la pobreza en los claustros, se le dió acogida en los palacios: esta virtud desterrada recobró su trono. La cuestion social entre los pobres y los ricos (porque esta lo será eternamente) no haria ya correr rios de sangre. Demás estaba el absurdo comunismo ensayado por los herejes: la comunidad cristiana era la que podia convertir un absurdo en instituciones sublimes, destruir la soberbia y avaricia de los herejes, y edificar en la caridad y humildad de los austéros religiosos, y traducir á la realidad los sueños y quimeras de los hombres. Hízose general el desprecio de las riquezas, y bajó el nivel de la codicia: los que andaban descalzos calzaban á los pobres; los que nada tenian abastecieron al necesitado. Si en este tiempo del lujo, de la avaricia y de la sed de los goces se hiciera algo mas de lo que se hace en beneficio de los menesterosos, no asustaria tanto el porvenir. Si junto con la Iglesia que suaviza los males inculcándoles la Religion contaran con el amparo de los religiosos mendicantes, sus amigos, sus iguales, sus consejeros y su providencia, no habria por qué temer las profundas revoluciones con que diariamente se nos amenaza.

Involuntariamente me extiendo, señores, en estas reflexiones que nos tocan muy de cerca, y no quiero dejar de llamar la atención sobre el inmenso beneficio que harían los humildes religiosos predicando el perdón de las injurias, atajando el torrente de las deshonestidades á que se entregó la herejía, instruyendo á los pueblos en sus deberes, excitando al amor de Dios, y llevando á los infieles el conocimiento del Evangelio. ¡O cuán hermosos los pies de los que evangelizaban la paz y comunicaban por medio de la palabra todo linaje de bienes! *¡Oh quam speciosi pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona!*

Organizando su milicia y predicando la Religión, no solo se remediaron los males de entonces, sino que el Evangelio dió un paso mas en la Europa cristiana y en el mundo: el pueblo, las clases numerosas, acabaron de entrar en la Religión; y San Francisco de Asís, al vestir á los pobres con un hábito religioso, obligó al mundo á ser caritativo con ellos. La Religión bendecía aquel hábito, y lo echaba sobre aquel pobre que habia sacado de la masa general; santificaba al monje y le imponía la obligación de hacer bien

á sus hermanos: y como la Religion hacia por los pobres cuanto era posible, los ricos se confesaron obligados á darles una limosna por el amor de Dios. Con aquella limosna se mantenian millares de monjes, se multiplicaban los conventos, se atendia á las misiones, se formaban colegios, se favorecia á las empresas literarias, las artes eran protegidas, y despues de estos gastos todavia los mendicantes mantenian á los pobres. El pan se multiplicaba en sus manos. Ni los poderosos ni los Reyes pueden hacer por las bellas artes lo que hacian los proletarios del claustro; y la revolucion que los echó á la calle, no ha podido conseguir que los artistas los olviden (1).

No se limitaron á remediar estas necesidades semejantes instituciones: las ramas de la orden

(1) De paupertatis hórreo
 Sanctus Franciscus satiat
 Turbam Christi famelicam,
 In via ne deficiat.
 Iter pandit ad gloriam,
 Et vitæ viam ampliat.
 Pro paupertatis copia
 Regnat dives in patria,
 Reges sibi substituens,
 Quos hic ditat inopia.

Responsorios del Breviario franciscano.

seráfica, extendiéndose desde el claustro al siglo, dispensaron el mismo honor y protegieron con la misma sombra á las clases mas numerosas de la sociedad, á las que habian dado una regla de vida, una enseñanza gratuita, el mismo pan de la pobreza franciscana, el mismo cordon de penitencia, el mismo sayal azul, el *oficio parvo* de la Santísima Virgen, igual disciplina y la misma gerarquía de cargos y oficios en el Orden Tercero. Regulares y seculares pasaban de legos á profesos; provinciales y ministros, todos eran hermanos; todos seguian el estandarte de la Purísima Madre de Dios; todos cantaban los mismos himnos que se hicieron tan populares, y al morir se les envolvia en la misma mortaja, y cerraba sus ojos San Francisco de Asis, Patriarca de una grey tan numerosa como la descendencia de Abrahan.

Admiremos, señores, la sabiduria de una fundacion que distrajo por medio de tan ingeniosas trazas la ambicion de los hombres. Las desigualdades sociales habian provocado los ódios de la muchedumbre, y esta oposicion engendraba los desastres que hemos referido. Ningun poder de la tierra podia preparar una transicion natural

ni cambiar la organizacion política de los Estados, haciendo al pueblo partícipe de un poder que no se dividia, aunque sí se disputaba. La esclavitud ó la anarquía era la única perspectiva, detrás de una lucha sangrienta: los errores cometidos por una turba de herejes eran un preludio de la disolucion general que iba ganando terreno. San Francisco de Asis levantó un estandarte y decidió la cuestion: desvió de su curso el torrente revolucionario, y trayéndolo con suavidad lo repartió en cauces diversos, los hizo descender por dulces declives, y de este modo fertilizaron con su riego prados amenos y llanuras apacibles. San Francisco de Asis hizo partícipes del poder, del honor, de la consideracion pública á las clases mas numerosas de la sociedad: ningun peligro habia en que los Reyes pidieran á los frailes su cordon de cáñamo, en que el Dante y á su ejemplo los hombres grandes, y sábios y poderosos pidieran un hábito de los mendicantes para llevárselo á la sepultura; pero sí habia peligro y muy grande en que los mendigos amenazaran á los poderosos, y los pueblos disputaran el poder á sus príncipes. En la profesion de la pobreza hallaron los pobres su dig-

nidad, Desde que los poderosos atraídos por el amoroso gemido de la Religion quisieron pertenecer de algun modo á la familia de San Francisco de Asis, los pobres mendigos quedaron realzados aun á sus propios ojos. No sabemos hasta qué punto hubiera extendido y desenvuelto el cristianismo en su parte política el principio de la fraternidad que tal desarrollo tuvo al aparecer estos heróicos amantes de la pobreza, si la herejía protestante que reconoce por sus ascendientes á los terroristas de la edad media no hubiera desviado el curso de la civilizacion cristiana, prosiguiendo aquellas revoluciones suspendidas, poniendo antagonismos entre el poder y la libertad, y separando por la desconfianza ó por la guerra todos los elementos que el poder de la Religion habia unido tan maravillosamente. Es menester que perezca esta herejía para que la libertad vuelva á reinar en Europa: las clases mas numerosas de la sociedad necesitan este cambio. En vano se ha extendido el espíritu de asociacion: no las ha hecho mas fuertes. El espíritu que ahora reina es el de las sectas; no es el espíritu de fraternidad universal como el de que estuvo animado San Francisco de

Asis. Sin este espíritu de fraternidad, es un delirio pensar que ha de llegar un día en que la libertad y la justicia reinen sobre la tierra. San Francisco de Asis fué en todo el rigor de la palabra un eminente socialista: con este carácter resplandece en la historia. Si la Religion no hubiera levantado altares al serafin de Asis, los pueblos agradecidos le hubieran erigido monumentos que hicieran eterna la memoria de su insigne bienhechor. Puede ser que estos monumentos los hubiera derribado en nuestros días el ódio á los frailes: pero ¿qué asociaciones se han inventado en estos tiempos que hagan olvidar las piadosas asociaciones que dieron á los pueblos hace ocho siglos fuerza, independencia, honor y libertad? Inútil es hacer tales comparaciones: el espíritu de asociacion que hoy conocemos no puede dar de sí sino resultados mezquinos ó malos: no ha soplado en él la Religion que hace las cosas grandes: falta al hervidero de asociaciones de que nos vemos rodeados el génio de los pasados siglos.

Como consecuencia de las ventajas morales y materiales que reportaron los pueblos, merced á los Santos fundadores y á la piadosa solicitud

de la Iglesia que por ellos se interesaba tan vivamente, la fé tuvo grandes incrementos, la esperanza cristiana fué la vida de las almas, la caridad fué ardentísima, y la devocion participó del entusiasmo: el entusiasmo religioso penetró en las masas del pueblo. Aquellos monjes penitentes pero afables, santos ó sábios pero humildes, se vieron victoreados y aplaudidos con públicas demostraciones que el mismo San Francisco no quiso contener (1). Como el pueblo habia entrado de lleno en la Religion, gozaba de paz en los Santos Tabernáculos, y vivia en el seno de delicias no conocidas. San Francisco de Asis hacia representar al vivo los misterios de la Religion, y dió á la enseñanza por este medio un grande interés: hizo sensibles los dolores y alegrías de la Iglesia, interesando la piedad de los pueblos con las imágenes y repre-

(1) Entrando en Asis en medio de ruidosos aplausos, extrañó un religioso que no los desdeñara: mas el santo le dijo: «á tí te parece excesiva la honra que me hacen; pues á mí me parece poca, y no tanta como deberian hacer.» Más confuso quedó el religioso con semejante respuesta: lo conoció el Santo, y añadió: «Recibo estas aclamaciones para ofrecerlas como siervo fiel al Señor, sin reservar nada para mí sino el conocimiento de mi bajeza.»

sentaciones de cosas augustas que entraban por los ojos. En sus sermones trataba tambien de los misterios, mezclándolos de símbolos y alegorías que halagan á todo auditorio, sea como fuere, rústico ó ilustrado, triunfando al remate de toda resistencia con el fuego de su palabra y los dardos que despedia su corazon amante. Los que no eran arrastrados por su palabra ó presencia-ban sin conmoverse las representaciones de la Religion que cautivaban á los mas fervorosos ó á los mas sencillos, eran vencidos en otra escena: San Francisco hacia penitencia en las calles, se castigaba con la mayor alegria por haber quebrantado el ayuno, (1) y presentábase á los pecadores como una víctima dispuesta á inmolarse por el amor de Dios y de los hombres. No era así de ordinario, pues cuando el Viernes Santo lloraba con Jeremías, traspasaban el corazon del

(1) Videte glotonem, (decia el Santo) qui impinguitus est carnibus gallinarum, quas, vobis ignorantibus, manducavit! *Th. Cellan.*

Citase entre sus mas fervorosos actos de penitencia la intrepidéz con que se arrojó en una zarza huyendo de una tentacion de la carne. La zarza quedó sin espinas, y se hizo tan comun, que desde entonces se conservó en casi todos los conventos de la orden franciscana, y en muchos jardines.

pueblo las lamentaciones del Profeta: y cuando en la noche de la Natividad del Señor reia y lloraba de alegría, el pueblo participaba del mismo gozo y festejaba al reciennacido con la sencillez de los pastores, así en el templo como en el seno de las familias. En tales noches predicaba el Santo; y para predicar, se disponia un establo á imitacion del de Belen. Nada faltaba en la escena; San José y la Virgen María, la mula y el buey, el niño Dios en el pesebre sobre un lecho de pajas. Los pastores estaban representados por el pueblo, igual á ellos por su sencilla devocion. El Santo hablaba del misterio con la dulzura de un San Bernardo; sus palabras eran una adoracion continua; se iba desde el pesebre al altar, y desde el altar al cielo; le enternecia aquella apariencia de respeto que sin conocer á su Criador le tributaban los animales; hasta parecia que imitaba su balido repitiendo la palabra BETHLEEM (1); la inocencia de los pastores y la alegría de los Angeles que anunciaron el nacimiento del Salvador hallaban un eco en aquella al-

(1) *More balantis ovis Bethleem dicens..... Th. Cellan.*

ma tan hermosa y tan rica, que tenia simpatías hacia todas las criaturas: y cuando el Santo revelaba á sus oyentes el gran misterio de la Redencion diciendo: «hoy ha nacido el Cristo, el Salvador del mundo,» no bien pronunciaba el nombre de Jesús, se pasaba su lengua por los lábios cual si gustara la dulzura de la miel; y con este encanto se adormecia (1).

De repente se despertaba San Francisco de Asis como estremecido por una idea religiosa que habia de triunfar en el mundo: la defensa de la Concepcion en gracia de María Santísima conmueve todo su ser, y esta conmocion se comunica á las masas. El Santo tremola su estandarte glorioso, y le siguen pueblos enteros cantando las glorias de la Virgen sin mancilla. Vertiendo á torrentes su inspiracion y sus lágrimas, San Francisco de Asis componia himnos hermosísimos, de una ternura abundante aunque con piadosas incorrecciones, que él entregaba á la lima de Fray Pacifico; y asi corregidos sin perder nada de su natural elevacion y grandeza, el

(1) Et labia sua, cùm Jesum nominaret, quasi lingebat linguâ. Th. Cellan.

pueblo los cantaba en calles y plazas con feryoroso acento que subyugaba las almas. Estos *caballeros de la Virgen*, no pudiendo contenerse en las ciudades cantaban en el campo, á lo largo de los caminos, y se decian los *músicos de Dios*. De estos caballeros, paladines de la Virgen, salió el célebre Escoto; de estos cantores inspirados, salió San Buenaventura. El ejemplo de San Francisco de Asis inflamó á los poetas cristianos; por él fueron grandes poetas el Dante y Petrarca: los de Pisa y Siena que le precedieron fueron inferiores á él aunque muy tiernos y piadosos: nadie se aventajó á San Francisco de Asis: su poesía era digna de la Religion, y el elogio no se aumenta con decir que era tambien digna de su pátria (1).

El pobre mendigo que libró á los pobres de la soberbia de los poderosos, á los ignorantes de la afrenta de su ignorancia, á los fanáticos de los errores que predicaba el fanatismo, y á

(6) Guido de Arezzo y Guido Guinicelli, poetas cristianos de la edad media, fueron superados, en opinion de los críticos, por San Francisco de Asis. Mr. Gœrres publicó en 1833 en una Revista Francesa un escrito que tituló: *Saint Francois d' Asis Troubadour*.

los pecadores de la carga de sus pecados, volvía al cielo sus manos estendidas para dar gracias á la Providencia porque le habia escogido por instrumento de una obra tan misericordiosa. Su deseo mas ardiente, viendo ya realizado y estendido por el mundo el santo principio de fraternidad proclamado por el Evangelio, fué ensalzar á la Madre de Dios. A su amor se encomendaba, á su manto se acogía: á ella traía los pecadores y los justos; en la Reina de cielos y tierra veía una clemencia inagotable. Buscando á sus devotos entre los pliegues de su manto, vió como Santo Domingo á todos los santos de la corte celestial (1). No le bastaba á San Francisco de Asis dar de comer á los pobres, queria hacer salvos, como decia David, á los hijos de los pobres: no se contentaba con que *los de la ciudad florecieran como el heno de la tierra*, ni con haberlos libertado del orgullo de los poderosos. Queria asegurarles una proteccion altísima, haciéndolos cantores y cortesanos de la Virgen, defensores de sus prerogativas, panegiristas de sus virtu-

(1) *Totam caelestem patriam amplexando dulciter continebat*: dice el historiador Teodor. de Appoldia.

des, músicos de Dios, heraldos del gran Rey, ciudadanos de la patria celestial. En la lengua del pueblo habla y canta San Francisco de Asis las maravillas del amor divino con una vehemencia, que temió pareciera locura: «Nadie me reprenda, decia el Santo, si tal amor me hace morir loco. No hay corazon que pueda defenderse de un amor pegado á sus entrañas; una vez herido, arderá y se consumirá en este fuego sin poder huir (1).» Teniendo á todos los pobres en su corazon como la Vírgen los tenia debajo de su manto, cantaba á la Vírgen, á Dios, al Sol, á la pobreza, al Universo, al Amor mismo, con el amor mas ardiente, con la inspiracion mas rica, sin querer otro salario que la penitencia de los pecadores: y si por algo exigia de sus hermanos esta paga, era porque la penitencia es amor. Con su vista fija en el cielo distinguia las legiones de espíritus que ascendian desde este valle

(1) Nullo donca oramai più mi riprenda
 Se tal amore mi fa pazzo gire.
 Già non e core che più si difenda,
 D' amor si preso, che possa fugire.
 Pensi ciascun come cor non si fenda,
 Fornace tal come possa patire.

Rime di San Francesco.

de lágrimas, pasando entre espinas de mortificación para recibir coronas inmarcesibles, subiendo desde el empíreo de la Iglesia al empíreo de la Gloria, y bendecía á Dios con las armonías del salterio. A impulsos del amor divino cae en éxtasis, y en el éxtasis adquiere la certeza de su salvacion. Sale del éxtasis y compone el célebre cántico á su hermano el Sol; y apenas brota de su corazon la última estrofa, toma el camino de Asis para cantarlo en la plaza pública. En aquel punto iban á llegar á las manos el Obispo y el podestá; pero al oír los acentos de esta lira divina, el tumulto se sosiega; los enemigos se abrazan, y el santo amor de Dios, pasando por el alma de un serafin, apaga la tea de la discordia que ya flameaba entre la inquieta y desavenida muchedumbre.

Faltan voces, hermanos míos, en los diccionarios de todas las lenguas para dar una idea aunque pálida de la violentísima pasión de San Francisco de Asis. Aunque hablemos de éxtasis y transportes, de conversaciones en el cielo, de raptos maravillosos, de delirios y locuras sublimes como las que sentirán las almas enamoradas de Dios, ¿quién se atreverá á explicar los

efectos causados en un espíritu como el suyo por la divina belleza que se dignó revelársele? Para entender alguna cosa ha sido necesario recoger las palabras del mismo Santo, que se escaparon de sus lábios en uno de los mas violentos accesos de su pasión. Vió en el amor su sentencia de muerte, y rehusó todo otro consuelo que no fuera este tan doloroso como dulcísimo suplicio. El amor que todas las criaturas tienen á su Dios le servia de estímulo: unia su voz al grito del Universo, y pedia al amor ser en él transformado. El corazón aceleraba su latido, y la muerte, siempre veloz, le parecia tarda. Las delicias del amor divino le adormecian y le mataban dulcemente, y el santo se hundia con suavidad y se anegaba en este piélago del amor divino sin fondo y sin riberas como la inmensidad de Dios (1).

- (1) Data m' è la sentenza,
 Che d' amore io sia morto.
 Già non voglio conforto
 Se non morir d' amore....
 Amore, amore grida tutto 'l mondo;
 Amore, amore ogni cosa clama....
 Amore, amore tanto penarmi fai,
 Amore, amore nol' posso patire:
 Amore, amore tanto mi ti dai,

Los peñascos del monte de Albernia adonde se retiró á meditar la pasion y muerte del Señor fueron testigos del éxtasis y mortificaciones del santo, y de aquella tan singular comunicacion del amor divino, de que no puede citarse otro ejemplar: la impresion de las Sagradas Llagas en el santo cuerpo de este siervo de Dios, del perfecto imitador de Jesucristo (1). Su vida fué

Amore, amore, ben credo morire;
 Amore, amore tanto preso m' hai,
 Amore, amore, famm' in te transire:
 Amore dolce languire,
 Amor mio desioso,
 Amor mio diletto,
 Annegami in amore.

Rime di San Francesco.

Estas rimas están citadas por Crescimbeni en una obra que tituló *Commentarij della volgar poesia*. Las he tomado de la *Histoire de Sainte Elisabeth*, escrita por el conde de Montalembert.

Tanto en los himnos como en los sermones de San Francisco de Asis, la improvisacion era lo mas admirable. Deseando el Cardenal Hugolino, grande amigo suyo, que predicara delante del Papa para tenerle mas propicio en las cosas de su órden, el Santo se puso á estudiar con todo ahinco un sermón que fuera digno de la magestad del auditorio. Subió al púlpito, mas al empezar se le borraron de tal manera las especies, que no pudo articular ni una sola palabra. Confesó la flaqueza de su memoria, se recogio interiormente, y salió predicando de otra cosa, de las grandezas de Dios, del amor divino, causando profunda conmocion en el auditorio.

(1) No quiso Dios que este prodigio fuera secreto.

desde entonces una série de enfermedades, de dolores agudos, de éxtasis continuos; lo sobrenatural vino á ser lo ordinario. Su hermoso cántico del Sol ya no le basta, y compone un cántico á la muerte. El amor, que era toda su vida, corria como la sangre de su costado en palabras

El Papa Alejandro IV en 1255 confirmó la realidad de este milagro. Lo mismo hizo Nicolás IV en 1291. Benedicto XI dió á estas llagas culto público en nombre de la Iglesia. Paulo V renovó el decreto de Benedicto XI á instancias del Rey de España Felipe III. Añádase la conformidad de los historiadores y el testimonio de Baronio. Supónese que á los contemporáneos no les quedó duda alguna. En los dos años que vivió todavía el Santo despues de la impresion de las llagas, nadie disputó sobre el prodigio: todos vieron las llagas ensangrentadas. Dos años de continuas enfermedades siguieron al prodigio, y muchísimos vieron la llaga que tenía en el costado. Cuando murió el Santo y trasladaron su cadáver de la Porciúncula á la Iglesia de San Jorge, pasó el cortejo fúnebre por la de San Damian, para que lo viera Santa Clara y sus religiosas, y veneraron y besaron sus llagas, como un año despues las veneró Gregorio IX y los Cardenales que asistieron á la canonización.

Bartolomé de Pisa escribió el *Liber conformitatum B. Francisci ad vitam Jesu-Christi*. El autor asienta la posibilidad de una transformación del sujeto amante en el objeto amado, de San Francisco en Jesucristo: esta es la *imitacion*. Ordena un árbol alegórico de diez ramas: cada una lleva por frutos cuatro *conformidades*, á saber, dos atributos de Jesucristo y dos semejanzas de San Francisco.

las mas fervorosas, en himnos celestiales, con toda la elevacion que puede inspirar el desprecio de las cosas de la tierra. Cuando se veia mas acongojado, sus humildes hijos recitaban el *cántico del Sol*, y se consolaba. Acercándose el fin de su vida, entonó con voz entera pero dulce el *cántico de la muerte*. El canto del cisne no es mas dulce cuando va á morir. Pidió un pan, le bendijo y distribuyó entre los religiosos, imitando la cena que celebró Jesucristo con sus discípulos. Al sepultarse el Sol en el ocaso, dijo: «Adios, adios carísimos hijos míos! Yo camino presuroso á Dios, cuya bendicion os alcance: y yo, tan pequeño como soy, en su santísimo nombre os doy la mia para siempre.» Mandó á Fray Leon que le leyera el capítulo XIII del Evangelio de San Juan, recitó con trabajo el Salmo 141, y espiró diciendo el último versículo: *Educ de custodiâ animam meam ad confitendum nomen tuum*: «Libra, Señor, á mi alma de la prision de este cuerpo para que confiese incesantemente tu santísimo nombre (1).»

(1) Murió en la Porciúncula, un sábado entre nueve y diez de la noche, á 4 de octubre de 1226. Tenia el Santo cuarenta y cinco años. Hacia veinte años de su primera vocacion, y diez y nueve de la fundacion de su Orden.

Nos hemos extendido demasiado, mis queridos hermanos, y ahora tenemos necesidad de volver sobre aquellas consideraciones que hicimos en favor de los institutos religiosos que dieron paz y libertad á los pobres cuando no tenian quien los ayudara y consolara. Ahora que la revolucion inspira á los pueblos el veneno de su ódio contra la Iglesia, es justo que la Iglesia se defienda oponiendo á las declamaciones arrogantes de los tribunos la eficacia de un amor bien acreditado en pro de los menesterosos.

Gracias á los Pontífices San Gregorio VII e Inocencio III no pereció la sociedad, asaltada por tan poderosos enemigos. Contra los predicadores del error autorizaron á los predicadores de la verdad: contra los valdenses y albigenses enviaron legiones de Santos, y en favor de los pueblos envenenados por la herejía, plagados de vicios, amotinados por príncipes ambiciosos y despiadados guerreros, salieron estos ángeles de paz, sus amigos y libertadores, sus sacerdotes, sus maestros, sus caudillos y su providencia. En medio de aquellas voces discordes que sonaban, pidiendo unos volver á las antiguas repúblicas en que el pueblo no tenia derechos; pidiendo

otros la abolicion del culto y fingiéndose los apóstoles de una nueva religion, la Iglesia fué únicamente quien puso orden y disipó las quimeras de aquellos espíritus desarreglados que quisieran traer á Europa las supersticiones y bárbaras costumbres de los pueblos asiáticos. No necesitamos encarecer el peligro de la cristiandad por las continuas invasiones de las huestes africanas que amenazaban ahogar en sus brazos la civilizacion, sostenida y propagada por la Iglesia. Si el Pontificado, si la Iglesia, si los institutos religiosos no hubieran salvado la sociedad, no fuera difícil predecir el desastroso término de aquella inmensa conspiracion. Un hombre del pueblo, San Francisco de Asis, hizo por el pueblo lo que nadie habia podido hacer. Sus contemporáneos creyeron que entre todos los santos, ningun otro se asemejó mas á Jesucristo. Ennoblecendo la pobreza y haciendo practicar la virtud, él amó á todos los desgraciados, abrazó á los pecadores y los convirtió á la Religion. Aquel triunfo de la caridad resolvia las cuestiones de entonces, preparaba soluciones para el porvenir, unia á los pueblos pacificándolos, y los pueblos unidos y pacificados entraban de lleno

en la Iglesia de Dios, constituyendo una fuerza todo poderosa, que en vano se buscaría en el fraccionamiento de las opiniones, en el tumulto de las pasiones políticas, en el conflicto de los intereses humanos.

No era preciso que San Francisco de Asis viera todas las consecuencias de este nuevo orden de cosas que con aprobacion del Pontificado él y otros santos fundadores inauguraban: los santos no suelen tener esta mirada de los filósofos ó los políticos, ni se detienen á considerar las ventajas humanas que producirán los pensamientos que tuvieron en la oracion ó en el acto de elevarse la Sagrada Hostia: lo que ellos piden y desean es la sálvacion de las almas, la gloria de Dios, y estas esperanzas los animan en sus trabajos. San Francisco de Asis, que desde su conversion vivió embriagado en el amor divino, debió á la virtud infinita de la caridad que llagó sus manos, sus pies y su costado, el llegar á ser orador ardiente, poeta inspirado, admirable legislador, padre de los pobres, apóstol, patriarca y conquistador de innumerables almas. Despreciados eran aquellos menesterosos y débiles que se revolvian en el seno de una sociedad agi-

tada, convulsa: nadie hacia caso de aquellos pobres, masa embrutecida y vil como ha parecido siempre á los tiranos y de cuya credulidad se burlan hoy como siempre sus embaucadores y falsos amigos; pero San Francisco de Asis reunió en torno suyo á los «menesterosos, angustiados y aflijidos, de que habla el Apóstol San Pablo, de los cuales el mundo no era digno.» *Egentes, angustiati, afflicti, quibus dignus non erat mundus* (1) y cooperó con robustísima fuerza, y socorrió con numerosísima milicia á la Iglesia desangrada y debilitada en nuevas persecuciones. Entonces se repitió el milagro, ya otras veces visto con asombro, de recobrar la Iglesia su energía estando en el mayor abatimiento: alzóse sobre sus enemigos, y alargó una mano protectora y caritativa á los que quisieron salvarse y triunfar con ella.

Y no fueron estos los únicos resultados. Llegóse á reconocer que una fuerza sobrenatural movía á estos amadores de la pobreza en el hecho de acometer la reforma de las costumbres del siglo; los hombres pensadores fueron adver-

(1) Ad Hebr. cap. xi v. 37, 38.

tidos del trance tan peligroso á que la sociedad se acercaba. Para hacerse cargo del mal, que era extremo, bastaria contemplar el celo de los varones apostólicos, la diligencia que emplaban, el desasosiego con que trazaban estos planes salvadores y el afan con que los ponian por obra. En las maniobras del piloto se conoce el peligro que ofrece la mar: San Francisco de Asis se disponia á dar batallas contra el infierno, á salvar á las almas de la tiranía del pecado, de la tiranía de los herejes, de la tiranía de los barones y señores que mantenian un régimen indigno, y de la tiranía de aquellas turbas fanatizadas por el error: y en vista del afan con que el santo construia su arca, huyeron los pueblos del naufragio que amenazaba, y se salvaron en la nave de la Iglesia. La misma fuerza con que los pueblos eran traídos por San Francisco de Asis á la vida religiosa, á las delicias de la devocion, á las prácticas de una acendrada virtud, inspiraron á los pueblos cristianos aquella confianza que nace de la fuerza, del entusiasmo, de la conviccion, y se creyeron salvos. Ellos vieron el triunfo del espíritu sobre la materia, de la penitencia sobre las pasiones, de lo invisible so-

bre lo visible, de la comunidad cristiana sobre el grosero comunismo ensayado por los herejes, de la austeridad sobre la corrupcion, y del espíritu de paz, igualdad y fraternidad del Evangelio sobre las desigualdades de su condicion social y política que pesaban sobre ellos como un yugo ignominioso. Los frailes mendicantes hicieron una protesta generosa contra los abusos del poder, contra la corrupcion de aquel tiempo y en favor de la dignidad del hombre decaido: los miserables fueron levantados hasta el cielo, los pecadores fueron traídos á la santidad; y en medio de la corrupcion resplandecieron las virtudes mas extraordinarias, cual si la naturaleza hubiera recobrado su inocencia primitiva.

Preocupados estamos como lo está todo el mundo por las cuestiones que se agitan en el dia, y esta es la razon por qué hemos dado este giro al panegírico de San Francisco de Asis. El estado presente de nuestra sociedad es muy azaroso; el porvenir se ofrece á la imaginacion lleno de peligros. Tenemos la conviccion de que es necesario abogar por los institutos religiosos, para que ellos sean en el porvenir como lo fueron en el pasado la salvacion de los pueblos. Como en la

edad media se agitan las muchedumbres sin saber por qué; una palabra las extravía, una promesa las ilusiona, una revolución las desespera ó las desengaña, y nuevos agitadores las fascinan. Se les prometen las riquezas, y las ven pasar de unas manos á otras manos sin llegar á las suyas; se les prometen derechos, y no se les concede el mas mínimo: el proletario que alcanza una propiedad se ve agoviado de tributos; los colonos no encuentran en los nuevos dueños el humano tratamiento que hallaron en sus antiguos señores. El pueblo tiene obstruidos los caminos que antes facilitó la Iglesia para que pudiera llegar á los honores mas altos, porque las carreras literarias son muy costosas, no es posible seguirlas sin dispendios que no puede hacer, y no puede ejercer ninguna profesion medianamente lucrativa y honorífica sin un título ó diploma que reserva el Estado á los que de alguna manera ha favorecido la fortuna. La beneficencia pesa sobre el Estado, como la enseñanza; y llegará dia en que agotado el venero de que se surten estos establecimientos que se han ampliado á medida que tomaron incremento las necesidades públicas, no se sepa de qué modo cubrir obligaciones tan sagradas.

No hablaremos del trabajo, de la asociacion y de otros derechos convertidos en amenazas. En asociaciones revolucionarias se ha predicado la nivelacion de fortunas, el despojo de los ricos, y los pobres con el puñal en la mano esperan realizar en un dia las esperanzas que les hicieron concebir sus pérfidos amigos.

En vez de dulcificar sus trabajos con los consuelos de la Religion y de persuadirles que hay en el mundo males inevitables y desigualdades inevitables tambien, se procura apartarlos de las prácticas religiosas y se pinta á los sacerdotes como enemigos suyos que especulan con su ignorancia, tiranizan su conciencia y abusan de su buena fé.

Muchos se brindan á instruir al pueblo, sin otra mira que la de encender sus pasiones, mostrándole la desigualdad de condiciones que él puede borrar, que él borrará cuando inunden la tierra los manantiales del grande abismo, los impetuosos y desbordados torrentes de la democracia. El órden social está corroido, presenta llagas que mueven á compasion, y el amigo del pueblo las restrega con dureza para que destilen sangre: esa sangre sube á la cabeza de las tur-

bas y las enfurece. Se creen bastante instruidas y lo están hasta cierto punto para quejarse de esta sinrazon. Llegará tiempo en que el pobre no querrá persuadirse de que su pobreza contribuye al órden social porque es imposible que todos sean ricos, y no se resignará con su pobreza viendo la prisa que los ricos se dan á gozar, y la preferencia que se dá por los particulares y aun por los Gobiernos á los intereses y goces materiales. «Trátese de persuadir al pobre, dice un escritor, á que se someta á todas las privaciones mientras que su vecino goza de lo supérfluo, y no se conseguirá: no habrá mas remedio que matarlo.»

¿Cómo se evitarán tan desastrosas consecuencias? ¿Haciendo al Estado único propietario, que todo lo cobre y todo lo pague, siendo mendicantes todos los ciudadanos? Esta centralizacion es imposible. ¿Nos asociaremos todos para trabajar todos? Unos trabajarán mucho, otros poco, otros nada. La avaricia, la envidia, el fraude, la debilidad, la incapacidad, las desigualdades de todo género hacen material y absolutamente imposibles estos proyectos.

Ninguna salida se encuentra á estas dificulta-

des. Solo la Religion puede salvar estos abismos, y deber nuestro es trabajar para que el pueblo no resista su bienhechora influencia. A decir verdad, el pueblo lo ha presentido de esta manera, y corre á la Religion por un instinto que no le engaña: pero los filósofos son los que limitan el ascendiente de la Religion; la proclaman en ciertos dias, la detienen en otros, le conceden algo, le niegan mucho, y le suscitan innumerables dificultades. Esto es prolongar la agonía y hacer la incertidumbre mas penosa. Siempre que se abre la mano, el sacerdote arrastra las masas, ó al menos la parte del pueblo que no está inficionada, y muchas veces hasta la que está inficionada tambien le sigue: pero el espectáculo de una demostracion religiosa, este pasajero triunfo, que viene á consolar á los que se imaginaban que todo se habia perdido, inspira recelos; se lanzan invectivas contra el clero, se condenan las tendencias teocráticas de la clase, y el furor revolucionario se ensaña contra el fanatismo religioso hablando con destemplanza hasta por boca de los hombres tenidos por sensatos y prudentes.

Podria suponerse que en los tiempos que han

de venir se esconda el plan de nuevas instituciones, el modelo de alguna institucion política que ninguno puede adivinar; pero en todas las suposiciones que se hacen sobre lo futuro, los adelantos que podemos apetecer y las mejoras que todos deseamos solo se conseguirán por la Religion, no podrán salir mas que del Evangelio. Ni la tiranía ni la licencia son principios cristianos; es necesario que la Religion impere para asegurar la libertad á los ciudadanos, y para que con el espíritu de la fraternidad y de la igualdad cristiana descendan sobre el pueblo los beneficios que á manos llenas le proporcionó San Francisco de Asis.

Hoy lo mismo que en la edad media, hay que librar «al pobre del poderoso, y hacer salvos á los hijos de los pobres, y que florezcan los de la ciudad como el heno de la tierra:» de aquí la necesidad de una milicia cristiana que evangelice al pueblo, que con su pobreza voluntaria condene las locuras del lujo, y que puesto en contacto con los grandes y con los pequeños, borre las distancias que separan á las clases. Los institutos religiosos responden á las dos necesidades sociales cuya satisfaccion es hoy tan urgente; atacar

la impiedad, reformar las costumbres, imprimir mas y mas la Religion en las almas, es una de ellas; mejorar la suerte de las clases menesterosas, honrarlas, elevarlas, ennoblecerlas como lo hizo San Francisco de Asis, es otra de las necesidades. No sirven los paliativos; es menester satisfacer esas necesidades. Al pueblo se le han hecho promesas imposibles de cumplir: es menester no engañarlo. Se ha ofrecido á los pobres que serán ricos, y siguen siendo pobres: se les han ofrecido ciertos derechos y no tienen ninguno; la soberanía no llega á ellos; la fuerza comprime los desordenados movimientos de la licencia á que abrió la revolucion una puerta muy ancha, y si ha de haber paz material, es menester que nos la garantice la fuerza armada. Se trata al pueblo como á un «monton de cuerpos y de deseos,» y tiene un alma tan noble y tan excelente como la de los poderosos y privilegiados de la fortuna. El alma del pueblo ve lo defectuoso de los sistemas, la falacia de las promesas, la inferioridad de su condicion, la injusticia de esas desigualdades, y la imposibilidad de obtener ventajas en semejante orden de cosas: la Religion le daria lo que le hace falta: désele pronto:

lo exige su dignidad: lo reclama la paz del mundo. El Evangelio en la parte política puede dar á los pueblos lo que ha ofrecido, lo que empezó á dar por medio de los institutos religiosos, y lo que resisten aquellos que quieren expulsar á Jesucristo del gobierno de las sociedades.

El panegírico de San Francisco de Asis y de su obra no está concluido. Lo continuarán los que vean arreciar la tormenta, y lo acabarán felizmente los que de una ú otra manera, segun los tiempos y circunstancias, logren ver restablecidas las instituciones religiosas con el carácter democrático y verdaderamente popular que les dieron aquellos santos fundadores que no fueron insensibles á los lamentos del pobre, y que por su caridad fueron los salvadores del pueblo y redimieron á la democracia haciéndola cristiana.

El último de sus ministros á nombre de la Iglesia ha compuesto este discurso para adelantar ideas que podrán madurar en el porvenir: quiera Dios que así sea para su honra y gloria, y exaltacion de la órden seráfica, que será la primera que aparezca en el cielo de la Iglesia para salvar las almas en el tiempo y en la eternidad.

Amen.

SERMON

para el día

DE STA. ISABEL REINA DE HUNGRIA.



*Corona sapientiae, timor Domini,
replens pacem et salutis fructum.
Eccl. cap. i. v. 22.*

Corona de sabiduría es el temor del Señor, que llena de paz y del fruto de la salud.

Mis queridos hermanos:

Desde que San Francisco de Asis halló en Santa Clara una tan celosa cooperadora de sus santas miras, multitud de heroínas inflamadas con su ejemplo tomaron la cuerda de San Francisco y su tosco sayal. Unas eran ilustres como Isabel, hermana de San Luis Rey de Francia, que no

quiso ser esposa del Emperador Conrado IV por ser clarisa: como Margarita, viuda de este santo rey: como las dos hijas de San Fernando, rey de Castilla: y como Elena, hermana del rey de Portugal. Otras eran oscuras, salidas del pueblo, ó de una clase degradada, como Santa Margarita de Cortona que de cortesana se hizo penitente. Y ¿qué diremos de aquella pobre niña que se llamó santa Rosa de Viterbo? Tenia diez años cuando vió al Papa acosado, como lo está al presente, por la autoridad imperial de Federico II; entonces la niña Rosa se presentó en la plaza pública y se puso á predicar en favor de los derechos de la Santa Sede. Mereció ser desterrada á la edad de quince años; y cuando volvió á Viterbo teniendo diez y siete, murió en seguida en medio de la Italia admirada.

Santa Isabel reina de Hungría fué del número de las nobles damas y princesas que despreciando los esplendores del trono, las vanidades del siglo, los halagos del poder, las ilusiones de todo género que nos fascinan y nos pierden por medio de viles engaños, se fué por el camino mas derecho al logro de la perfeccion cristiana; trocando sus riquezas por la virtud, sus galas

por el hábito de San Francisco, (1) su palacio por un miserable albergue, su corona de reina por la corona de sabiduría de que nos habla el libro del Eclesiástico, y el reino de Hungría por el reino de los cielos.

Aunque el mal como inherente á nuestra naturaleza sea propio de todos los pueblos y de todos los tiempos, sin embargo en la época de Santa Isabel el espíritu de los siglos era muy cristiano: la Religion penetraba las almas, santificaba los afectos, relacionaba de mil modos el cielo con la tierra, y la vida miserable que vivimos era dichosa aun en los trabajos, rica hasta en la pobreza, y el mejor presente del cielo en medio de los infortunios. El cielo poblado de santos atraía los deseos y las miradas del pueblo cristiano: en el cielo se buscaban los amigos del hombre, los modelos de virtud, los protectores de las iglesias. Jesucristo reinaba en las almas, y las almas vivían de su sangre preciosísima: la Virgen María era el objeto del mas tier-

(1) Pro Francisci chordula,
Mantello, tunicula,
Purpuram deposuit.

Del Misal franciscano.

no amor, y el pueblo cristiano regaba con lágrimas sus altares. Hasta en la naturaleza inanimada se buscaban las huellas del amor divino, los vestigios del Criador; entendíase mejor que hoy la voz de todas las criaturas que alaban con incesantes cantares á su Hacedor Supremo. De aquí provenia aquel amor que tuvieron los santos á las flores, á los pájaros, á las aguas: en las criaturas vieron la belleza inmortal que concibió su mente, ilustrada por sus reflejos. Asi como el amor divino imprimió sus sangrientos estigmas en la carne mortificada de San Francisco de Asis, el espíritu religioso de que estaban impregnados los pueblos marcó con su sello á la naturaleza, grabó en todas partes la imágen de Cristo, y alegró á la tierra con las memorias del cielo. Cuando el sacerdote y el pueblo exclamaban: *Pleni sunt cœli et terra gloria tua*: «Señor, los cielos y la tierra están llenos de tu gloria,» ninguna maravilla se ocultaba. La religion rasgaba todos los velos; la ciencia y la fé descubrían las verdades naturales y sobrenaturales, cuya riqueza infinita elevaba el espíritu, ennoblecía los caracteres, santificaba los afectos, y dilataba los horizontes de la sabiduría.

La santidad era prevenida y fortalecida por el concierto de tantos elementos, como se vió en Santa Isabel, cuyo nacimiento atrajo la atención de gran parte de la Alemania por los anuncios y rumores poco antes esparcidos. Esto es lo que intentamos demostrar: que fué elegida y preelegida por Dios. Imploraremos antes los auxilios de la divina gracia. *Ave María.*

En el siglo XIII habia en Turingia un soberano, el duque de Herman, tan piadoso, tan valiente y poderoso, que era en todo el rigor de la palabra, el árbitro de Alemania. Ponderando su poder, se dice en un poema, que cuando á él le parecia un rey demasiado corto ó demasiado largo, le quitaba la corona y se la daba á quien queria. La especial proteccion que le dispensaba el Sumo Pontífice Inocencio III; su próximo parentesco con las familias reinantes de Bohemia, Sajonia, Baviera y Austria; y los grandes Estados que poseia en el centro de Alemania, aseguraban su dominacion. A tanto poder juntaba una educacion nada comun: los historiadores le

pintan generoso, y entre sus piadosas costumbres se dice que no se acostaba ninguna noche sin leer y meditar siquiera un breve rato sobre las Santas Escrituras. Amaba la poesía como los príncipes de aquel tiempo; recogió los poemas heroicos de los Germanos, y los hizo copiar. El espíritu católico y caballeresco de la poesía en la edad media reinaba en las cortes, en los castillos y en el campo; y el poderoso duque de Herman premió con munificencia de soberano á los poetas que componian su habitual sociedad, juntamente con los teólogos y soldados, astrólogos y trovadores que frecuentaban su corte. Hasta el fin de sus dias fué liberal y entusiasta de los amantes de las letras como lo fué en su juventud, por lo cual haciendo su elogio uno de los poetas contemporáneos, empleó estas imágenes: «La flor de Turingia siempre es brillante; brilla aun al través de la nieve. Su estío y el invierno de su gloria son dulces y bellos como su primavera.» En las justas literarias que animaba y presidia el soberano, solian servir de temas la clemencia de Dios, la eficacia del arrepentimiento, el imperio de la Cruz, y las glorias de María. La poesia conservaba la elevacion y dignidad

que le daba el asunto: á lo mas, ocupábase en hacer el elogio de los príncipes que la dispensaban el honor de una favorable acogida; pero no se rebajaba tratando de cosas que no lo merecieran.

Reunidos estaban en un jardin, cerca de la villa de Eisenach, muchos curiosos con motivo de la llegada de uno de aquellos sábios, llamado Klingsohr, y refiérese que le instaron para que les enseñara alguna cosa nueva. El sábio alzó los ojos al cielo, y los circunstantes aguardaban en silencio alguna relacion maravillosa. Habló Klingsohr: «nuevo y satisfactorio será para todos lo que voy á deciros. Yo veo una nueva estrella que se levanta en Hungria: sus rayos iluminan á Marbourgo, y desde Marbourgo iluminarán á todo el mundo. Sabed que esta noche misma ha nacido al Rey de Hungría una hija que será llamada Isabel: será la esposa de un príncipe de Turingia; será santa, y la cristiandad se regocijará y consolará en sus admirables virtudes.»

Dejo á vuestra consideracion, señores, el valor que debemos dar á estos documentos, por mas que figuren como este en las crónicas, pasionales y tradiciones de la Alemania. Ningun histo-

riador, antiguo ó moderno, nacional ó extranjero, lo pasa en silencio: pero al través de las ficciones poéticas que siempre se mezclan con los principios de la historia, y la embellecen cuando no la falsean, descúbrese la verdad; y la verdad es que la bienaventurada Santa Isabel fué elegida y preelegida por Dios, como lo prueba la virtud que en ella se anticipó á la edad, y el conjunto de tantos dones con que el Señor la enriqueció, para que brillara como la graciosa estrella bajo cuya forma la adivinaron el maestro Klingsohr y los sábios de entonces. Téngase en cuenta la sagacidad y astucia que se atribuye al soberano de Turingia: en la córte de un soberano tan influyente, diestro negociador y hábil político, era siempre oportuno el anuncio de prósperos sucesos, como los que realmente tuvieron lugar al aparecer en el cielo de la Iglesia la bella estrella de Hungría.

Reinaba á la sazón Andrés II, y contábanse en Hungría cosas no menos maravillosas que en Turingia. Este rey tan piadoso y tan bueno para los húngaros, descubrió unas minas de oro de extraordinaria riqueza. Flanqueando una montaña, los mineros oyeron una voz que los alenta-

ba al trabajo: encontrarían una enorme masa de oro con que Dios quería recompensar la piedad y caridad del Rey. Las minas le sirvieron para levantar Iglesias: la gran recompensa de sus virtudes fué el nacimiento de una reina y una santa, el año 1207.

A la edad de tres años empezó esta princesa á dar muestras de lo que sería en la virtud andando el tiempo: una oracion y una limosna anunciaron en tan tierna edad á la humilde hija de San Francisco de Asis y á la bienhechora de los pobres. Justificado fué el juicio de un analista: «Isabel, dice Juan Lefèvre, hija de un noble rey, fué de noble linage: pero ella fué mas noble por su fé y religion: ennobleció su linage por el ejemplo, lo esclareció con milagros, lo embelleció con la gracia de la santidad.»

Y no se limitaron los bienes y satisfacciones á su cristiana familia; pues con su nacimiento coincidió el fin de las guerras en que estaba empeñada la Hungría, la cesacion de escándalos y pecados públicos, y el remate de interiores desavenencias. Publicó estos beneficios un monje ciego, que al contacto de la tierna princesa recobró la vista: «Toda la Hungría, decia el pobre monje,

se regocija en el nacimiento de esta niña que ha traído la paz al reino.»

Corriendo estas noticias, el Soberano de Turingia envió al de Hungría una embajada ostentosa con escolta de treinta caballeros, pidiendo para su hijo Luis la mano de Isabel. Recibiendo en el camino los obsequios de príncipes y prelados, la embajada llegó á Presbourgo. La petición del duque de Herman, del soberano que tenía doce condes por vasallos, y que reinaba en un país fértil y bien guarnecido de fortalezas, fué bien recibida en la corte. Pasados tres días en regocijos, músicas y fiestas, la niña Isabel, de edad de cuatro años, puesta en una cuna de oro macizo, vestida de seda, oro y plata, fué entregada á los embajadores del soberano de Turingia. «Yo confío á vuestro honor de caballeros, decía el Rey llorando, mi consolacion suprema.»

Los embajadores llevaron dos carruajes, pero al volver se contaron trece. Por esta razón se cree que la introducción en Alemania del lujo del oriente fué en esta época, con motivo de los esponsales de Santa Isabel. Once años tenía el esposo que el cielo le había destinado.

Quien quisiera buscar en el castillo de Wart-

bourgo á la tierna princesa, deberia buscarla en la capilla, al pié del altar. No sabia aun leer, y tenia abierto el Salterio; pero sabia orar. Tuvo excelentes ejemplos en su pariente Edwigis, duquesa de Polonia, que supo hermanar con la majestad del trono las penitencias que la elevaron sobre los altares.

Si jugaba con sus damas, niñas como ella, saltando en un pié iba hasta la puerta de la capilla; y si la encontraba cerrada, besaba la cerradura por amor al Dios que allí se escondia en el tabernáculo. Iba al cementerio y decia á sus amigas: «no seremos mas que polvo.» En el osario decia: «estos vivieron como nosotros: hincémonos de rodillas y pidamos á Dios por sus almas.» Estos eran sus juegos: todos se reducian á aproximarse á Dios por el deseo, por la oracion y por el temor de ofenderle. Daba mucha limosna, ocupábase en oficios humildes, escogió por su protectora á la Virgen María, y por su amigo á San Juan Evangelista. Algunas veces tuvo que figurar en los bailes, que son en las córtes una parte de la política, y que eran además costumbre del pais: pero dando una vuelta cumplia con el mundo, y dejaba de dar las restantes por el

honor de Jesucristo. Su vida seria corta, y no le daria tiempo para sacar de los desengaños lecciones provechosas. Sin sufrir combates y revoluciones interiores, era menester adelantar mucho en poco tiempo: amaba la virtud como quien no está seguro de que tendrá largo plazo para practicarla.

Comenzaron para la inocente niña las amarguras y las pruebas con la muerte del duque de Herman. La duquesa Sofía llevaba tan á mal su devocion, como su hija Inés hermana de Luis. En amar las vanidades y placeres siguieron á la madre y á la hija las damas y personajes de la corte Ducal. Isabel fué el blanco de las burlas, injurias y murmuraciones de que no está libre la virtud; y como habia muerto su protector, se oyó decir que desdecia de su cuna, y no tenia el aire y maneras de una princesa. Más le gustaba ciertamente el trato de las gentes del pueblo, buenas y sencillas, que la sociedad de aquellas nobles condesas que la disgustaban con sus censuras: la vida de Isabel era para ellas una reconvencion continua. Citarémos un ejemplo digno de eterna memoria.

Celebraban á la Asuncion de Nuestra Señora

una solemne fiesta los caballeros Teutónicos, y asistieron á ella Sofía, Inés é Isabel con todas las galas propias de una corte; mas viendo Isabel á Jesús crucificado y coronado de espinas, quitóse su corona, prorumpió en llanto y exclamó: «¡cómo puedo yo estar coronada de perlas viendo á mi Dios coronado de espinas?» La duquesa Sofía tuvo que hacer lo mismo, aunque mortificada: el amor de Jesús solo habia herido el tierno corazon de Isabel. No era menester mas para que los cortesanos se desataran en injurias, y sembraran desconfianzas en el corazon de Luis para que no se llevara á cabo el ajustado casamiento.

En algunos años, la reina de Hungría asesinada, su protector y aun puede decirse, su padre, muerto; sin amigos, fuera de su pátria, en una corte extranjera, expuesta á las insolencias de personas extrañas que la ofendian diciendo que habia errado la vocacion, la tierna Isabel conoció las amarguras de una situacion tan difícil. Recurrió á Dios como deben hacer los atribulados, y aquietándose á pesar de tanta incertidumbre, volvía al lado de sus pobres y los consolaba. En todos los naufragios hay una tabla de

salvacion, y el corazon de Luis era para ella la tabla salvadora que presenta la Providencia en lo mas recio del peligro. Los rosarios de coral, los crucifijos de oro, y los objetos curiosos que, segun las crónicas, su prometido le traia de vuelta de sus viajes, eran una prueba de su amor y su fidelidad (1): pero en uno de los viajes no trajo el acostumbrado presente. ¿Se habria ya eclipsado la bella estrella de Hungria?

Un noble caballero decidiose á averiguar la verdad diciendo al soberano de Turingia: «¿Qué pensais hacer de Isabel? La devolvereis á Presbourg?» Entonces el noble duque estendiendo su mano hácia la montaña de Inselberg, respondió: «¿ves esa montaña? aunque se volviera de oro desde su raiz hasta su cumbre no la devolveria. Sus virtudes son de mas precio que todas las riquezas de la tierra. Id y dadle esta nueva prenda de mi fé.» Era un espejo pequeño de doble fondo, montado en plata, con la imágen de Jesús crucificado.

(1) Ab initio sollicitus erat, cum aliunde rediret, eam allatis xeniis honorare, et amplexibus delinire.

El conde de Montalembert en su libro *Histoire de Sainte Elisabeth de Hongrie* pag. 208 cita este pasage.

Los santos esposos uniéronse al fin con lazo indisoluble (1). El amor á la justicia era en este príncipe su pasión dominante; se pareció en la santidad á San Luis Rey de Francia. Todo lo que hay de dulce en la bondad, de sereno en la rectitud, de caballeresco en la nobleza, de prudente en la autoridad, de grave y reservado, de tierno y afectuoso en la vida verdaderamente cristiana, formaba el carácter de este príncipe. La virtud! ¡Qué buen cimiento de la familia! y sin embargo, es con lo que menos se cuenta. Las familias asentadas sobre otra base cualquiera están corrompiendo la sociedad universal. Desde los grandes á los pequeños, la piedad se cuenta como el menor de los defectos en el matrimonio. Sin querer volvemos los ojos á los males presentes: hoy, cuando se corre con ánsia en busca de la felicidad, la felicidad se ha hecho imposible porque se está viciando sin perdonar medio la organización de la familia. Si la virtud no es la base, ni el nudo, ni el fin de la familia, la rela-

(1) Sanctus cum sancta, innocens cum innocente... invicem se in charitate Domini, supra quam credi valeat, dilexerunt.

Fué el casamiento en 1220. Santa Isabel tenía trece años, y su esposo veinte.

jacion social es un resultado necesario. ¡Qué bello grupo el de estos castos esposos, los amables soberanos de Turingia! Haciéndonos cargo de los infinitos pormenores que apunta la historia y que no tenemos tiempo de referir, diremos que el amante esposo de la hija de los Reyes de Hungría era «aquel varón sencillo de que nos habla Job, temeroso de Dios y apartado del mal:» *vir simplex et rectus, ac timens Deum, et recedens a malo* (1).

Entre tanto, crecía en Isabel el amor de Jesucristo, extremándose en las penitencias, poniéndose cilicios debajo de sus vestidos suntuosos, haciendo largas vigiliás con preces y lágrimas al Señor, castigándose con ayunos y disciplinas, bajo la direccion espiritual del severo Maestro Conrado, á quien prometió entera obediencia. Llamáronla la *madre de los pobres*, pero no creía merecer este título mientras solamente les diera lo supérfluo: dichosa se creyó el día en que dió á una pobre el vestido que le hacia mayor falta. Cuando la etiqueta le obligaba á vestirse con magnificencia, los pobres la seguian.

(1) Cap. i. v. 1.

les repartia el dinero que tenia, y no alcanzando para mas, se quitaba perlas y cadenas de oro y las daba: en una ocasion se quitó un guante bordado con piedras preciosas. Visitaba á los pobres, asistia los enfermos, tenia en la pila á los pobres niños de los que se declaraba protectora y madre adoptiva; ella misma amortajaba los muertos, y cuando no tenian mortaja, se desprendia de las colgaduras de su cama y envolvia en ricas sedas los cadáveres de los pobres. El rostro de Santa Isabel fué iluminado en los mas dificiles actos de caridad con resplandores celestes: se vió la cruz del Salvador sobre su cabeza. Con tales favores premió el cielo la sublime caridad de una santa, que miró con especial compasion á los leprosos. Besaba sus llagas, les cortaba el cabello, y los animaba á padecer con vivas exortaciones. Pero ¿quién ignora el sublime acto de caridad por el cual todo el mundo conoce á Santa Isabel reina de Hungria? un pobre llamado Helias, era el mas repugnante de los leprosos: nadie pudo hacerse la violencia de acercarse á él, aunque algunos quisieran seguir el ejemplo de aquella mujer santa. La caritativa Isabel se acerca, lo toma, lo mete en un baño,

pone unguento en sus úlceras, y despues lo acuesta en el mismo lecho que ella partia con su marido. Indígnase la princesa Sofia, y dice á su hijo: «tu mujer acuesta los leprosos en tu mismo lecho: sin duda quiere que te se pegue la lepra.» Irritado el piadoso Luis, quita bruscamente el embozo de su cama: mas Dios permitió que en lugar del leproso viera la figura de Jesucristo crucificado. «Tened piedad de mí, exclamó: yo no soy sino un pobre pecador, indigno de ver estas maravillas.»

A la profunda impresion que experimentó el soberano de Turingia se debe la construccion de un hospicio: y á la invasion de los hijos de San Francisco de Asis, que fué por este tiempo, se debió el que las almas sedientas de abnegacion y caridad como la de Santa Isabel, favorecieran con esfuerzo el gigantesco plan de la salvacion de las naciones de Europa. La hija de un rey se convirtió en discípula de San Francisco: ella se alistó bajo aquel estandarte que empuñó el amigo de los pobres, atraida por el secreto encanto de la pobreza evangélica que profesó desde su mas tierna edad. Los rigores de su virtud fueron creciendo de tal manera, que bajando del trono,

solo quisiera conservar unas hectáreas de tierra montuosa y doscientas ovejas: y fué bajando de aquí hasta vestirse como un mendigo, trabajando para los pobres, orando en los templos, y edificando á todo el mundo con las sublimes elevaciones de su alma. Para ella arrojaba la Eucaristía divinas luces que unas veces circundaban su cabeza y otras abrillantaban sus lágrimas. En ciertos dias salia con los pies descalzos, y cuando la Iglesia conmemora los misterios de la Pasion y muerte del Señor, no queria que se la tuviera ningun respeto, y deseaba ser confundida entre las mujeres mas pobres y las últimas del pueblo. Aquí se vé que existia una alianza secreta, sobrenatural, entre la conducta de Santa Isabel y la disciplina franciscana: pero ¿cómo se hizo pública? ¿cómo los que sin verse ni entenderse se adivinaban y se uniformaban, y marcharon tan unidos hasta responder en Alemania la hija de un Rey á la voz que dió en Italia el Serafin de Asis, sin que ella lo supiera?

En 1223 publicó San Francisco de Asis la regla de la *Orden Tercera*, y en aquel mismo año sus hijos se establecieron en Alemania. Como el espíritu de Santa Isabel era de caridad y po-

breza, se afilió á esta orden, levantó un convento para los franciscanos en Eisenach, y sus delicias consistian en oír á los religiosos contar la vida y gloriosos hechos de su Patriarca. San Francisco se complacia á su vez en hablar con su grande amigo el Cardenal Hugolino de las admirables virtudes que de pública voz y fama se atribuian á Santa Isabel. Hubo, pues, intimidad entre estas dos almas, amor mútuo, admiracion recíproca. A esta union de las almas faltaba un sello ó un símbolo que perpetuara su memoria, y el Cardenal Hugolino se encargó de asegurarla: un dia dijo á San Francisco: «Dad á la duquesa una prueba de vuestro afecto.» Y quitándole de los hombros su capa vieja, añadió: «Enviádsela á la humilde Isabel como un tributo de la humildad y pobreza voluntaria que profesa, y en testimonio de gratitud por los servicios prestados á esta orden religiosa. Ella está llena de vuestro espíritu, y yo quiero que le dejéis esta memoria, como hizo Elias con su discípulo Eliséo.» El Santo se apresuró á escribir á Santa Isabel y le envió su pobre capa. Llegó la capa tan á tiempo, como que el manto ducal se le habia ya hecho insoportable, y caíase de los hombros

de la santa. Tales sucesos que no acertaría á combinar la prevision humana entraron en los designios y miras de la Providencia para que en el destino de Santa Isabel veamos nosotros útiles advertencias y preciosas enseñanzas. *Elegit eam Deus et praelegit eam.* «La capa de San Francisco de Asis, dice un historiador moderno, fué para Santa Isabel como la gloriosa bandera de esta pobreza que habia vencido al mundo y sus vanidades en muchísimos corazones (1).

¿Quién podrá contar los progresos que hizo en la virtud Santa Isabel, unida en espíritu á San Francisco de Asis, dirigida por el austerísimo Maestro Conrado que por su ciencia y amor á la pobreza brillaba en Alemania como un astro de primera magnitud? Ausente su marido con motivo de guerras en Polonia y en Italia, la jóven princesa tuvo que ponerse al frente de los negocios, cuya dificultad se hizo gravísima por la hambre atroz que afligió á toda la Alemania. Santa Isabel dejó exausto el tesoro; dió á los pobres sesenta y cuatro mil florines de oro, producto de ciertas ventas del ducado, y desocupó

(1) C. de Montalembert, *Histoire de Ste. Elisabeth*, pág. 284.

los graneros. Fundó dos hospicios, y puede decirse que vivia con los pobres y enfermos en estos asilos de la miseria. Estas obras de la caridad de Santa Isabel son eternas: animáos hermanos míos á practicar la caridad. La herejía de Lutero destruyó muchos monumentos religiosos; la capilla en que oraba la Santa fué profanada por la cátedra de un hereje lleno de orgullo; pero se conserva el hospital que ella fundó: el sitio en que lavaba las camisas de los pobres, aun se llama *la fuente de Isabel*: una plantacion que hay inmediata se llama todavía *el jardin de Isabel*: la garganta que forman las sinuosidades de un valle donde al subir y bajar de su castillo socorria á los pobres y les hablaba cariñosa, se llama todavía *el campo de los lirios*: una casita inmediata que antes era capilla, se llama *el descanso de los pobres*; y el valle mismo que hoy lleva el nombre fastuoso de no se que gran duquesa, hasta hace muy poco tiempo se llamó *el valle de Isabel*.

Ya se deja entender que estas prodigalidades darian ocasion á murmuraciones y que se aprovecharia la vuelta del duque para enfriar su corazon. «Nadie se arruinó por dar limosna:» esta

fué la respuesta del duque. «¿Qué ha sido de los pobres en este mal año?» preguntó á su esposa abrazándola. «He dado á Dios lo que era suyo, y Dios nos ha guardado lo tuyo y lo mio.» Hé aquí, mis queridos hermanos, un modo sencillísimo de saldar cuentas: el Estado estaba bien administrado, supuesto que los pobres habian sido socorridos. «Confió en ella el corazon de su marido:» *Confidit in ea cor viri sui* (1).

Dice el Espíritu Santo que el placer de los espíritus rectos, amantes de la honestidad y la virtud, consiste en ver la concordia de los hermanos, el amor de los prójimos, y la paz de los casados. *In tribus placitum est spiritui meo... concordia fratrum, et amor proximorum, et vir et mulier bene sibi consentientes* (2). La envidia no pudo turbar la felicidad de que gozaban estos santos esposos: y cuando el soberano de Turingia preguntó si por fortuna se habia perdido alguna plaza fuerte de las que para su defensa necesitara el Estado, los mal intencionados comprendieron la inutilidad de sus tramas y la impotencia de sus deseos.

(1) Prov. cap. xxxi. v. 11.

(2) Eccl. cap. xxv. v. 1. 2.

Pero el Señor, que es tan misericordioso, y que hasta en las aflicciones con que á menudo nos prueba hace resplandecer su soberana bondad, reservóse el derecho de clarificar la virtud de Santa Isabel, para que viera el mundo hasta qué grado son elevadas las almas por la santidad mas perfecta. Ejemplos tan sublimes han asegurado á la virtud en la tierra triunfos memorables, y han estremecido al infierno.

Disponíase una cruzada contra el infiel. Los príncipes y los pueblos conmovidos obedecian al clamor de la guerra santa, y la piadosa Isabel vió un dia en el pecho de su amado esposo la cruz bordada. Hizo esfuerzos por detenerle, mas no pudo. Cayó en tierra sin sentido, dicen las historias; mas levantándola el duque, dijo con lágrimas: «Hice voto al Señor de ir con los cruzados á la guerra....» «Que su bondad vele sobre tí, dijo Isabel haciendo un esfuerzo: parte en el nombre de Dios.» El soberano de Turingia encomienda al Altísimo su madre, su esposa, sus hijos, sus hermanos, su pueblo, su pais: se despide de todos en la asamblea de Creuzbourgo, penetra en la Iglesia de un monasterio donde hace por última vez su oracion de

la tarde, sale del templo abrazando á los monjes y besando á los niños de coro, llorando y dejando escapar algunas palabras que dejaban traslucir funestos presentimientos. Cuando el noble y piadoso duque de Turingia abrazaba y bendecía por última vez entre sollozos á su madre, á sus hijos y á su tierna esposa Isabel, los cruzados y peregrinos entonaban cánticos solemnes en acción de gracias al Todopoderoso porque se dignaba llevarlos al Oriente para que combatieran por la gloria de su santo nombre (1). El siglo presente no puede comprender la exaltación de sentimientos, el contraste de afectos, la intensidad de tantos dolores y la magnitud de los sacrificios que imponían las cruzadas. Una idea que descollaba sobre todas las ideas, un sentimiento que prevalecía sobre todos los sentimientos, una voz que acallaba todas las voces, y un deber mas imperioso que todos los deberes, arrastraba los pueblos y los llevaba al Oriente, como el huracan impetuoso lleva las nubes. Por esta razon se ha dicho que las cruzadas fueron «el misterio de la fé.»

(1) Esta expedición á Tierra Santa tuvo lugar en el año 1227.

No parecía sino que Santa Isabel tuviera revelación de lo que había de pasar, pues á poco tiempo murió el noble duque de Turingia de unas calenturas, asistido por el Patriarca de Jerusalem y el Obispo de Santa Cruz. Tan gozoso como fué á la guerra santa, con la misma alegría se preparó á la muerte. Él no era sino un soldado que debe inclinar su cabeza á las órdenes de su capitán: su capitán era Cristo, y la mejor hora para morir sería aquella en que fuese llamado, aunque fuese llamado antes del combate. Sin haber desenvainado la espada, el soberano de Turingia entregó su alma al Señor y dejó su cadáver con los de innumerables cruzados en el camino del Oriente, en testimonio de la fé que ha vencido al mundo.

Lo que ahora sigue, mis queridos hermanos, bien lo podeis adivinar: porque por una parte sabeis qué instables y perecederos son los bienes del mundo, y cuán poco se puede contar con el auxilio de los hombres en los trances adversos. Ya dijo el poeta pagano que en los dias prósperos se puede contar con muchos amigos, y que nos veriamos solos, abandonados, en el dia de la adversidad. «Vi las lágrimas de los inocen-

tes, dice el sagrado libro del Eclesiastés, pero no ví á ninguno que los consolara (1). Mas adecuadas al caso son las palabras del Profeta Isaias: *Paupercula, tempestate convulsa, absque ulla consolatione*. Como la encina desgajada por el rayo, asi se vió la soberana de Turingia, derribada de su trono por la fuerza de la tempestad, despedida con sus tres hijos por el nuevo soberano Enrique, hermano de Luis, pobrecilla, desamparada y sin ninguna consolacion: *absque ulla consolatione*. La puerta del castillo se cerró detrás de la santa, y no se le franqueó ninguna casa de Eisenach por no disgustar al nuevo soberano. En una miserable posada se albergó con sus hijos, saliendo los cerdos de una barraca para que ella entrase: mas oyendo por la noche la campana de los Franciscanos tocar á maytines se fué á la Iglesia, y suplicó á los religiosos que cantaran el *Te Deum* para dar gracias á Dios por sus tribulaciones. «Señor, decia ella, hágase tu voluntad. Ayer era duquesa y tenia grandes y ricas fortalezas; hoy soy mendiga y nadie quiere darme asilo.» Se apresuró el Señor á consolarla,

(8) *Vidi.... lacrymas innocentium; et neminem consolatorem. cap. iv. v. 1.*

como hace siempre con los humildes y desgraciados del mundo. «Aquí me tienes; yo, yo mismo te consolaré.» *Ego, ego ipse consolabor vos* (1). Es verdad que cesaron aquellos desprecios y malos tratamientos y que se quiso reparar las injusticias cometidas contra Santa Isabel: pero ella quiso sufrir la profunda miseria en que sus parientes la habian arrojado, y se puso á hilar para ganar su sustento. Recibió en Eisenach los restos del duque de Turingia, que trajeron los cruzados: desdeñó las ofertas mas seductoras, y no dió oído á los planes que la hubieran encumbrado sobre sus ciegos detractores. Santa Isabel siguió hilando, remendándose sus vestidos, cuidando de sus leprosos, y aunque mendiga, todavía con su miserable industria ganaba para socorrer á otros infelices, mas pobres y necesitados que ella. El Señor la consolaba, y ella no queria otros consuelos. *Ego, ego ipse consolabor vos*. En vano las casas reinantes de Alemania unidas á la de Hungria y á la de Turingia por los lazos del parentesco y por razones de política pretendieron mejorar su suerte: en vano se la in-

(1) Is. cap. LI. v. 12.

dujo á visitar los Estados que fueron de sus ascendientes, pues ella aprovechó el viaje para visitar monumentos religiosos, para acomodar en un monasterio á su hija Sofía, y librar á sus otros hijos de los trabajos y mortificaciones que ella aceptaba para sí con heróica resignacion. Inútiles fueron las gestiones del Emperador Federico II para tomarla por esposa: no quiso de ninguna manera buscar una reparacion á sus injurias, ni faltar á sus promesas, ni renunciar á la pobreza que estaba sufriendo con rigorosa austeridad. Dios la consolaba, y no queria otros consuelos. *Ego, ego ipse consolabor vos.* De nada sirvió que unos nobles caballeros hablaran con altivez al duque echándole en cara su inicuo comportamiento con aquella pobre viuda y sus inocentes hijos, que eran hijos tambien de Luis el *Santo* como las gentes le llamaban, muerto en la gloriosa empresa de los cruzados. Presentáronle concitada contra su conducta la opinion del pueblo, y á Dios ofendido con estas maldades. Enrique fué á pedir perdon á Santa Isabel: los hermanos se abrazaron y lloraron; los hijos de Santa Isabel fueron reintegrados en sus derechos; el mayor fué el soberano de Turingia y en

su menor edad quedó de regente Enrique: pero aunque su madre volvió al castillo de Wartbourgo, fué para continuar las mismas obras de caridad y el mismo rigor de vida.

Ni consintió pasar mucho tiempo en la morada de los soberanos: su amor á la pobreza voluntaria la alejaba del fausto de la corte y la acercaba á la miserable condicion del pueblo. *Necia y loca* la llamaron: no faltó quien la ofendiera con estos dardos en el momento de huir á su retiro: pero la confortó el Sumo Pontífice Gregorio IX exortándola á sufrir, escribiéndole cartas llenas de consuelos espirituales, poniéndole delante el ejemplo de los santos y las promesas de una vida eterna, concediéndola el privilegio de una Iglesia y un cementerio para el hospital de Santa Maria Magdalena que fundó en Gotha, aprovechando la reciente reconciliacion de su familia, y encargando por último de un modo especial al Maestro Conrado que estuviese muy á la mira de la piadosa Isabel, considerando de la mayor importancia la direccion de su conciencia.

Prolijo seria referir las comunicaciones celestes, las luces y consuelos interiores, los deseos y revelaciones con que la santa fué favorecida.

La Virgen Santísima tuvo coloquios con ella, y el alma delicada de Isabel resistíase á dar asentimiento á tales comunicaciones de que se creia indigna. Lo que mas le repugnaba era creer que no tuviera pecado alguno: sus ojos parecian dos fuentes de lágrimas, y no cesaba de llorar, asi como no se creia bastante purificada (1). Conrado no le permitió profesar en la orden de San Francisco: juzgó que en su debilidad y delicadeza no debia mendigar como las hijas de Santa Clara: pero ella se retiró á Marbourgo, desde allí á una pequeña villa, y desde una casa decente á una casilla miserable. Condescendiendo á sus ruegos fué preciso asociarla á la *Orden Tercera* de San Francisco. Un hábito mas pobre que

(1) En los anales de la orden de San Francisco de Asís se conservan las tradiciones de estas comunicaciones sobrenaturales que tuvo Santa Isabel. Los sábios jesuitas de Belgica recogieron estos documentos para acabar la coleccion de las Actas de los Santos: *Acta Sanctorum*. Tienen este epigrafe: *Revelationes beatæ Mariæ factæ Elisabeth, filia regis Hungariæ*. El conde de Montalembert, mi principal guia en este panegirico, y con especialidad el traductor aleman de la *Histoire de Sainte Elisabeth*, creen que las revelaciones fueron redactadas en el siglo XVI por Mariano Florentino, cronista franciscano, segun el recitado de la misma santa, tal como se conservaba en tradiciones y papeles, algunos muy dificiles de leer.

el de Santa Clara buscaba la hija del Rey de Hungría: se cortó el cabello, se ató una cuerda á la cintura, renunció á sus padres, hijos, amigos, vanidades, y consolábase con este absoluto desprendimiento, poniendo sus manos sobre la piedra desnuda del altar. De necia y loca siguió calificándola el mundo, pero el pueblo cristiano la llamaba *la escogida de Dios*. *Elegit eam Deus et præelegit eam*. Amar á Dios, servirle, llorar sus pecados, despreciar al mundo y ser despreciada por él, este fué el partido que tomó la santa; esta la obra de toda su vida, este el cumplimiento de todos sus deseos. *Elegi abjectus esse in domo Dei mei* (1). Entregada á las misteriosas alegrías de la pobreza y la obediencia, la bella estrella de Hungría como se llamó en un principio, la graciosa duquesa de Turingia, escarnecida por el siglo, amada y venerada por la Alemania entera, vestida de tosco sayal, ceñida con el cordon de San Francisco, solo deseaba que se abreviaran los dias de su juventud y saludar con transportes de una santa alegría el instante dichoso de la muerte, esperanza de un eterno triunfo.

(1) Ps. LXXXIII. v. 11.

Llegó este supremo instante, feliz y deseado. La santa llamó á la muerte; la esperó con dulce sonrisa: alboreando su último dia, el canto del gallo trajo á su memoria el nacimiento del Señor, la huida á Egipto, la Pasion. Habló con elocuencia de la Religion, del mundo, de la vida del cielo. Imploró la asistencia de la Vírgen Santísima, y sintiendo muy cerca los pasos de la muerte, dijo: «el Esposo viene en busca de su esposa....» Despues añadió en voz baja: «silencio!... silencio!...» y pronunciando esta última palabra inclinó la cabeza y espiró (1).

Ni una palabra mas, señores, sobre esta santa vida y ejemplarísima muerte de la noble princesa, la gloria mas pura de la Alemania católica. Despreció el reino del mundo por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, á quien vió, á quien amó, en quien tuvo una fé á toda prueba. *Regnum mundi contempsit propter amorem Domini mei Jesu Christi, quem vidi, quem amavi, in quem credidi, quem dilexi.* En este ejemplo se vé lo que es el

(1) *Submissa voce, omnibus qui circa ipsam erant silentium indixit, et ita quasi suavissimè obdormiens expiravit.*

Santa Isabel tenia entonces veinticuatro años.

mundo, y el caso que hace de los bienes con que Dios favorece á las criaturas aunque redunden en beneficio del prójimo. Ni el tener tanta caridad, ni el ser mujer, ni el esplendor del nacimiento, ni el favor de la opinion, ninguna defensa la libró de tantos trabajos como tuvo que sufrir, que á la postre fueron su cruz y su corona; porque Dios puso en sus manos el amor á la pobreza y el desprecio del mundo. Pero halló en la órden de Penitencia lo que no encontró en la alta gerarquia de los soberanos; siempre da la Religion lo que contenta á las almas mucho mas que el fausto de las cortes, mucho mas que el poder, las riquezas y la fortuna. Si vosotros, hermanos mios, no sacais fruto alguno de este ejemplo, yo no sé quien lo sacará: pues por una parte vosotros no perteneceis á tan altas gerarquias que os cueste trabajo aprender la leccion, y por otra, vosotros perteneceis á la Orden Tercera de nuestro Padre San Francisco, á quien corresponde la palma del triunfo en la exaltacion de la gloriosa Isabel (1). Podeis lla-

(1) Este sermón fué predicado en la festividad que dedicó el V. O. T. á Santa Isabel Reina de Hungría, en el convento de Santa Clara de Jaen, en el año 1863.

maros hermanos de la santa y consideraros obligados á seguir su ejemplo. La pobreza voluntaria, el perdon de las injurias, el amor de los pobres, la caridad, la observancia de la Religion, la abnegacion que aconseja el Evangelio, ¿quién duda que en esto consiste la perfeccion cristiana y que la perfeccion cristiana es la felicidad verdadera? Si no teneis que despreciar tanto como despreció Santa Isabel, mejor para vosotros que podeis llegar al último ápice de la perfeccion sin tantos sacrificios. No habreis sido tan favorecidos por el cielo como ella, pero se os han concedido los auxilios necesarios para asegurar vuestra salvacion. Bien veo que semejante ejemplo nos confunde, pero nos enseña: gracias á Dios no es menester tanto para salvarse. Como la gloria es para todos, Dios la pone tambien al alcance de los débiles: los fuertes sufren recios trabajos; Dios les infunde aquella firme resolucion que se necesita para remover obstáculos poderosos. *Manum suam misit ad fortia*: dice la Eterna sabiduría (1). Vosotros, con ser fieles á vuestra vocacion, con inspiraros en el espíritu de

(1) Prov. cap. xxxi. v. 19.

San Francisco de Asis, andar vigilantes en las obras de caridad y guardar la Religion en vuestras almas, podeis consideraros en el camino de la salvacion. Dios aumente vuestro celo, porque los tiempos son malos; *Dies mali sunt*, como dice San Pablo; y haremos mucho con perpetuar estos cultos, conservando esta tradicion de los siglos piadosos, que asegura al pueblo cristiano muchas gracias espirituales.

Además de estas consideraciones útiles, para los que comprendan el interés que debemos poner todos en santificarnos, apartándonos de los pecados con que tantas veces hemos ofendido á Dios, hay otras que nos obligan á dar culto á la Santa y á honrar en su festividad á Nuestro Señor Jesucrito.

Todos sabeis las desgracias de Alemania por causa de la herejía protestante: en el horror que tienen los herejes hácia todo lo santo, se propusieron acabar con los monumentos que recordaban en Alemania las virtudes de esta princesa católica. Profanada su Iglesia con el culto llamado evangélico, el soberano de Turingia á quien llamaron los protestantes Felipe *el Generoso*, sacó los huesos de la santa y los metió en

un saco; buscaba la caja que se decia ser de oro macizo, y halló que era de cobre: pero buscó la cabeza de la santa que se guardaba en otro sitio, y se llevó el cáliz de oro y la corona que el Emperador Federico habia depositado trescientos años antes con motivo de la traslacion de las reliquias de la santa. Nosotros conocemos bien este vandalismo, y sin embargo, causa horror que á tal dispersion se condenaran en su misma patria los restos de santa Isabel, viniendo su cráneo á parar á una Iglesia de Francia, volviendo á Hungria uno de sus brazos, y poniéndose otro á la venta hace treinta años. Eisenach, Marbourgo, donde vivió, reinó y murió santa Isabel, renunciaron al catolicismo: el pueblo á quien amó y socorrió con tanta caridad no cree en su proteccion, porque los protestantes están muy mal con los santos: no bendice el pueblo aleman, el pueblo que era tan católico, á la princesa ilustre que fué fundadora de hospitales y que lamió las úlceras de los leprosos. Hoy mismo, el mayor triunfo que ha conseguido la Religion en la protestante Alemania, ha sido reunir algunas reliquias de la santa en el templo católico de Marbourgo, y decir una Misa el dia de Santa Isabel

para que puedan oirla los trescientos cristianos que pertenecen á la Iglesia católica.

Indemnicémos, hermanos míos, con nuestra devoción á Santa Isabel de los ultrajes que la violencia, el error y la ingratitud han inferido á su bendita memoria en su propio país, y pidamos á Dios que por intercesion de la santa la Alemania y todas las naciones que viven en el error se conviertan á la verdad de que se separaron á la voz de sus soberbios heresiarcas, apóstatas y sacrílegos como Lutero, inmundos y rapaces como sus discípulos. Con publicar lo que hicieron los protestantes con su reina Santa Isabel, con la madre de los pobres, con la amiga de su pueblo, ¿no es verdad que está juzgado el protestantismo?

Dichosos nosotros, hermanos míos, que gracias á la unidad religiosa que la Providencia mantiene en nuestra católica España, podemos con mas desahogo que en otros países donde los herejes insultan públicamente á los santos, tributarles el culto que se les debe y proponer públicamente á los buenos y á los malos, á los creyentes y á los que no creen, á los que practican la Religion y á los que no la practican, es-

tos ejemplos acabados de la virtud, para que los sigan, y los imiten y se salven, por los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Amen.

SERMON

para el día

DE SANTA TERESA DE JESUS.



Orationi instate. Ap. ad Colos-
senses, cap. iv. v. 2.

Perseverad en la oracion.

Mis queridos hermanos:

Santa Teresa de Jesús consiguió por la oracion y la práctica de todas las virtudes que su Dios se le apareciera, y la confortara, siendo su vida una comunicacion frecuente con la Divinidad, de quien recibió muchos favores, una sabiduría muy alta, una alegría celestial, y un amor como amor de Serafines. Habiendo de hacer su panegírico, en cuya ocupacion siempre encuentra mi alma un placer que necesita, me apodero de este asunto para hablaros de la ora-

cion, como el mejor medio de hacernos á Dios presente y comunicarnos con su Majestad, soberanamente amable.

No siempre ha conocido el hombre la dignidad de su alma. Unas veces los deleites, otras los trabajos, siempre las pasiones le distraen de lo que le importa. A menudo se olvida de que es un viajero, un desterrado, y no se cuida de ensayar en la tierra esta union con Dios de que vamos hablando, union lograda no sin angustias y zozobras, union tan imperfecta como se quiera, pero que dispone á la union feliz y perfectísima del cielo.

Realmente, este lenguaje de la Religion no se habla sino entre un corto número de personas, porque es mal escuchado y peor comprendido entre las gentes que no practican su Religion ó la practican con poco esmero: pero si vosotros, en este dia tan feliz, habeis venido al templo atraidos por el amor que inspira Santa Teresa; si vosotros, postrados ante la presencia de Dios aspirais á colocaros bajo la influencia de los pensamientos divinos, os costará poco ó ningun trabajo el comprender que la nobleza y dignidad de nuestras almas reclaman el conoci-

miento y amor de Dios, como medio de realizar esa comunicacion divina que es la mayor perfeccion y la mayor dicha que se puede alcanzar en la tierra. Unos han dicho que la oracion es un bálsamo consolador en los males; otros, que es refugio en el dolor y apoyo en la debilidad; otros que es el elemento y vida de la inteligencia; y Santo Tomás ha dicho que la oracion es el acto soberano de la razon humana. Cada cual ha dicho lo que en la oracion ha experimentado; cada cual se ha regalado con el sabor de las comunicaciones divinas; y á ejemplo de los maestros en la ciencia del espíritu, los amantes de la contemplacion han acudido al jardin de la Iglesia, como las abejas á chupar la miel de las flores; todos, con mas ó menos trabajo, han gustado del celestial alimento; todos han aprendido algunas noticias divinas; todos han tenido su conversacion en el cielo; muchos engolfándose en el amor divino se sintieron abrasados como dice San Juan de la Cruz con esa *llama que consume y nó da pena*; y el que nó esperimentó la hartura, tuvo hambre espiritual; que al revés de lo que sucede en el cuerpo, es para el espíritu vida, y vida regalada. Pero ninguno entre tantos es-

píritus adoradores de Dios alcanzó mas noticias que Santa Teresa; á pesar de sus tormentos y sequedades, ninguno rayó tan alto en la contemplacion, ni fué favorecido con tantas visiones sobrenaturales. Su amistad fué generosa, entrañable su amor, y su constancia en servirle, á toda prueba. Amiga, amante, esposa, esclava de su dulcísimo Jesús, le amó con la lealtad de todos estos afectos, hasta perder mil vidas que tuviera. Ella se cree ruin y miserable, incapaz de guiar á nadie por este camino; pero es una doctora de la Iglesia y maestra segura para todos. Cuando Santa Teresa se atreve á decir «páreceme que el Señor me dió alguna claridad en esto que voy á decir» es que entonces ve la luz de la gloria y escribe entre sus rayos; y el Espíritu Santo dictaba sus conceptos á esta mujer celestial, cuando con admirable sencillez decia escribiendo *Las Moradas*: «Es menester tenga paciencia quien lo leyere, pues yo la tengo para escribir lo que no sé; que cierto, algunas veces tomo el papel como una cosa boba, que ni se qué decir ni cómo comenzar.» (1)

(1) *Moradas primeras*, capítulo 1.

Quiera el Señor, siquiera por la importancia del ministerio á que estoy consagrado, iluminarme con alguna claridad para que yo pueda decir alguna cosa con acierto, que redunde en vuestro bien espiritual. Pidamos esta gracia por intercesion de la Santísima Virgen. *Ave Maria.*

De los que no oran al Señor con todas las veras de su corazón que serán el mayor número, unos hay que no cuentan con Dios para nada, y quieren creer que Dios no se cuida de sus criaturas ó que reina en el cielo y nos ha dejado el dominio de la tierra; otros hay que se desalientan porque no ven milagros á cada instante, porque no sienten consuelos y dulzuras sobrenaturales, ó porque no oyen la voz de Dios, ni ven la Eucaristía rodeada de resplandores, ó al menos porque no advierten mejora en sus costumbres y reinciden en los mismos pecados de que se han acusado tantas veces. Como que se inclinan á creer que Dios desprecia sus lágrimas y gemi-

dos, desoye sus ruegos, y condena sus acciones y pensamientos: Dios no repara en ellos aunque acudan á su santa casa; Dios se hace sordo á sus plegarias; Dios se retira cuando ellos se le acercan; Dios no les consuela en sus aflicciones; les parece que nada les indica su presencia ni su amor, y que es vano empeño solicitar de Su Majestad ninguna especie de comunicacion ó trato. Por diferentes modos, unos y otros arrancan del supuesto de estar Dios muy lejos de nosotros, muy indiferente á nuestra suerte, y se juzga de Él como se juzgaría de los señores de la tierra, cuando se muestran respecto de sus domésticos y asalariados como extraños ó mal prevenidos. De aquí es que los cristianos afligidos en su soledad porque su trato con Dios no les proporciona á su parecer todas las ventajas que ellos quisieran, suspiran por los prodigios que obró la gracia en los primeros santos, y quisieran haber conversado con su Dios y Señor como María, y Marta, y Lázaro, y los Apóstoles y los primeros fieles: y haber oido de su divina boca la absolucion de sus pecados, y haberle hospedado en su casa, y haberle amado y servido, y haber bebido el amor divino en la

lumbre divina de sus divinos ojos. Esto es imposible; pero la imaginacion se recrea en suponer que las cosas pudieran pasar asi, y que los de ahora pudieran nacer antes para ser testigos y compañeros de Jesús, con lo que se ahorrarian las grandes dificultades que ahora se nos ofrecen para entendernos con un Dios invisible, y conversar viviendo en la tierra con ese Dios escondido á quien nuestra fé adora, pero cuya presencia es un misterio impenetrable, que desespera al sentido y humilla la razon. Jesús viviendo en la tierra ó nuestra alma morando en los cielos, he aquí para nuestro flaco entendimiento las dos maneras de comunicarnos con Dios y de unirnos á Él sin padecer quebranto ni trabajo.

Para una persona llena de amor y de fé seria ciertamente del mayor consuelo conversar con su Dios y Señor á la manera de aquellos amigos predilectos que le siguieron por toda la Judea; pero hay no pocas ilusiones en estos deseos que se excitan con motivo de las lecturas ó conversaciones espirituales. Importa hacer ver que estos tiempos son tan buenos como todos para comunicarse con Dios, si es que á los primeros no llevan ventaja.

Leyendo el Evangelio se echa de ver que las conversaciones particulares con Jesús fueron muy raras y difíciles. Iba por los caminos precedido, seguido y rodeado de las turbas; costaba trabajo acercarse á tocar la orla de su túnica; y Zaquéo que era de pequeña estatura, tuvo que subirse á un árbol para verle. Ahora no sucede tal cosa; pues grandes y pequeños pueden acercarse á Su Magestad, y por la oracion se llega á Dios; no siendo menester como antes horadar el techo de una casa y descolgar por el agujero á un paralítico, porque la multitud le impedia llegar hasta el sitio en que Jesús enseñaba su doctrina. Hasta de la compañía de sus discípulos se apartaba para orar en el desierto y velar noches enteras; de nosotros no se aparta jamás; y su casa, que es llamada *casa de oracion*, está siempre franca para recibir á los fieles. Ya no hay quien le pida que suspenda su plática para ir á sanar á un enfermo, ó que interrumpa aquí su predicacion para enseñar su doctrina en otra parte: el que ora pide por sí y pide por todos, porque sabe que su brazo poderoso se estiende á todo lugar, que es universal remedio y providencia de toda criatura, que habla á todos los hombres y que todos pueden oír-

le, que á todos puede amarlos, y perdonarlos, y sanarlos, y volverlos de la muerte á la vida. Viéndole un hombre como nosotros costaria trabajo creer que pudiera estar á un tiempo en todo lugar; nosotros que no le vemos como sus primeros discípulos comprendemos sin la menor violencia que su divina virtud se estiende hasta los últimos términos, y que cielos y tierra están llenos de su gloria. Podemos pedirle sin cesar, sin temor de pasar por importunos; y nuestras lágrimas pueden regar sus sagrados pies, sin que haya fariseos que condenen la libertad que nos tomamos, ni que murmuren á causa de la clemencia de nuestro Señor. Para tener con Su Majestad tiernos y dulces coloquios hay el tiempo que se quiera: no tuvieron esta dicha los que le vieron y trataron, que aun despues de su resurreccion, le vieron á la ligera. Se presenta á María Magdalena, le dice una palabra, y desaparece. En Emmaús se dió á conocer á dos de sus discípulos, y desapareció al instante. Anunció la paz á sus apóstoles, y dejándolos admirados, se hizo invisible. Es menester pasar muchas páginas del Evangelio para encontrar diálogos largos como el que tuvo Jesús con la samaritana, y explica-

ciones particulares como las que dió á Nicodemo para que entendiera en qué consiste la regeneracion espiritual del hombre.

Mas ahora, ¿qué sucede? Dios está con nosotros; nos exorta á participar de su cuerpo y sangre para que vivamos de su misma vida, y se concede á la fé lo que en otro tiempo se rehusaba á los sentidos. El Señor nos dice por Jeremías; «¿crees tú por ventura que yo soy Dios, mirado de cerca, y que no soy Dios cuando se me contempla desde lejos?» *Deus è vicino ego sum, & non Deus de longe?* (1) ¿Nó estais en mi casa? ¿nó venís al altar en que yo me sacrifico? Vosotros entráis en el templo y salís de él; mas yo permanezco siempre en este tabernáculo. No es este el sitio que me corresponde, sobre todo, despues de mi resurreccion; pero vosotros necesitais de mi presencia, pues sin ella no tendríais ni Pontífice ni sacrificio. Por mí comienzan y acaban todas vuestras oraciones; de mi gracia nacen; de mis méritos toman su precio; y cuando orais á mi Eterno Padre, yo junto mi oracion á la vuestra para que tenga todo el poder que vosotros no podeis darle.

(1) *Jerem* xxiii. 23.

Santa Teresa de Jesús gozó mucho mas que otros santos de los favores de un Dios presente á nosotros en todo tiempo y lugar, sin dejar de sufrir todos los trabajos que lleva consigo el ejercicio de la fé, por tantos modos probada. Ocupada como estuvo en la obra de la reforma del Carmelo á que consagró toda su vida, ella subia al cielo, y bajaba al infierno, y tornaba al paraiso; conversaba con su Señor amantísimo, llamaba con vivas ánsias á la muerte, cerrábanse sus ojos con una especie de sueño de las potencias y sentidos, de tál manera que no se podría decir si aquella suspension era penumbra de la muerte, ó reposo de la vida, ó recreo del alma arrebatada por el éxtasis. Si tomaba la pluma, comenzaba á referir con sencillez las mercedes que el Señor le hacia, los efectos de la oracion, y los secretos del cielo que su Dios le habia revelado. En la naturaleza veia á Dios, y las aguas, las flores, el canto de los pájaros, las sombras de la noche se le ponian delante de sus ojos. En todos sus pensamientos hay una cosa divina; el amor de Dios rebosa en todos sus escritos; en sus viajes la precede; en sus fundaciones le anima; en sus tentaciones la conforta; en

sus trabajos la consuela. Pero direis que esto no hace regla, porque Teresa de Jesús llegó á un alto grado de santidad; pero no es razon pensar de esta manera. Tambien Santa Teresa temió que Dios se hubiera alejado de ella, y que no le diera oídos por sus pecados, segun cuenta muchas veces en el libro de su vida: y el Señor le dijo lo que, si ponemos cuidado, oiremos muchas veces que dice á nosotros: «Hija mia, tú te crees muy abandonada, y yo estoy muy cerca de tí.» No es Dios el que se retira de nosotros; nuestras infidelidades son las que nos alejan de su divina presencia. «Yo estoy á la puerta de tu corazon, dice el Señor á cada uno de nosotros; llamo y aguardo á que tú le abras: *sto ad ostiam, et pulso*. El que no comprende que la vida es un combate continuo, que el entendimiento es una luz combatida por nieblas y huracanes, que la voluntad tiene sus desmayos como la razon del hombre sus sombras; que las pasiones arrecian la lucha, y que solo Dios, presente á nosotros por su amor y sus promesas pudiera resolver en bien los males y turbaciones interiores que nos cercan y afligen, nada sabe del hombre, nada sabe del mundo, nada sabe de Dios. Orad al Señor; que

Dios no sería Dios si faltando á sus promesas se hubiera retirado de nosotros; no os abandona á vuestra ignorancia, á vuestras pasiones desordenadas. ni quiere que vuestro corazón se seque, ni que el raudal de vuestras lágrimas se apure, ni que la oración defalezca en vuestros labios, ni que murais de hambre y de fatiga, sin el dulce calor de su adorable presencia. Acercaos á Él con la ternura y efusión con que Él se acerca á vosotros; á todos quiere decirnos lo que en el contento de un amor fielmente correspondido dijo á nuestra Seráfica Madre: «Teresa es toda para mí, y yo soy todo de Teresa.»

Si la oración no tuviera tanto poder y eficacia, hasta el punto de reportar los beneficios y mercedes que el Señor tan liberalmente nos franquea, ¿qué sería de la sociedad cristiana? cómo viviría la Iglesia? ¿qué lazo de unión juntaría al cielo con la tierra? ¿de qué serviría el abatimiento de un Dios que por nosotros se sacrifica, que por nosotros permanece en nuestra compañía, y que nos habla sin cesar? Bien persuadido estaba el Apóstol San Pablo del poder y eficacia de la oración, cuando la imploraba con vivas instancias de la caridad de los fieles: *Obsecro vos,*

fratres, per Dominum nostrum Jesum Christum, et per charitatem Sancti Spiritus, ut adjuvetis me in orationibus vestris pro me ad Deum (1) «Os ruego, hermanos míos, por Jesucristo Señor nuestro, que me ayudeis con vuestras oraciones:» con la misma humildad las pedia siempre que tuvo que escribir á las Iglesias de Corinto, Roma, Efeso y Galacia. La oracion sube hasta Dios, y el espíritu de Dios sopla á los cuatro vientos, y llueven del cielo gracias abundantes. Esto no lo comprende el hombre carnal; el que no vive de la Religion desprecia estos misterios. Para entender algo es menester amar á Dios, y desearlo, tener hambre y sed de los consuelos divinos y de los auxilios sobrenaturales, sin los cuales este triste viaje por el desierto de la vida es un continuo peligro de caer en la desesperacion. Por esto dice San Agustin: *da amantem, da desiderantem, da esurientem, da in ista solitudine peregrinantem, da talem, et scit quid dicam* (2) «Dadme un hombre que ame, que desee con ardor los bienes eternos, que se considere en el mundo como el viajero en un desierto árido, que suspire

(1) *Ad. Rom. xv, 30.*

(2) *Tract. 26 in Joan. n. 4.*

por la patria celestial, y comprenderá este lenguaje. *Si autem frigido loquar, nescit quid loquor*: «pero si hablásemos á un hombre insensible y frio, no nos entenderá; no sabrá lo que decimos.»

Lean á Santa Teresa de Jesús los quieran aprender los prodigios de la oracion por la misma boca de la Santa. Allí verán á cuántas personas sacó de pecados graves, y libró de padecimientos y tristezas, y las metió en vida de religion, asi como sacó á otras de las penas del purgatorio. Y apenas el Señor accedia á sus súplicas, exclamaba la Santa con una seguridad y firmeza que nos llenan de asombro: «Luego, luego, dábame escrúpulo, porque yo no podia dejar de creer que el Señor lo hacia por mi oracion (dejemos ser lo principal por sola su bondad) mas son tantas las cosas, y tan vistas de otras personas, que no me da pena creerlo, y alabo á Su Magestad, y háceme confusion, porque veo soy mas deudora, y háceme, á mi parecer, crecer el deseo de servirle, y avivase el amor.... Sea bendito por siempre, que tanto dá, y tan poco le doy yo (1)»

(1) Vida: cap. xxxix.

Hermanos míos, para entender la materia de que tratamos y sacar provecho de este conocimiento, importa muy poco que Teresa de Jesús fuera mas ó menos santa. Insisto en este punto, porque á veces se suele desperdiciar la mejor doctrina diciendo: «eso habla con los que son santos; tales ejemplos solo pueden servir de confusion á los pecadores.» Esta observacion no viene al caso, porque Santa Teresa se vió, durante la oracion, en mayores aprietos y conflictos que los que podrán haberos afligido. Recuérdese aquella vision que tuvo la Santa, estando en un campo á solas: «ví en derredor de mí mucha gente de diferentes maneras, que me tenian rodeada, todas me parece tenian armas en las manos para ofenderme, unas lanzas, otras espadas, otras dagas, otras estoques muy largos (1).» La Santa se puso á orar; pero en vez de recrearse con su Dios ¿qué vieron los ojos de su espíritu? no vieron á Dios, ni vieron el cielo; lo que se le representó fué un retrato del mundo, porque cuanto hay en él parece tiene armas para ofender á las tristes almas; y sacó de esta vision la Santa mucho provecho, porque luego se vió

(1) Vida: cap. xxxix.

envuelta en cosas de mundo, y el temor de aquellas espadas y lanzas prontas á herirla, la hicieron desconfiar de los auxilios humanos, y se volvió á Dios con mayor ahinco. Si pues vosotros, cuando orais queriendo tener mucha presencia de Dios no veis á Dios con los ojos del espíritu sino que se os representa el mundo, no os turbeis demasiado: mirad al mundo, que tiene mucho que ver; digo, si lo mirais como Santa Teresa para que pueda aprovecharos la vista de su retrato. De esta importuna distraccion podreis sacar utilísima enseñanza, si sois prudentes y advertidos. De todas maneras, temed vuestra desconfianza; orad al Señor: yaun cuando en la oracion se os representen las cosas que mas repugneis considerar, que nó os intimiden vuestros pecados, ni os desaliente vuestra indignidad, ni os retraiga la distancia que poneis entre vuestras muchas imperfecciones y las heróicas virtudes de los santos. De todas estas inquietudes pasó Teresa de Jesús, y para consuelo vuestro y de todas las almas escribió la Santa en el libro de su *Vida*: «Díjome una vez el Señor consolándome, que no me fatigase (esto con mucho amor) que en esta vida no podíamos estar siempre en un

ser; que unas veces ternia fervor, y otras estaria sin él; unas con desasosiegos, y otras con quietud, y tentaciones, mas que esperase en él, y no temiese.» Este pasage, retrato fiel de lo que á nosotros nos sucede, deberá infundirnos ánimo para no cejar en el camino de la oracion.

El libro de las *Moradas* que escribió Santa Teresa se dirige á proporcionar á los fieles aquella instruccion que necesitan para pasar del conocimiento de Dios al amor de Dios. Leedlo y aprendereis cuánta es la hermosura y dignidad de las almas; cuánto es el horror al pecado; cuán triste es este destierro; cuántos y qué dulces consuelos, aunque mezclados con amarguras, ofrece la oracion; cuánta es la misericordia de Dios que por singulares mercedes avisa de su union amorosa con el alma; y los santos deseos que infunde en ella, y la luz que descende del cielo para iluminarla, y la fuerza que comunica á la voluntad, y las virtudes y dones con que la enriquece.

Direis por ventura que no entendeis cosas de tan alta sabiduría como las que se tratan en ese libro, que sois para poco y que podeis menos; mas yó os consolaré citando este pasage de las

Moradas, escrito por Santa Teresa para que no os espanteis por la sublimidad de la doctrina ni por las dificultades de la oracion: «Como hagamos lo que pudiéramos, hará Su Magestad que vamos pudiendo cada dia mas, y mas, como no nos cansemos luego, sino que lo poco que dura esta vida (y quizá será mas poco de lo que cada uno piensa) interior, y esteriormente ofrezcamos al Señor el sacrificio que pudiéremos, que Su Magestad le juntará con el que hizo en la Cruz por nosotros al Padre, para que tenga el valor que vuestra voluntad hubiere merecido, aunque sean pequeñas las obras. Plega á Su Magestad, hermanas é hijas mias, que nos veamos todas adonde siempre le alabemos, y me dé gracia para que obre algo de lo que digo, por los méritos de su Hijo, que vive y reina por siempre jamás. Amen (1).»

(1) *Moradas setimas*, cap. iv.

SERMON

para el día

DE SAN JUAN DE LA CRUZ.



Inimici hominis domestici ejus.

Matth. cap. x. v. 36.

Los enemigos del hombre son los de su casa.

Mis queridos hermanos:

Gracias á la Providencia, en ningun tiempo faltaron modelos de santidad, ejemplares de perfeccion cristiana á que pudieran ajustarse los amadores de la virtud. La preciosa sangre de Jesucristo, fuente de méritos, aseguró á la Iglesia copiosos frutos de santidad, rica cosecha de santos. Arriba y abajo, en la grandeza y en la pobreza, en las delicias y en los trabajos, en el bullicio del mundo y en el retiro agreste y soli-

tario, prende la centella de la gracia divina y forma estos corazones semejantes al de Dios y cortados á su medida. Para convertir al pecador, confortar al justo y conducir á los que son fuertes á su dichoso término, estos modelos son necesarios: la vida de los santos es la mejor enseñanza que pudiera ofrecernos la misericordia del Señor, para que siguiéramos sus vestigios: *vestigia ejus*. Los unos por sus liberalidades, los otros por sus mortificaciones; estos por su alta sabiduría, aquellos por su eminente caridad: quién con fortaleza, quién con dulzura y mansedumbre, todos ellos ilustran la Iglesia de Dios, honran á Jesucristo, logran el bien de las almas, y son la gloria de esta Religion divina á la que en vano se intenta despojar de todos sus esplendores, habiéndole asegurado Jesucristo el que vale mas que todos: la virtud.

Suscitó el Señor á San Juan de la Cruz para la grande obra de la reforma del Carmelo; le infundió su sabiduría para la direccion de las almas: crióle en trabajos para que tomase apego á la humildad; le trajo de aquí para allí para que todos viesén un ejemplar de penitencia en las austeridades de su vida: favorecióle con los dones

mas preciosos del espíritu para que los siervos buenos y fieles aprendieran el modo de retribuir á Dios con creces el don de los talentos; puso la pluma en sus manos para que con la luz de su doctrina alumbrara hasta los remotos siglos, y le consoló de sus penalidades y trabajos poniendo en ellos una secreta dulzura, que fué causa misteriosa de grandes arrobamientos.

Confiado en los auxilios de la divina gracia me propongo haceros algunas consideraciones sobre la vida del *doctor extático*, que puede razonablemente dividirse en tres periodos: el primero, desde su nacimiento hasta su encuentro con Santa Teresa de Jesús: el segundo, desde que se *descalzó* en el convento de Duruelo hasta la conclusion de la *reforma carmelitana*; y el último desde que empezó á escribir en la cárcel de Toledo hasta que dió fin á sus escritos en Granada (1).

Atendiendo á los muchísimos trabajos que pa-

(1) Cuando prediqué este panegirico en 1863 en el convento de Carmelitas Descalzas de Jaen, di este giro al discurso porque tenia ya en mi mente la misma division de periodos que con ayuda de Dios pienso seguir, tan luego como me sea posible escribir una *Vida de San Juan de la Cruz*.

só San Juan de la Cruz en la penosa y difícil obra de la reforma, nos ha causado verdadero asombro la consideracion del siguiente pasage del Evangelio: *Inimici hominis domestici ejus*: «los enemigos del hombre son sus domésticos, las personas con quienes trata, sus allegados y amigos, y á veces sus hermanos.» Pero servir, perdonar y amar á sus enemigos; hacer provechosos sus desabrimientos, ablandar su dureza, edificarlos y santificarlos con el ejemplo de una constante humildad que se alegra en el colmo de los mas injustos padecimientos, esta fué sin duda una de las obras mas admirables de la gracia que intento examinar con la devocion que corresponde al asunto, y con el interés que debemos tomarnos para que resplandezca mas y mas esta hermosa lumbrera de la Iglesia. *Ave Maria.*

Lo primero que excita nuestra admiracion son los principios que tuvo nuestro santo. Su carrera habia de ser gloriosa y su vida muy santa, empezando en la humildad y acabando en la humildad. Como Jesucristo nació en un pesebre y espiró en una cruz, la vida de los santos, aunque haya de durar su memoria tanto como los siglos, participa de la pobreza, humillaciones y desprecios de que estuvo llena la de Nuestro Señor Jesucristo, y nadie se atreve á ponerle tachas porque pareció oscura y de condicion baja.

Servia á un comerciante de sedas establecido en Toledo Gonzalo de Yepes, y solia parar en Hontiveros cuando por cuenta de su principal iba

á vender géneros á las famosas férias de Medina del Campo, que duraban noventa dias. En Hontiveros conoció á Catalina Alvarez y casó con ella, aunque tan á disgusto de su familia que la desheredaron. Fuera necesidad, humildad, ó deseo de humillar á los Alvarez, Gonzalo aprendió el oficio de tejedor. No se ablandaron por esto, y Gonzalo murió de pena, dejando tres hijos, Francisco, Luis y Juan. Luis murió siendo niño, y Juan nació en 1542.

Prevenido con las bendiciones del cielo entra en la carrera de la vida con una luz que le permite distinguir las verdades eternas, y consagrarse á la Religion con un amor tan grande, que parecia impropio de la edad. Estamos acostumbrados á ver en los hijos de Adan todas las imperfecciones y miserias de que con el tiempo se curan ó no se curan, y comprendemos la santidad y el exacto cumplimiento de los deberes religiosos en el arrepentimiento, mas bien que en la inocencia. Horrible es ver la malicia en los pocos años, la malicia que se anticipa á la edad: pero el amor de Jesucristo en los niños, y un amor que les arranca lágrimas, es cosa admirable. ¿Cómo se penetraron de la grandeza del sa-

crificio de nuestro Dios? ¿Cómo se estremecen considerando las ofensas de que ellos no son capaces? ¿Qué impresiones pudo causar en sus tiernas almas el amor divino mas poderoso que la muerte?

Este niño empezó á hablar de Dios con alegría, se afligió de un modo sensible viéndole ofendido por los pecadores, y en el culto del Salvador y de su Madre Santísima confirmó la piedad y humildad de su corazon que muy temprano se revelaron en sus palabras y en todas sus acciones. Fuera mejor para el infierno que presto se consumiera aquella vida, sin dar tiempo á que el pobre niño creciera cual gigante de la gracia; su desventura le arrojó en un pozo teniendo solos cinco años, pero la Virgen María le sacó del fondo y le mantuvo en la superficie de las aguas. Si en la soledad del campo le acomete un monstruo, le vence y ahuyenta con la señal de la cruz. Enardécese con tales sucesos: ora, estudia, medita: siempre circunspecto, afable, piensa en su destino; y esmerándose en la virtud ofrece al público que le observaba una enseñanza muy elocuente. Su pobre madre fué quien primero conoció las aventajadas disposi-

ciones de su hijo, su raro ingenio y su memoria que en portentosa rayaba; y á costa de sacrificios llevóle al colegio de Medina del Campo donde estudió las bellas letras. Pero ¿qué haría mas adelante careciendo de recursos para completar su educacion? Con toda su gramática y sus letras fué preciso que se aplicara á un oficio mecánico, porque su pobreza era extrema. Con poca fortuna ensayó diversos oficios, sin poder ser pintor, escultor, ni aun siquiera carpintero: mano que trazaria sobre el papel los conceptos mas sublimes, no estaba destinada á manejar el hacha ni el pincel. Era ya ocasion de que la Providencia mostrara sus caminos.

A Toledo se encaminó muy gozoso, á tomar posesion de un gran destino: el de servir á los pobres enfermos del hospital. Colocóle en esta prebenda un noble caballero, Alfonso Alvarez, deseoso de tener un buen compañero en las obras de caridad que habia preferido. En este santo hospital logró muchos provechos; porque contrajo la facilidad de enternecerse con solo meditar en la Pasion del Señor, y se acostumbró á no tomar mas alimento que el necesario para no morir. En poco estuvo que allí permaneciera pa-

ra siempre; pero gracias á su protector, salió para el convento de la Compañia y acabó felizmente sus humanidades y su filosofía, haciéndosele muy fácil el estudio, huyendo de las vanas disputas y evitando las espinas del Aristotelismo, á la sazón reinante en las escuelas. Sin dejar de servir á los pobres cursó la Teología, mostrando en estos estudios superiores el mismo espíritu vivo y penetrante, el mismo ardor por la verdad, y la misma prodigiosa facilidad que habia acreditado en las humanas letras.

¿Nó fué providencial esta preparacion de nuestro santo, que huérfano y sin recursos alcanzó á fuerza de prodigios de la gracia tan altas mercedes? Dejando aparte la interior sabiduría y la luz celestial de su entendimiento y el apego á la virtud que puso Dios en su corazón, como si fuera una parte de su naturaleza, la que él adquirió en las aulas, en el estudio, en la oracion y asistencia de los enfermos, fué un favor especial que estuvo fomentando la llama interior que en él ardia. Aquella sabiduría fué esclareciendo la misteriosa oscuridad de sus revelaciones, dando su verdadero sentido á los secretos que conocia en la oracion y en sus amorosos coloquios, y

trazándole con la posible claridad el camino que debia seguir en el mundo para corresponder á su vocacion.

Ocasion muy favorable para nuestro santo fué el establecimiento en Medina del Campo de un convento de Carmelitas de la observancia *mitigada*, donde entró y profesó tomando el nombre de Juan de San Matías. Allí se preparó para el sacerdocio renunciando á todas las criaturas, leyendo y meditando en su celda el libro de la *Imitacion de Cristo*, combatiendo por la raiz sus afecciones mas naturales, viviendo como perfecto contemplativo, solitario como el pelícano de que habla el Santo Rey David, y atento á la voz de Dios que escuchaba en medio de un profundo silencio. Cuando por órden de sus superiores fué á concluir sus estudios en Salamanca, causó admiracion el rico tesoro de ciencia mística que á sus solas habia adquirido en los escritos de San Dionisio y San Gregorio. Abstrayéndose su alma de todo lo criado, hasta la doctrina que tomaba de fuentes remotas lo retiraba del siglo: parecia á sus contemporáneos un asceta de los primeros tiempos del cristianismo: la grandeza de su génio asemejábase á la de las pasadas eda-

des: la santidad de su vida infundia á un mismo tiempo veneracion y asombro: pero el santo sacerdote, sediento de mayores austeridades, quiso entrar en la Cartuja de Segovia.

Andaba por aquel tiempo Santa Teresa de Jesús, gloria de España, negociando la reforma del Carmelo para volver esta orden á la severidad de su regla primitiva. La cristiandad estaba interesada en esta obra, que por su mucha dificultad habia agotado las fuerzas y energia de las mas firmes voluntades. Mas hé aquí la empresa de una mujer en vias de ejecucion, contra el parecer de personas prudentes y experimentadas, que aguardaban como ella decia con muchísima gracia *el término de aquel desatino*. Teresa tuvo una conferencia con fray Juan de San Matías, y le ganó para la obra de la reforma: el encuentro de aquellas dos almas, las promesas que se hicieron, hé aquí la reforma. Estas firmes columnas resistirán todas las tempestades. Fray Juan de San Matías desaparece para consultar á los antiguos escritores y ensayarse en la vida de los primeros solitarios, mientras que Teresa de Jesús con espíritu mas abierto y un talento mas popular, toma el camino de Mala-

gon, y pasa á Valladolid, y regresa á Avila, atenta á sus fundaciones, metida en negocios, tratando con las gentes, venciendo oposiciones, desarmando enemigos, y ganando voluntades con la gracia que el Señor le habia dado para ello. En cuanto á fray Juan de San Matías ya no le vemos hasta que llegó la hora de marchar á Duruelo, miserable lugarillo y mas miserable albergue donde se estableció el primer monasterio de religiosos carmelitas de la primera observancia.

Valerosamente se entró fray Juan en Duruelo, sin provisiones, sin lumbre, sin luz por la noche, pero con cruces y calaveras, y se vistió con un saco muy penitente cual pudiera estar un Elias ó el Bautista en el desierto. Su alegría no conoció límites, y dió humildes y fervorosas gracias á Dios porque se dignaba escoger una tan vil criatura para dar principio á una obra tan santa como necesaria. Siguiéronle el Prior del convento de Medina y el hermano José: los tres hicieron la ceremonia de *descalzarse*, renunciaron á toda mitigacion, y fray Juan de San Matías se llamó en adelante fray Juan de la Cruz. Este nombre lo decia todo: la Cruz para siempre, la Cruz de los trabajos, la Cruz de los des-

precios le seguiria por todas partes: y siendo fiel el Señor á quien no queria otra recompensa ni amaba otros regalos, la Cruz seria su mas precioso signo, en su alma, en su corazon, en sus deseos: la Cruz seria su nombre, su gloria, su honor y su defensa. Lo que todos huimos él buscaba; lo que más nos espanta formaba sus delicias. ¡Cuán poco sabemos nosotros de la Cruz en que fuimos redimidos, y cuánta sabiduría aprendió en ella nuestro santo! Gran necesidad tenemos de que el Señor nos ilumine para que aprendamos siquiera los rudimentos de este libro tan precioso, el único que quiso saber San Pablo, el mejor en que estudió San Juan de la Cruz, y el que menos conocen los que se precian de letrados y se tienen por sabedores de las cosas humanas. Aprovechaos hermanos míos de estas indicaciones que son muy verdaderas: digo esto para mi confusion y honor de esta cátedra.

Estaba dado el gran paso para la reforma, y la pobreza de Duruelo fué su mejor cimiento. Ocupaba la Sede Apostólica San Pio V; era rey de España el gran Felipe II, tan interesado como el Papa en la reforma de las órdenes religiosas: Alvarez de Mendoza era el Obispo de Avila, en

quien tenia Santa Teresa de Jesús un apoyo decidido: el General de la órden, que no fué al principio materia dispuesta para estos planes, vino á la postre á favorecerlos; el Provincial de Castilla entró asimismo en los sentimientos del General; todas estas circunstancias fueron muy favorables á la reforma: pero tengo por una de las principales que fray Juan de la Cruz y los humildes religiosos de Duruelo, orando, ayunando, macerando sus carnes, confesando y predicando en los pueblos situados á la redonda del monasterio, abrasados en amor de Dios y comunicándolo á las almas, convertian á innumerables pecadores. Al cielo subiria el olor de las virtudes de tantos sacerdotes y penitentes como se fueron juntando en aquella soledad; y los carmelitas que volvian de sus apostólicas tareas, á veces pisando nieve, con los pies enteramente descalzos, heridos y llenos de sangre, reposaban en Duruelo de las fatigas del dia cantando las divinas alabanzas.

Así como quien toma una luz que está ardiendo debajo de un medio celemin y la lleva de una en otra parte disipando tinieblas é iluminando los mas apartados rincones, así hizo Dios con

fray Juan de la Cruz, tesoro de ciencia, ejercitado en todos los oficios, sabedor de los mas invisibles resortes del corazon humano, de trato suavísimo aun para llevar las almas á las mayores mortificaciones, y dotado de una palabra poco facil que fluia de sus lábios sin ninguna impetuosidad, pero á veces tan naturalmente, con tal uncion, con tal atractivo aun para los oidos y por todas estas razones tan poderosa, que acababa las conversiones empezadas, desvanecia las dudas, resolvia las cuestiones en su punto, y causaba en el corazon del que le oia unos efectos, que podemos sentir mas bien que explicar. En Duruelo, en Mancera, en Avila, en todas partes ilustró, persuadió, gobernó, pero con tal acierto, como quien tenia no solo discernimiento de espíritus sino discernimiento de negocios. Su energía igualaba á su dulzura; el celo era tanto como la paciencia; juntaba en su carácter la elevacion y la humildad. Este santo varon cuya flexibilidad era tanta que como decia Santa Teresa se podia trabajar en él como sobre la cera, humilló á un doctor de Salamanca mandándole que estudiara el Catecismo, y dejó que Santa Teresa le hablara largo rato de rodillas. Para unos fué un Se-

rafin; para la santa fué un *pequeño Séneca*, como ella misma decia con su habitual donaire.

Del conocimiento de sus excelencias y eminentes cualidades nacieron los ódios de los enemigos que contaba la reforma. Y como en las guerras se procura asestar á los capitanes y caudillos los golpes mas certeros para mejor vencer á toda la hueste, así empezaron á tirarle los mitigados. Las primeras escaramuzas fueron en Medina, muy á los principios, cuando quiso ser cartujo: en Avila no fueron siempre bien estas cosas, que tambien le tocó ser apaleado y sufrió no pocos ultrajes; pero esto fué nada en comparacion de las persecuciones que organizaron formalmente contra San Juan de la Cruz los religiosos mitigados reunidos en el Capítulo que se celebró en Plasencia. *Inimici hominis domestici ejus.*

Cualquiera que sea la repugnancia con que habremos de manifestar el espíritu de desunion y de discordia que reinó por entonces entre los miembros de una misma familia, no os escandalice el que trabajando yo siempre que se ofrece en favor de los institutos monásticos cuya reparacion es menester acelerar en cuanto sea posible, vaya ahora á poner de manifiesto males

que son inherentes á todas las instituciones humanas por buenas y santas que ellas sean. Porque en primer lugar, los efectos de la herejía protestante se hacian sentir en todas partes, y aquí se pusieron del lado de los que querian mucha libertad y favorecian sus intentos de no tolerar yugos tan pesados; y en segundo, la organizacion política y administrativa del reino, ó sea el Gobierno, no habia llegado á asentarse tan perfectamente, de modo que no fueran posibles por parte de una corporacion cualquiera las persecuciones decretadas contra un individuo, que era ademas un religioso ejemplar, un santo, en la opinion mas recibida. De muchos modos se sirvió en España por aquel tiempo á la causa de la herejía. Hoy mismo estamos viendo que no se unen contra el mónstruo de la revolucion todos los que están interesados en atajar sus excesos; y si despues de tan costosas experiencias no hemos todavia abierto los ojos y sofocado intestinas discordias para unir nuestras fuerzas y resistir al comun enemigo ¿cómo podremos extrañar que en aquel tiempo estuvieran los religiosos desunidos, sin experiencia de los males que amenazaban, y abundando en tal manera los elementos de discordia?

Subió de punto la irritacion de los ánimos á medida que la reforma avanzaba y se extendia. Cuatro casas tenia en Castilla, tres en Andalucía, y se anunciaban nuevas fundaciones. La reputacion de los nuevos carmelitas se aumentaba y la de los antiguos se disminuia. Muchos religiosos de la observancia, personas de mérito distinguido, abrazaban la reforma. Cundió la alarma, faltó el consejo, ya no se pensó sino en adoptar medidas rigorosas, desatentadas, violentas; y no retrocedieron en el camino de la crueldad los que despues habian de llorar arrepentidos los excesos y aun crímenes de que fueron autores.

Se valieron de la persuasion para rendir la firmeza de San Juan de la Cruz: el P. fray Fernando Maldonado, Prior de Toledo, trató de ganarle con dulzura; quiso traerle á la regla mitigada con promesas, pero sin adelantar nada. Entonces se determinó sorprenderle en la pobre casita donde vivia en Avila; forzaron la puerta, le quitaron su hábito, y poniéndole el de la observancia se lo llevaron de noche (1) por malos

(1) El 4 de diciembre de 1577.

caminos y con peores tratamientos, y dieron con él en Toledo donde con el mayor sigilo le encerraron en la cárcel del convento. *Inimici hominis domestici ejus.*

Ser despreciado y perseguido no lo temia el santo; estar á pan y agua era rigorosísimo ayuno, pero en los hospitales de Toledo, Medina y Salamanca aprendió á tratarse con rigor. Como castigo merecido así sufrió el inhumano tratamiento de sus carceleros. Una vez le derribó á golpes el superior en aquella cárcel, pero el santo habia aprendido á obedecer. Podia sentir que le hubieran puesto un hábito de los mitigados siendo así que él hubiera sufrido la muerte por no quebrantar sus votos, pero en cambio la cama que le prepararon era cama de muy reformado, y tál que hubiera parecido muy á propósito para las penitencias que se usaban en Duruelo. Le sacaban de la cárcel para darle una disciplina, y duró nueve meses este inhumano tratamiento. No le permitieron celebrar el santo Sacrificio, y él se ofrecia á Dios incesantemente. No podia tenerse de pié por haberse quedado tan demacrado y consumido, y entonces fué cuando su alma herida por la espada de la tribu-

lacion preludió con inmortales acentos un cántico admirable, en que se refieren las cuitas y desfallecimientos de la Esposa de los cantares y las abrasadoras llamas de que estaba inflamado su celestial Esposo. Se vió rodeado de una misteriosa luz que infundió espanto en sus enemigos; tuvo amorosos coloquios con Jesús crucificado; le confortó la Santísima Virgen; y esperando la muerte derribado en el suelo, el cielo con claros avisos le anunció su libertad y el triunfo de su justa causa. Entonces el Santo exclamó como David: *Secundum multitudinem dolorum meorum in corde meo consolationes tuæ lætificaverunt animam meam* (1). «Segun la multitud de los dolores que han afligido mi corazón, así Dios y Señor mio son las consolaciones que tú me envias para regocijar mi alma y fortalecerla.»

Puesto en libertad milagrosamente por aquel que salvó á Eliseo atravesando el Jordan, y á Daniel en el lago de los leones, y á San Pablo de la cárcel de Damasco y de un modo muy semejante al de que se valió el Apostol de las Gentes, apareció como un espectro entre sus hijas

(1) Ps. xciii. v. 18.

las carmelitas, siendo esta dichosa aparicion para Santa Teresa y para todo el mundo motivo de gozo universal. Duró bien poco, porque arreció la tempestad en tales términos que Santa Teresa lloró amargamente los estragos que amenazaban. Fué necesario hacer un esfuerzo para que la reforma quedase autorizada con separacion de los mitigados, y San Juan de la Cruz pasó lo mas récio de la tormenta en el convento de Almodovar. De allí pasó á gobernar el del Monte Calvario, recreándose su alma en las austeridades, que tuvo que moderar, de tan mortificados religiosos; desahogando su pecho en la oracion; reponiéndose con la tranquilidad del campo de los trabajos pasados; meditando á orillas del Guadalquivir; avivando su admirable confianza en la Providencia, y exalando aquel amor divino que era su vida entera, en cartas, glosas y canciones que arrojaba al mundo desde el corazon del desierto, y dirigia á Dios desde una pobre celdilla al pié de verdes montañas. Despues de estas cartas se fué á consolar á las religiosas de Veas, donde recitando sus hijas un cántico fué arrebatado en el aire por un transporte tan violento del amor divino, que fué preciso interrumpir-

pirle: los trabajos le sacaban fuera de sí. Más que á la pobreza sus amantes, más que á la caridad los héroes que venera el mundo, mas que á la castidad las santas vírgenes y mucho más que á las riquezas y placeres los mundanos, amaba los trabajos San Juan de la Cruz. Un cántico, una sola estancia que se los recordara, sonaba á sus oídos como una suave melodía que transportaba su alma á mundos desconocidos. En estos raptos sublimes del espíritu, el cuerpo, aunque mas pesado, le seguía.

Vuelto á su Tebaida, que tál parecia el convento de Monte Calvario, y aun el de la Peñuela, escribió á las religiosas de Veas diciendo que ya no le verian mas.

¿Eran estas palabras una profecía de su muerte? No: porque estaban á punto de mejorar de semblante los negocios de la reforma, y á pesar de las amarguras que á la sazón estaba pasando el Santo, todavía le esperaban dias tan dichosos, como los que pasó en Alcalá en el Capítulo provincial celebrado con motivo del fausto suceso de la aprobacion de la Reforma por el Papa Gregorio XIII en 1580. Todavía el ruido de las conclusiones y certámenes teológicos aumentaria su

regocijo y daria á la descalcez un público testimonio de su victoria. Todavía presenciaria el Santo una novedad increíble en medio de tan enconada guerra; la de presidir á mitigados y descalzos un religioso mitigado de tanta discrecion y prudencia como el P. Angel de Salazar. Todavía el Santo dirigiria en persona no pocas fundaciones, asistiria á otros Capítulos provinciales como el de Almodovar, y seria Vicario de Andalucía, y continuaria sus escritos, y daria remate á muchos proyectos que para dejar bien asentada la obra de la reforma eran necesarios. Pero San Juan de la Cruz, cuando escribió esto que hemos dicho á la Madre Ana de Jesús, ignoraba cómo iban los negocios de la reforma, ó mas bien sabia ciertamente lo que pasaba: es decir, que el infierno parecia haberse desencadenado contra la reforma, y que se habian convertido los ojos de Santa Teresa de Jesús en dos fuentes de lágrimas en vista de la tremenda batalla que se habia empeñado contra ella, contra él, y contra los santos religiosos que hacian mas viso entre los Carmelitas. Sin embargo, desde el desierto y en medio de la guerra, se despidió de las de Veas San Juan de la Cruz, y explicó la

que parecia fúnebre misiva, diciendo que pronto iria á fundar un convento en Baeza.

Cuando esto decia el Santo, no solo no consentian los mitigados en nuevas fundaciones, sino que determinaron arruinar las que se habian hecho. Fué muy resistida la fundacion de Granada: el Nuncio de Su Santidad no prestaba á la reforma el menor apoyo: desabrido se mostró con el conde de Tendilla que le favorecia con el mayor ahinco, y para que nada faltase al aventurado pronóstico de San Juan de la Cruz que por descabellado le tuvieron asi en Andalucía como en Castilla, ni siquiera habia en Baeza persona que quisiera favorecer el intento de una fundacion.

Mas hé aquí que Felipe II dice al Nuncio: «Los calzados se oponen á la reforma. Parece que vos no protegeis la virtud: yo os ruego que la protejais.» A estas palabras cayó por el suelo el último baluarte de los mitigados: al P. Angel de Salazar se dió la jurisdiccion sobre los Carmelitas, y su primer acto fué encomendar á San Juan de la Cruz la fundacion del convento de Baeza, pues ya habia personas piadosas que instaran para ello, mucho fervor en la ciudad, y mucho entusiasmo en Ibros y otros lugares de la redonda.

¿Cesaron por esto los trabajos de San Juan de la Cruz? Nó mis queridos hermanos. Viósele en Baeza, en la Peñuela, en Granada, en Almodovar, en Segovia, en Córdoba, en Sevilla, en Madrid, en Caravaca, en Valladolid, en todas partes envuelto en árduos negocios, sufriendo las mayores penalidades; haciendo frente á una epidemia en Baeza y sin recursos ni permitir que los religiosos pidieran limosna; levantando créditos contra sus hábitos remendados para aliviar la suerte de los pobres en la sequía y esterilidad que afligió á España en el año 1583: en continua oracion, con las manos levantadas al cielo, y traspasadas sus carnes con agudos cilicios. Viósele en fin cercado de enemigos, sin que los desarmara su paciencia, sin que los confundiera su humildad, ni los ilustrara su sabiduria. Entre las penitencias que él se imponia y lo mucho que le atormentaban sus hermanos, fué un mártir; nó de la fé como los que sacrificó en otro tiempo el furor de los emperadores romanos, pero sí de la penitencia. Cuando mas le afligian sus perseguidores, mas redoblaba sus austeridades: ya parecieron escesivas en la celebracion de los Capítulos de Almodovar y Pastra-

na, y sin embargo añadió no poco á sus rigores. Las faltas mas leves, las imperfecciones mas ligeras de que los mas penitentes no se vieron libres, le hacian gemir como á San Pablo. Se horrorizaba hasta de la sombra del mal, y no dejaba de hacer nuevos esfuerzos para conseguir la mayor perfeccion en su estado. Al cilicio añadió una cadena de hierro; á la cadena puso puntas, y cada punta le formó una úlcera. De esta manera viajaba á pié ó en la mas vil cabalgadura, con la misma cadena de hierro que no se quitó en siete años, guardando silencio, leyendo y meditando sobre algun pasaje de la Escritura, caminando como su Patriarca Elias en la presencia de Dios, y tan absorto en la contemplacion del Ser Supremo, que no veia los arroyos ni los malos pasos. En los caminos dormia sobre sarmientos ó sobre unas piedras: fatigado sentábase junto á una fuente, y comia un poco de pan y unas raices como los antiguos Padres del desierto. San Juan de la Cruz sobrepujó en su persona los rigores de la Tebaida: parecia no estar en este mundo como lo prueban los celestiales escritos que dieron el ser á las muchas almas contemplativas que se formaron por ellos,

sedientas de trabajos, y levantadas por el *doctor extático* á las sublimes alturas de una vida muy espiritual (1).

(1) Escribió San Juan de la Cruz el *Cántico espiritual entre el alma y Cristo su esposo* á petición de la Madre Ana de Jesús Lóbera. Los escritos restantes son: *Subida del Monte Carmelo—Instrucciones y cautelas—Avisos y sentencias espirituales—Canciones del alma—Llama de amor viva—Coplas hechas sobre un éxtasis de harta contemplacion—Otras Del alma que padece por ver á Dios—Cantar del alma que se goza de conocer á Dios por fé—Varios Romances sobre los misterios, diversas glosas y declaraciones, y su epistolario.*

Muchos yerros se han cometido en todas las ediciones de los escritos de San Juan de la Cruz, desde la primera en 1618, hasta la de la *Biblioteca de Autores españoles* que se publica en nuestros dias: contiene menos errores, pero todavia muchos. Lo peor fué que al frente del tomo XXVII destinado á las obras de San Juan de la Cruz y de otros escritores místicos, apareció un prólogo con mucho racionalismo y panteismo como para incensar al Santo; mas esté seguro el prologuista que no le habrá agradecido el obsequio. Se pensó rehacer el tomo purgándole de yerros y escribiendo un prólogo distinto: de lo primero fui yo encargado por estar en Jaen el manuscrito original del Santo, y de lo segundo el señor D. Juan Cueto y Herrera canónigo del Sacro-Monte en Granada. Despaché mis trabajos de correccion en 1857, pero el sábio académico de la *Historia* murió al comenzar el suyo. No se ha publicado aún esta nueva edicion corregida, ni es de esperar, porque el Santo pidió al Señor ser despreciado en todas las cosas.

Si al estenderse y florecer la religion del Carmelo restituida á su primitiva pureza se acabara la vida de San Juan de la Cruz en un éxtasis, ó soltando la pluma con que escribió la *llama de amor viva*, quedáran por descubrir aún ricos tesoros de paciencia cristiana. Parécenos estar ya tocando el dichoso término de los trabajos de San Juan de la Cruz: el alma se vuela á los cielos en éxtasis cuotidianos; es en él habitual la abstraccion de los sentidos; no conserva ningun apego á las cosas del mundo; su débil existencia está pendiente de un hilo, y se asemeja á una sombra que vagara al caer de la tarde á lo lejos de un claustro, entre altares y sepulcros. Sin embargo, hermanos míos, el cielo tenia reservadas pruebas mas rigorosas á San Juan de la Cruz: su virtud podia ser mas clarificada: mas terribles podian ser sus persecuciones. *Inimici hominis domestici ejus.*

Vino la destemplanza por una cuestion de reglamentos en malhora traída por el Superior de la reforma, el P. Nicolás Doria. Reducíase á establecer una especie de Consejo ó Definitorio para decidir los asuntos de la órden, y á introducir mayor rigor en la vida monástica. Este

mayor rigor no lo queria de ninguna manera San Juan de la Cruz; porque no obstante la aspereza de su trato, era afable para los demás, y ya se sabe lo que hizo con los religiosos de Monte Calvario. Muchos no miraban bien los planes del P. Doria; parecieron muy duros, y al fin hubo que modificarlos segun las ideas de nuestro Santo, que eran mas prudentes. Mas por no promover escisiones, el Santo humilló su cabeza. Declárase al punto una furiosa tempestad contra la reforma; todos ó los mas se salvaron de ella, pero el rayo que arrojó la tormenta vino á caer sobre San Juan de la Cruz. Estando en Segovia y padeciendo las amarguras que tan peligrosas innovaciones acarrearón, díjole el Señor: «Juan, ¿qué recompensa pides por tus trabajos?» «Señor, respondió el Santo, yo solo quiero padecer y ser despreciado por tí (1).»

Su súplica fué atendida. En los incidentes de la cuestion promovida se creyó ver la mano de San Juan de la Cruz para endulzar la amargura de aquellos reglamentos y disposiciones que se tomaron sin el mejor consejo, y á todo bullo le

(1) Joannes, quid petis pro laboribus? Domine, pati et contemni pro te.

tiraron sus enemigos con sañudo encarnizamiento. Fué exonerado de todos sus empleos; se le redujo á la condicion de particular que él habia deseado; quisieron enviarle á las Indias y fué á esperar órdenes al desierto de la Peñuela. El llanto de tantos religiosos que le amaban como á la piedra fundamental de la reforma, fué su único consuelo. Mas á poco de llegar á la Peñuela fué atacado de una fiebre violenta, se le inflamó la pierna derecha, y ya no hubo viaje á las Indias. Para poderle asistir con medicinas convenia trasladarle á Ubeda ó Baeza; el Santo prefirió ir á Ubeda por estar de Prior en el convento un mitigado, enemigo suyo.

Diremos ahora de qué linage eran los enemigos de San. Juan de la Cruz. Estos eran unos hombres ciegos y soberbios que osaron esparcir calumnias sobre la vida y costumbres de San Juan de la Cruz; los que encargados de informar contra el P. Gracian sobre los sucesos á que dieron lugar las novedades ensayadas por el P. Doria, metieron en el mismo proceso á San Juan de la Cruz por quien nadie preguntaba: los que por criminal le tuvieron y separaron de su trato á sus hijos de obediencia: los que esparcieron vo-

ces de que se le iba á despojar de su santo hábito; finalmente, los que se atrevieron á quemar el retrato del santo, hecho en Granada en la ocasión de un éxtasis. Tales eran sus enemigos, y uno de ellos el Prior del convento de Ubeda, á quien vino á someterse para morir despreciado como deseaba.

El enfermo, ulcerado como otro Lázaro, se moría entre los desabrimientos y reconvenciones del Prior, y las cruentas operaciones de los cirujanos. Los auxilios que la caridad y la admiración de los estraños reunían para aliviar las dolencias del santo, eran mal recibidos por el Prior. San Juan de la Cruz no se quejaba; padecía como Job; las cinco llagas de la pierna tomaron la forma de una cruz, y el santo abrazado á un crucifijo esclamaba: *Hæc requies mea in sæculum sæculi*. A vista de tan admirable paciencia, el Prior conoce su yerro: hincase de rodillas, llorando y pidiendo perdón por sus excesos. Dios le permitió que abriera los ojos y que viera la muerte de un santo, sacando de ella mucho provecho.

Después de tres meses de dolorosos padecimientos, la gravedad del mal anunció la proxi-

midad de la muerte. En vano fué que los habitantes de Ubeda hicieran sonar algunos instrumentos delicados para entretenerle y disminuir un poco sus molestias: el santo no oyó la música de la tierra, porque otras armonías le tenían absorto. Al anuncio de la muerte, exclamó: *Lætatus sum in his quæ dicta sunt mihi: in domum Domini ibimus* (1). Despues cayó en una especie de desolacion por males interiores tan vivos, que se vió obligado á decir al Provincial: «perdonadme, Padre mio, si no os hablo: no puedo hablar: estoy acabado de dolor.» Luego pidió el Santo Viático, se reconoció indigno de las gracias que el Señor le habia dispensado, pidió perdon á todos los religiosos y principalmente al Prior, y le suplicó que por caridad le diera un hábito para su mortaja. A las ocho de la noche del 14 de diciembre de 1591 recibió la Extrema-Uncion. *Incolatus meus prolongatus est*: dijo el Santo, conociendo que la muerte se retardaba algunas horas. Resistiose á dar la bendicion á los religiosos; pero por obedecer al Provincial sacó su mano descarnada y los bendijo. Besaba el Crucifijo

(1) Ps. cxxi.

con la violencia del amor divino; y oyendo á media noche la campana del monasterio que tocaba á Maitines, «Adios hermanos míos, dijo el Santo: yo voy á cantarlos al cielo» Bajó la cabeza, besó los pies del Crucifijo, y espiró diciendo estas palabras: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum.*

Si meditáramos en esta vida y muerte de San Juan de la Cruz, si tuviéramos, hermanos míos, delante de los ojos este tan hermoso ejemplar de perfeccion cristiana, este espejo de la paciencia, este tan acabado dechado de humildad, algunos progresos haríamos en la virtud, no obstante nuestra miseria. Yo bien sé que hablar de reformas y austeridades haciendo recomendaciones de una vida espiritual y abstraída, parece inoportuno y débil cuando hemos corrido tanto en el camino del mal, que ya estamos frente á frente con los enemigos de todo lo bueno, que quisieran acabar con toda la Religion; pero nunca falta en un auditorio cristiano quien entienda un sermon como este, y se regocije. Por ahí afuera es un horror lo que se dice: el nécio ha quitado á su lengua todo freno, y la licencia del pensamiento está dando frutos que son la ignominia

de una razon que se proclama soberana: pero aquí dentro, en los templos, entre las personas religiosas y sensatas, esta predicacion consuela y dá la vida. ¡Pobres de nosotros si no procuráramos imitar estos ejemplos para vivir y morir cristianamente! Porque habeis de saber, hermanos míos, que aunque han variado mucho los tiempos, aunque á los cambios, opiniones, disputas, agitaciones y deseos de un siglo suceden los de otro siglo tan bueno ó tan malo como el pasado, siempre hay un Dios como lo habia en el principio; siempre está vigente; la vida del hombre está cercada de miserias ahora como antes; el reinado de la muerte no concluye; la joya de mas precio es, ha sido y será siempre la virtud, como siempre ha sido preciosa á los ojos del Señor la muerte de sus santos y siempre desgraciada la muerte de los réprobos. La cuestion es en el fondo la misma: reformarse ó no reformarse; de esto se trata. Nosotros tenemos necesidad de proclamar una reforma; cada cual debe procurarla con su ejemplo. La *mitigacion* de ahora consiste en cercenar á los deberes religiosos todo lo posible; se llama cristiano el que ignora la doctrina, el que no frecuenta los Sa-

cramentos, el que desobedece á la Iglesia. ¿Quién podrá desengañar á tantos infelices metidos en errores que corren hoy por el mundo mas libremente que la verdad?

Cúmplase ahora lo que dice el Evangelio: que «los enemigos del hombre son sus domésticos:» *Inimici hominis domestici ejus*. Aquellos que estuvieron penetrados de lo que era entonces el mal espíritu del siglo, ofendieron á San Juan de la Cruz: asi nosotros estamos censurados y combatidos por los que enseñan el error en el tiempo presente. Y los que entibian nuestros deseos de reformas, y estorban nuestros planes, y meten en nuestro corazon la corrupcion que aborrecemos y la flojedad que nos impacienta, son realmente nuestros domésticos, nuestros amigos, nuestros enemigos, nuestros contemporáneos.

¿Cuánto no tenemos que sufrir tambien por emulaciones y rivalidades que nos pierden? ¿Cuánta pobreza de espíritu! ¿Qué distracciones y qué disipacion tan completa! ¿cómo se abajan en estos tiempos las inteligencias, los caracteres, las voluntades! Entender las sentencias espirituales de San Juan de la Cruz cuesta ya mu-

cho trabajo: para la generalidad son incomprensibles: y al paso que vamos, la Religion, que se comprendia, se sentia, se enseñaba y se practicaba por el mayor número, vendrá á ser un enigma para los pueblos embrutecidos por la moderna cultura. Hoy mismo, abundan ya las personas que se tienen por ilustradas, y sin embargo carecen de algunas nociones de moral, como lo indican sus conversaciones, y sobre todo, sus procederres.

Pero al mismo tiempo que San Juan de la Cruz padecia por sus enemigos, ¡cómo contribuyeron á clarificar su virtud y aumentar el amor que tuvo á los trabajos! *Salutem ex inimicis nostris*. Debemos abstraernos, sufrir con paciencia, trabajar con ardor y hacer todo el bien posible: negarse al pecado, negarse al error, huir toda complicidad que grave la conciencia, esto es lo derecho. Algo es menester sufrir para salvarse; nuestros enemigos nos ofrecen la ocasion de santificarnos sufriendolos con paciencia, y aquí entiendo por enemigos no solo los dichos, sino los sentidos, la concupiscencia, los apetitos, en una palabra, el mundo, el demonio y la carne.

Además de nuestra santificacion, podriamos

conseguir la de nuestros hermanos y domésticos, la de nuestros enemigos. Mucho le hicieron padecer á San Juan de la Cruz, pero le santificaron y purificaron cada vez mas, como el oro en el crisol: y á fuerza de paciencia, él consiguió que sus perseguidores se ablandaran, y reconocieran sus excesos, y los lloraran amargamente. Si somos buenos, lo serán muchos; si confesamos nuestra fé, la confesarán otros; si trabajamos por la Religion, no faltará quien trabaje; si predicamos, si enseñamos, no faltará quien predique, enseñe y aprenda. Todo el toque consiste en trabajar cuanto se pueda, con recta intencion, mirando á la mayor honra y gloria de Dios, y esperar confiados en su poderoso auxilio. Anímenos á trabajar con celo, hermanos míos, el saber que hay corazones enteramente cerrados á la Religion que aborrecen.

¿Qué mejor ejemplo para trabajar que la vida de San Juan de la Cruz? ¿Qué mejor enseñanza que la suya? Confesores, vírgenes, mártires, predicadores, penitentes, ascetas, expositores, amantes de las letras, para todos tiene enseñanza la vida de San Juan de la Cruz. Si hoy no le vemos en carne mortal, vive en la memoria de los

hombres; vive en sus fundaciones, aquí como en el Carmelo. Si ya no sale de su sepulcro la luz que salía hace tres siglos, la *llama de amor vivo* no se ha apagado: brillan en sus escritos la *regalada llama* y las *lámparas de fuego que alumbran las profundas cavernas del sentido*. Con sus *Conceptos espirituales* puede nutrirse nuestro espíritu; con su santa elevacion pueden elevarse á Dios nuestras almas: la dulce fragancia de sus *huertos y campiñas*, las *emisiones de bálsamo divino* pueden embellecer la morada del hombre; y por la senda que él recorrió, ya en *soledad oscura*, ya entre *sirenas*, acosado por sus enemigos ó dando en *cuevas de leones*, podremos tambien nosotros despues de una vida menos trabajosa y mortificada que la suya, alcanzar una vida inmortal por la infinita misericordia de Dios y los méritos de Nuestro Señor Jesucristo. Amen.

SERMON

para el día

DE SAN JOSÉ CALASANZ.



In laboribus comedes ex ea.

Gen. cap. III. v. 17.

En trabajos comerás del fruto
de la sabiduría.

SEÑORES:

En la historia de los pueblos hace época la creacion de los establecimientos literarios, destinados al remedio de males gravísimos, la ignorancia, la impiedad y corrupcion de costumbres. Los bienes que concede la Providencia suelen ser en los pueblos agradecidos la promesa y preparacion de otros bienes mas preciosos: la riqueza sirve para pedir el beneficio de la enseñanza, así como las buenas costumbres y los hábitos religiosos

sirven de estímulo para procurar por todos los medios la educacion cristiana de la juventud. Un beneficio se dá la mano con otro, y bien merecen toda suerte de prosperidades los que haciendo tan buen uso de las riquezas, se esfuerzan por dejar asegurado á las futuras generaciones este plantel utilísimo del que saldrán con el tiempo discípulos aventajados, que por su piedad é ilustracion sirvan á los demás de ejemplo. Jamás se acude en vano á la Iglesia en tales ocasiones. Aunque los tiempos sean calamitosos, siempre tiene algun instituto de los muchos á que dió vida la caridad de Dios y de los hombres, capaz de responder á las necesidades que demandan pronto remedio. De la Iglesia, que ha civilizado al mundo, salieron las *Escuelas pias*; y este es el primer año (1) en que Ubeda celebra la instalacion de este colegio, y la gloria de San José Calasanz que ha venido al cabo de

(1) El 27 de agosto de 1862. Asistieron á la funcion el Ilre. Ayuntamiento Constitucional, las autoridades civiles, eclesiásticas y militares, y un concurso tan numeroso que llenaba el vastísimo templo de la Santísima Trinidad, antes convento de PP. Trinitarios, donde se halla establecido el colegio.

tres siglos á tomar posesion de esta casa, edificada hace seiscientos años.

Al hacer el panegírico de San José Calasanz, hablaré asi á los cristianos maestros que tan insigne español adoctrinó en sus escuelas, como á la tierna juventud que aquí recibe las primeras lecciones de la Religion y de la humana sabiduría. Yo no pertenezco á tan ilustre institucion; pero no puedo parecer á vuestros ojos una persona estraña que viene á hablar á gentes desconocidas.

¿Ensalzaremos nosotros á los héroes cristianos sin elevarnos primero á contemplar la sublimidad de la Religion, que dando la traza de tan benéficas instituciones, forma en su seno los santos y los héroes que han de establecerlas de nuevo ó reformar las establecidas? No Señores. La Religion, cuyo fin es rendir al Dios verdadero el culto y adoracion que le es debido, se ocupa principalmente de remediar las miserias y debilidades del hombre: por tan excelentes medios consigue hacerlos agradecidos á la bondad y misericordia del Señor, que se conduele y apiada de todos sus infortunios. La Religion es buena; la Religion es muy consoladora; es santa, es

divina: dícenlo á las claras las instituciones con que ha dotado á los pueblos cristianos para socorrer muchas miserias.

Una de las miserias de que todos participamos es la ignorancia ¿á quién sino á la Religion respondería combatirla? ¿Quién, primero que la Religion, fué llamado para ilustrar al hombre y civilizar el mundo? ¿Qué preceptores se le anticiparon en tan útil ministerio, ni quién logró reunir tanta autoridad, tanto prestigio, tanta sabiduría para adoctrinar á los pueblos? Nádie. La enseñanza es, pues, la primera de las funciones religiosas, y los frutos de la enseñanza son el primer triunfo conseguido por la Religion.

Pero estos frutos no son espontáneos; prodúcelos la Religion en las almas á fuerza de trabajo. El que ha de enseñar necesita una especial vocacion; y la Religion, que es la que forma los mejores maestros, no habria conseguido civilizar el mundo sino hubiera sido llamada para tan árdua empresa; así como el apostolado de Jesús no hubiera llevado la Religion á las extremidades de la tierra, sino desempeñando la alta mision de enseñar á todas las naciones. Destinados ó condenados al trabajo por el mismo Dios que

nos impuso esta ley, y nos sometió á tan dura necesidad, no podemos obtener los frutos de la sabiduría sino bajo la misma condicion del trabajo, á que están prometidos los frutos de la tierra. «Ganarás el pan con el sudor de tu rostro» dice el Génesis: á fuerza de trabajo gustarás el precioso fruto de la sabiduría. *In laboribus comedes ex ea*. El trabajo es una ley divina á que está sujeta la humanidad como lo está la naturaleza, y todo progreso depende de la fiel observancia de esta ley. Los siglos llamados *laboriosos* son como los héroes inmortales de la paciencia: los santos y los sábios les dan este carácter, los revisten de esta virtud; y la Iglesia, influyendo sobre los siglos como sobre los hombres, les comunica su génio, su inspiracion ó su sabiduría. La Iglesia tiene la virtud de formar hombres á propósito para las necesidades de cada época. Calasanz fué uno de ellos; y si vosotros quereis secundar la mision de ilustrar al pueblo segun es vuestro deber, trabajad y adquirid la sabiduria para que podais suministrar á vuestros hermanos tan celestial alimento.

Yo no puedo desperdiciar la ocasion que se me ofrece de rectificar las falsas ideas que cun-

den en nuestros dias respecto del trabajo: males de gravísima trascendencia está ya produciendo tan funesta predicacion. De la vida de San José Calasanz sacaremos ejemplos para enseñanza de maestros y discípulos, y combatiremos las doctrinas disolventes que acerca del trabajo se predicán á la multitud.

Asi el Señor me ayude con los auxilios de la divina gracia, por intercesion de la Santísima Virgen. *Ave María.*

El magisterio de San José Calasanz viene de aquel magisterio de Cristo que se complació en que le llamaran el *Maestro*. *¿Magister es tu?* le preguntaron en cierta ocasión los judíos: «¿eres tú el maestro?» Y el Señor respondió: «ciertamente lo soy: *sum etenim*. Jesucristo desempeñó sobre la tierra el divino magisterio: tuvo cátedra abierta por tres años. Unas veces le sirvió de tribuna una montaña; otras veces enseñaba á orillas del mar ó en el átrio de un templo: sus apóstoles fueron sus discípulos, y todos nosotros aspiramos á merecer ese título, que es un título de honor. Cuando envió sus apóstoles por toda

la tierra, la primera potestad que les dió fué la de enseñar á todas las naciones. No necesitaron recibir la investidura de doctores ó licenciados, ó quedaron investidos con este augusto carácter en virtud de estas palabras: «enseñad á todas las naciones:» *docete omnes gentes*. El que podia en otro tiempo hacer de las piedras hijos de Abraham pudo hacer de unos pobres pescadores los maestros del universo, y organizar en la Iglesia el ministerio de la enseñanza. Nosotros le vemos como le vió el Evangelista San Juan, «lleno de gracia y de verdad;» *plenum gratiæ et veritatis*; y esa gracia la estiende por el mundo, y esa verdad es el alimento de las almas.

Hay, señores, una verdad que nadie contradice; á saber, que toda civilizacion ha sido iniciada, sostenida y estendida por un sacerdocio. Ni que esta civilizacion sea verdadera, ni que sea falsa; ya enseñe verdades ó se convierta en propagadora de groseras fábulas, con el sacerdocio empieza. Por esta razon, el sacerdocio ha sido y será siempre el primer elemento civilizador. De los diversos órdenes de que la sociedad se compone, el primero es el orden religioso: del orden religioso se han derivado el civil y el

político; y estos tres juntos abrazan la vida de la sociedad.

Pero juzgad, hermanos míos, cuánto se aventaja la Religión de Jesucristo lleno de gracia y de verdad á las falsas religiones plagadas de fábulas, y cuán superior es la civilización cristiana á todas las civilizaciones conocidas. Solo el cristianismo ha tenido por base la caridad: solo la caridad podía ser el remedio de todos los males que la humanidad sufre. Cristo vino en ayuda de todos los menesterosos; y desde que vino á la tierra atraído por nuestras mismas miserias, la Religión aparece á los mortales como el consuelo de todos los dolores, el cielo de todas las esperanzas, la vida mas santa y mas pura de las almas purificadas por la oracion y la penitencia, la mas espléndida recompensa de las virtudes, y el galardón de todos los trabajos.

Los menesterosos son de muchas clases: unos necesitan pan, otros medicinas corporales, otros consuelos, otros doctrina: y como la Religión es el remedio universal de todos los males, Jesucristo, que alzó bandera para reunir en torno suyo á todos los desgraciados, dijo á los apóstoles: «id, enseñad á todas las naciones.» Vos-

otros, dejados á vuestros propios auxilios, no podeis ilustrar al mundo y derramar sobre la haz de la tierra el tesoro de verdades de que el mundo ha menester; pero id; «yo derramaré sobre vosotros la luz de la sabiduría:» *effundam super vos lucem scientiæ.*

¿Necesitaré decir, mis queridos hermanos, cómo se realizó este prodigio por los apóstoles del crucificado? No ciertamente. El sacerdocio cristiano derribó los ídolos, acabó con los imperios que sostenian por la fuerza unas religiones groseras ó absurdas; dió á conocer el verdadero Dios, y consiguió que fuera adorado en todas las naciones. Se estendió la Iglesia, y la Iglesia fué en todós sentidos la salud y la vida del género humano. La luz del Evangelio penetró en todas partes, y el mundo fué renovado. El sacerdocio continúa y continuará siempre la mision de los Apóstoles: la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, ejerce este magisterio revestida de la mayor autoridad de que ningun magisterio ha sido revestido, á saber, de la infalibilidad: de este modo la verdad está siempre garantida por la Iglesia, que es su *columna y firmamento.*

En la civilizacion de los primeros pueblos, en

las guerras asoladoras de los gentiles, en las persecuciones que padeció la Iglesia, en las invasiones de los bárbaros, en las cruzadas contra los infieles, en las misiones apostólicas á lejanas tierras, el sacerdocio sostuvo infatigable la grande obra de la civilizacion sin desmayar ante las mayores dificultades. Aunque el sacerdote quedara cautivo en manos de sus enemigos, no dejaba de trabajar: vivia santamente, ejercia obras de caridad, y acababa por dar una regla de fé y otra regla de costumbres á los bárbaros, que admirados de su conducta les preguntaban qué debian creer y cómo debian vivir. Con heroica constancia consiguió el sacerdote que el infiel aprendiera de memoria el símbolo de la fé; brillaron las virtudes en los pueblos mas corrompidos; los himnos sagrados sucedieron á los cantos de la guerra; y los bárbaros, atraidos á la Religion por el sacerdocio que la inspiró en sus almas, fueron bautizados en las mismas fuentes que habian sido para sus padres objeto de un culto supersticioso. Las hordas destruyeron á su paso los monumentos literarios y las admirables riquezas de la civilizacion romana: pero el sacerdocio rehizo las que pudo, y salvó de la des-

truccion lo que sin él habria perecido. Dos ó tres veces comenzaron con la barbarie los siglos de ignorancia, pero la Iglesia rasgó las tinieblas. El purísimo raudal de la doctrina católica, no inficionado como sucede en las sectas por la mezcla de otras doctrinas, fertiliza la tierra. La luz que despide el santuario es una luz indeficiente: y cuando en las tempestades del siglo, la ignorancia, la corrupcion y el vandalismo han estendido sus sombras sobre los pueblos incultos ó sobre las naciones degradadas, siempre ha salido del templo la antorcha que ha iluminado al mundo. La Religion ha conservado en sus altares el fuego sagrado, y de sus altares ha partido la centella que ha iluminado los siglos de oro. Ni que la luz brille sobre el candelero, ni que arda debajo del medio celemin, siempre es la luz de Jesucristo, que ha dicho: «yo soy la luz que alumbra á todo hombre que viene á este mundo.»

Con estos antecedentes, se comprenderá sin esfuerzo que el destino de José Calasanz entró de un modo especial en las miras de la Providencia; pues cuando Lutero, Calvino y todos los herejes comenzaron en la mitad del siglo XVI á

combatir la Iglesia so pretesto de reformarla, á sembrar doctrinas anárquicas y pestilentes que debian producir la irreligion y la licencia, á envenenar las masas para sublevarlas contra el principio de autoridad y torcer el bien dirigido curso que llevaba la civilizacion paralizando la accion de la Europa y abriendo la era de las revoluciones, entonces fué cuando nació José Calasanz, en Peralta de la Sal, villa de Aragon, á 11 de setiembre de 1556. En este mismo siglo nació Santa Teresa de Jesús, la reformadora del Carmelo, formidable atleta contra la herejía protestante; por entonces nació San Ignacio de Loyola poderoso y constante defensor de la Sede Apostólica: conveniente era que apareciese un Calasanz abrasado en el amor divino para que tomase á su cargo la instruccion de la juventud, y evitara el contajio de las masas en que la herejía tenia puestos los ojos.

El que habia de enseñar á los niños la piedad, fué desde la niñez tiernamente piadoso; y el que habia de cimentarlos en los principios religiosos para que fueran esforzados en las batallas del Señor, vió cuando solo tenia cinco años que el demonio le llamaba al combate, y salió al

campo armado de cuchillo, resuelto á la batalla. Juntaba los niños para orar al Señor y cantar alabanzas á la Santísima Vírgen: estos eran sus juegos; con mas razon deben tenerse por ensayos en la grande obra á que Dios le destinaba. Ni interrumpió sus devociones porque fuese á estudiar humanidades en Estadilla, ni moderó sus ayunos y penitencias porque fuese á Lérida á estudiar en su universidad el derecho civil y canónico. Dios no le crió flaco ni enfermizo, ni de mezquina presencia, sino de robusta complexion y muy elevada talla; era un gigante para la pelea; y el alma, amante de la virtud y la sabiduría, se adiestraba en los combates, á ejemplo de los antiguos gladiadores, mas nó con iguales ejercicios. Si sobrevenian trabajos, soportábalos con alegría; breves horas concedia al sueño; tratábase con desprecio, como hacen los santos, sacando su humildad á salvo de las injurias toleradas con mansedumbre, y de las pérfidas sujestiones del amor propio.

Pero no solo peleaba el santo cuando era necesario pelear, sino que huia cuando era preciso huir. Supuesto que su prudente conducta habia de servir á los demás de ejemplo, le tocaba en-

señar en qué ocasiones la salvacion consiste en la fuga. Por salvar su castidad huyó de Valencia donde estudiaba Teología: en la universidad de Alcalá continuó sus estudios. De Calasanz podia decirse lo que de San Bernardo, que era mas peligroso para el mundo, que el mundo para él. Con él iban á la sazón todos los peligros por tener pocos años y una gallarda presencia: pero en la gracia de Dios, en su horror al pecado y en la pureza de sus costumbres, halló las defensas que habia menester contra los embates del siglo.

Vedle al instante honrado y estimado por los obispos de Aragon y Cataluña, elevado al sacerdocio y favorecido por Felipe II, monarca poderoso y sábio, que encerrado en la celda de un monasterio y sentado en su bufete, tenia fijos los ojos en las personas que valian, y á distancia columbraba su merito. No podia estar oculto el de Calasanz, porque siendo jóven todavia contribuyó á la reforma del órden de San Agustin, y acabó la del monasterio de Monserrate. Mas árdua empresa fué la reforma del clero y pueblo de Tremp, que le encomendó el obispo de Urgel. Necesitó de toda su energia para contrarrestar bárbaras

costumbres; pasó á los pueblos incultos de la ladera de los Pirineos donde la Religion estaba en olvido; amansó su ferocidad, y dejó establecido el uso frecuente de los Sacramentos. Dictó reglas prudentes, desafió muchos peligros, alivió muchas desgracias, inspiró al clero un nuevo espíritu, y fundó un *monte de piedad* para socorro de los pobres. Los montes de piedad fueron invencion de San Cayetano, el verdadero patriarca de Calasanz y de los varios institutos de clérigos regulares que aparecieron en la Iglesia de Dios en el siglo XVI. El primer monte pio ideado por San Cayetano para combatir la usura motivó la bula de un Papa, de San Pio V, con el fin de que la cristiandad adoptara un institucion tan benéfica.

Si esta noticia parece digresion, no deja de ser necesaria: porque la costumbre de injuriar á la Iglesia va haciendo olvidar que los *montes de piedad* fueron obra de los santos: y porque muchos han olvidado su verdadero origen, están dispuestos á creer que semejante institucion nació del espíritu socialista, ó que la administracion pública ha obrado este portento y otros mayores. No señores; si la invencion de los *montes de piedad* hoy tan encomiada es un milagro, no

hay que colgárselo á ningun economista ni socialista: el inventor fué el Patriarca de los *clérigos regulares*; el que los autorizó y estendió fué un Papa: todo fué obra de santos, institucion de la Iglesia: y San José Calasanz, que vivia de su espíritu, fundó en Tremp un *monte de piedad* para socorro de los pobres. Con tal solicitud atendió nuestro santo á remediar las necesidades espirituales y temporales de muchos pueblos que vejetaban en la ignorancia, situados en montañas de difícil acceso, sepultados en nieve mucha parte del año, y en el cieno de la corrupcion, de la barbarie y de los vicios el año por entero (1).

No se libró Calasanz de los aplausos y alabanzas que por su evangélica conducta merecia; y

(1) El P. Bonada, historiador de San José Calasanz, hace esta pintura del pueblo y clero á quien fué enviado: *Silvestres homines, ac truculenti, impetu magis quam ratione utentes, moribus erant perditis; imperiti rerum in quibus tota religio vertitur; feroci ingenio; acuti ad fraudem; in erroribus pervicaces; vix quicquam rati sibi esse nefas aut in facinore, aut in libidine. Hæc populi corruptela, sacerdotii multo foedior..... Calasancio, cui non animus ab initio, non fides ad extremum defuit, sananda hæc vulnera data sunt. Vita Divi Josephi Calasancii á Matre Dei, liber primus, cap. VIII.*

queriendo Felipe II aplacar una sedición en Barcelona, ningun otro pareció mas apropósito que Calasanz para sosegar el tumulto, conocida ya la destreza de su mano. Ni la índole inquieta y turbulenta de los catalanes, ni la aspereza de los resentimientos fueron obstáculo á la generosa y santa mision de nuestro héroe. En muy pocos dias los enemigos deponen las armas; los ánimos se aquietan; á los ódios y recriminaciones sucede una reconciliacion general, y los que estában dispuestos á derramar su sangre en la pelea, se abrazan como hermanos.

Por este tiempo se sintió el ilustre aragonés llamado á Roma, cual si una voz le dijera: *Perge Romam, Joseph, perge Romam*. Se creyó llamado como lo fueron San Francisco de Asis, Santo Domingo de Guzman y San Ignacio de Loyola. Estad atentos: el instituto de las *Escuelas Pias* va á nacer. Calasanz llega á Roma; y como quien obedece á la misma voz que le arrancaba de su pátria, empieza en calles y plazas á enseñar á los niños la doctrina cristiana. ¡Qué pobre principio! Necesitaba recursos para plantear una obra tan útil, y no los tenia; porque antes de salir de Aragon dejó los *beneficios* que le asignó

el obispo de Urgel, y con los bienes heredados de sus padres fundó otros dos montes de piedad, en Peralta el uno, y para los pobres de Ortoneda y Claverol el otro. Fuera de los Cardenales Colona y Ascanio no halló calor en nadie; hasta el cielo parecía señalar á sus virtudes otro rumbo. Calasanz entró en los hospitales á cuidar enfermos; entró en una confraternidad llamada de las *llagas de San Francisco* para aliviar la suerte de los enfermos y de los presos: el seráfico amor que le inflamó en tales ejercicios le llevó á visitar el sepulcro del hijo de Asis, y tras esta visita fué regalado con un éxtasis en que vió tres doncellas, la *pobreza* la *castidad* y la *obediencia*; San Francisco dió á José tres anillos, y el santo quedó desposado con estas tres virtudes en los arrebatos de un amor celestial.

Preparado estaba para todos los sacrificios, cuando estalla en Roma una epidemia. Calasanz se encuentra en medio del estrago, animando, consolando, distribuyendo alimentos y medicinas en los bárrios mas pobres. Ya se le vé atravesar el Tíber á riesgo de que la corriente le arrastrara, ya se valia de un jumentillo para compartir la carga y estar mas pronto á socorrer los

apestados. A unos auxiliá en su postrera hora, y luego los entierra haciendo de sepulturero con muchísima compasion y caridad. Calasanz y San Camilo de Lelis se encontraron en medio de aquella catástrofe, se abrazaron y se unieron estrechamente con el vínculo de la caridad, que entre todos los lazos es el mas santo y poderoso.

El cielo, decíamos, parecia señalar otro rumbo á las virtudes de José Calasanz: mas no fué así, porque viendo en los hospitales que visitaba, en los enfermos que asistia y en las miserias de todo género los estragos que puede producir la ignorancia de la ley de Dios, sacó de tan doloroso retablo la necesidad de procurar á la juventud la instruccion religiosa como base de un buen sistema de enseñanza. Aquellas miserias procedian en su mayor parte de los vicios, y los vicios eran efecto de la ignorancia en la ciencia de la Religion, del embrutecimiento de la masa general del pueblo. José Calasanz se sintió llamado con mas fuerza á realizar aquel santo propósito que traia de fundar escuelas cristianas. No tenia recursos, no tenia dinero, ni halajas, ni rentas; no tenia cooperadores; no tenia nada de lo que vulgarmente se necesita; pero tenia á

Dios de su parte, que le llamaba, y le preparaba, y le instaba. Entretanto, San José Calasanz habia llegado á la edad de cuarenta años, que es la edad de los fundadores.

Brendani, párroco de Santa Dorotea, que se ofrece á Calasanz para ayudarle en su empresa, venció las últimas dificultades para el establecimiento de la primera escuela. El santo fundador echóse á los pies del Sumo Pontífice Clemente VIII, y le pidió la facultad de enseñar gratuitamente á la juventud: no le ayudó el Senado Romano ni ninguno de los Liceos: pero con la aprobacion del Sumo Pontífice planteó la primera escuela en la Sacristia de Santa Dorotea. Desde luego se le acercaron dos sacerdotes de *las escuelas cristianas*: se previno de mesas, bancos, tinteros, plumas, papel, rosarios y medallas, y con esto poco se anunció al público la apertura de tan humilde establecimiento (1).

(1) El historiador citado refiere la apertura de la escuela de Santa Dorotea en los siguientes términos: *Abjecta tunc omni cunctatione, et mora, ne quicquam a gymnasio pueros absterreret, curavit impendio suo, ut scamna, abaci, libri, ipsi etiam calami pararentur: sacra quoque et varii generis munuscula, unde allici puerorum pietas, et acui industria solet, in promptu habuit; quæ deinceps omnia semper pro viribus præstitit.*

Las escuelas prosperaron contra toda esperanza, se acreditaron á pesar de los tiros de la malevolencia, se estendieron no obstante la desidia de las clases de la sociedad á quien tanto favorecia, crecieron y dieron copiosísimos frutos que no calcularon los que desde el principio murmuraron del fundador y de su obra. So color de que seria mas laudable ir á convertir herejes ó civilizar pueblos salvajes de Asia y Africa, se intentó deslustrar la nobilísima empresa de instruir en la Religion y en las humanas letras á la juventud cristiana, pero disipada, ignorante y embrutecida, de la culta Europa. San José Calasanz era atacado de varios modos, pero su institucion crecia, y en breve saltó á varias ciudades de Italia. Narni, Bolonia, Módena, Toscana, Nápoles, Génova, Milan, tuvieron á poco tiempo *Escuelas pias* (1). De mayor importancia y mucho mas dignas de celebridad fueron estas

Hæc dum fiunt, novi instituti rumor in vulgus manat. Itaque exeunte autumnò, anno salutis nostræ 1597 habuere initium Scholæ Piæ. Liber secundus, cap. 1.

(1) Acerca del nombre de *Escuelas pias* dado á tan benéfico instituto, dice el P. Francisco Maria Bonada de San Juan Evangelista: *Placuit hoc nomen; quia pietas princeps earum finis est.* Ibid.

escuelas que las antiguas del Pórtico, de la Academia y del Liceo: por inferiores á estas debemos reputar las de Atenas y Alejandría; porque donde se enseña á conocer y amar á Jesucristo Crucificado allí se enseña la mas alta sabiduría, aquella que merece los homenajes de todos.

No es maravilla que desde Turin pasaran los Escolapios á Polonia, Hungria, Bohemia, propagándose por gran parte de Alemania y viniendo á España. «Diez mil escolapios no bastarian para llevar á cabo tantas fundaciones,» dijo el santo fundador viéndose acosado por tantas solicitudes como se le dirijian desde los pueblos mas remotos (1). Los hijos de Calasanz penetraron en Alemania cuando la herejía habia descargado fieros golpes á la Religion y corrompido las costumbres; pero el V. Casani logró convertir cuatro ciudades al catolicismo; y fueron tan palpables las ventajas de la educacion, que los herejes sacaban sus hijos de las escuelas protestantes para confiarlos á los PP. Escolapios.

Los que censuraron y combatieron á Calasanz

(1) El Papa hizo en pocas palabras un magnífico elogio de las *Escuelas pias*. «Este instituto, dijo, lo habian de desear hasta los turcos.»

porque en vez de ir á lejanos países á convertir herejes ó domesticar bozales establecia en Italia algunas escuelas para enseñar la Religion á los niños, debieron quedar satisfechos. Este era sin duda uno de los deseos del santo fundador; pero sus enemigos no consideraron que de la escuela establecida en Santa Dorotea podian nacer aquellas que convirtieron ciudades, y que de los primeros discípulos de San José Calasanz podían salir los sábios maestros que en Alemania trabajaron en favor del catolicismo perseguido, y de las costumbres estragadas por la Reforma.

¡Qué liberalmente recompensó el cielo los trabajos de este santo sacerdote, sus desvelos en favor de la juventud, su amor á las clases menesterosas en favor de las cuales dejó instituida la enseñanza gratuita, y una enseñanza tál como la enseñanza cristiana, base y fundamento de la mas sana moral! Este biehechor del pueblo sí que merece ser venerado y ensalzado por cuantos se interesen en el bienestar y mejoramiento de las clases menesterosas! No fué con palabras como hoy se usa, fué con sacrificios como acreditó interesarse por el pueblo. No se propuso halagar al mayor número para torcidos fi-

nes; pues él renunció los honores y dignidades con que se le brindaba en Roma, los favores y obsequios de la corte de España. Él trabajó, él se consagró desde su juventud á la realizacion de un plan tan benéfico y humanitario, tan bueno y conveniente en aquella época de tantas turbaciones en la Iglesia, sin otra mira que la de servir á los intereses de la Religion y de la sociedad. El santo tenia aquella elevacion de sentimientos, aquella profundidad y extension en sus planes, la nobleza de miras, la prevision, la firmeza de caracter, la *anchura de corazon*, la dulzura de los humildes, la santidad de los perfectos, la constancia y demas dotes necesarias para llevar á efecto árdulos planes de antemano concebidos, venciendo los estorbos que se presenten. Una vez persuadido de que á él se habian dicho estas palabras: «á tí se te ha confiado el pobre: tú serás el amparador del huérfano» *Tibi derelictus est pauper: orphano tu eris adjutor* ¿cómo era posible que San José Calasanz, haciendo traicion al divino llamamiento, abandonara los huérfanos á su triste suerte y dejara los pobres sin amparo? Esto hubiera sido desconocer la importancia que tiene á los ojos de to-

dos la educacion de la juventud; esto hubiera sido privar á la Iglesia, á la Religion, del vigoroso auxilio que vendria á prestarle en lo venidero una generacion bien preparada, y mostrarse negligente en un negocio tan grave, cuando ni los herejes ni los hombres irreligiosos han podido mirar con indiferencia la educacion de sus hijos.

Este es, señores, el secreto de la proteccion que en muchas partes y por personas ó libertinas ó impías, se ha prestado á tan piadoso instituto. Puede ser que el hombre, por el extravio de sus ideas ó de sus costumbres, viniendo á caer en la incredulidad, en la impiedad ó en el libertinage, viva olvidado de sus deberes, reducido á tan dolorosa extremidad: pero si este hombre es padre, á menos que sea tan degradado como los que por excepcion ultrajan la naturaleza en los sentimientos mas tiernos que inspira, no querrá para sus hijos una suerte tan desgraciada. El hombre irreligioso quiere que sus hijos sean muy buenos cristianos; el hombre corrompido quiere que sus hijos sean un dechado de buenas costumbres. Tales padres no practicarán la Religion, no participarán de los Sacramentos,

no dejarán su mal vivir; pero derramarán si- quiera sea en secreto algunas lágrimas conside- rando la cristiana ó inocente vida de sus hijos, la dicha de participar de una vida sobrenatural y divina en la cuotidiana asistencia á los divinos misterios. A los ojos de sus hijos no harán gala del libertinage; no despreciarán la autoridad de la Iglesia aunque por su conducta no pueda sa- berse en qué la respeten; no juzgarán al sacer- docio del modo que, cuando no están presentes aquellos hijos tan queridos, suele juzgarse de los sacerdotes de quienes reciben la primera di- reccion moral, los primeros ejemplos de virtud, los primeros rudimentos de las ciencias y de la Religion, que determinan por lo comun la suer- te del hombre en el resto de su vida. En una dis- cusion defenderán con terquedad sus errores ó sus preocupaciones anticristianas; pero si aman de veras á sus hijos, serán inconsecuentes con sus opiniones, por tal de proporcionar á los que aman la dicha y tranquilidad de que disfrutan los hombres sinceramente religiosos. El bien que hicieron las *Escuelas pias* en Alemania, la defensa que contra la corrupcion de costumbres buscó en muchas ocasiones la familia protestan-

te para conservar los mas sagrados vínculos relajados por la herejía; y el afan con que entre nosotros, aleccionados por tantas esperiencias, se desea encomendar la educacion de la juventud á aquellas personas é instituciones que den mayores garantías contra las doctrinas disolventes que infestan la sociedad, son suficientes á explicar los progresos de una institucion cristiana en un pais desorganizado por la propaganda revolucionaria, ó en un siglo irreligioso.

Al cabo de tres siglos, el trabajo continuo, el celo apostólico de Calasanz sigue dando sus frutos. El que vivió en trabajos desde los dias de su juventud, *in laboribus a juventute mea*, se alimentó con el celeste pábulo de la sabiduría, y perpetuó la tan misericordiosa obra de la enseñanza, fundando el instituto de las *Escuelas pias*, en que se alberga confiada la juventud.

Mas para apreciar en todo su valor el mérito de la obra tan santa que está dando frutos perdurables y copiosos, os faltan, hermanos míos, algunas noticias harto preciosas acerca de los trabajos de Calasanz. Sin una paciencia á toda prueba, sin una constancia inquebrantable, sin la firmeza de voluntad que resiste los halagos,

que burla las asechanzas, desbarata las maquinaciones y acrisola la virtud, no pudiera triunfar el instituto de las *Escuelas pias* de la ruda persecucion que sufrió desde su principio, por muy útil, benéfico y santo que se le considere. San José Calasanz, á fuerza de ayunos, cilicios y penitencias, procuraba hacerse muy acepto á Dios para que lo fuese tambien su santa obra: oraba de dia, oraba de noche; permanecia asíduo en la contemplacion de la Eucaristía. Se confortaba orando en el sepulcro de San Pedro, veneraba las reliquias de Santiago, San Felipe y San Francisco de Asis; se inspiraba meditando la vida de Santa Teresa de Jesús; se humillaba en las cárceles y en los hospitales, y fatigado de tan constante ejercicio, reparaba sus fuerzas un sueño breve, recostándose en el suelo ó sobre una tabla desnuda (1).

(1) En estos términos refiere su vida el historiador Bonada: *Victus, quo ferme uti quotidie consueverat... erat tamen mané aridus, nullus omnino vespere. Flagellis, quæ eliciebant sanguinem, cilicium quoque additum, et aculeis instructa horrificis lamina, quæ lumbos tantum non discerperet. Somnus perraro in lectulo, plerumque humi, aut ad nudam tabulam emendicatus, brevior erat, quam ut reficeret vires, nunquam certe extractus ad mediam noctem. Tunc enim coram sacra*

De este modo, con tan áspera vida, preparábase el Santo á sufrir los mayores trabajos á que están sujetos los fundadores y reformadores: y los mayores trabajos no son otros que las persecuciones que se suscitan por parte de los mismos hijos, hermanos y cooperadores que no son llamados á la obra de Dios, verdaderos apóstatas, inspirados por Satanás, animados de su infernal soberbia, cuyo furor fué creciendo en los claustros de las *Escuelas pias* hasta destruirlas momentáneamente, aménazando estinguirlas para siempre. Estalla contra Calasanz en los últimos años de su vida una persecucion terrible: vínole de mano de los mismos Escolapios, que acrisolaron su virtud. MARIO, QUERUBINI, PIETRA SANCTA, estos fueron los verdugos que le desgarraron sin piedad, los que le quitaron el Generalato, los que amargaron su vejez, los que rasgaron las leyes y constituciones de esta santa fundacion, los que llevaron el santo á la Inqui-

Eucharistia se prosternens, intentior aliquandiu contemplandis rebus caelestibus, et aeternis, matutinas sacerdotum precaciones obibat: reliquum noctis vigilabat, adeundis praesertim septem urbis basilicis, atque id tam anxie, celeriterque, ut fessus de via, et laboribus, pronus interdum cadenti similis videretur. Liber i. cap. x.

sición, los que se felicitaban viéndole detenido y realmente preso, y los que con intrigas lograron malquistarle con algunos Prelados. Deseaba Mario en su ciego furor el exterminio de las *Escuelas pías*.

Pero ved á José Calasanz sujeto á la obediencia de sus enemigos, hincarse de rodillas delante de ellos, pedirles licencia para salir del colegio, escuchar sus reprensiones con humildad, defenderse sin altanería, redoblar sus oraciones por sus enemigos, y obedecer en silencio. Dios le afligia, pero le confortaba: Dios permitía aquella violenta cruzada de los enemigos de la Religión, pero le señaló un término, y á la deshecha borrasca sucedió la paz, la serenidad y bonanza. San José Calasanz triunfó de sus enemigos con el auxilio de Dios: Dios envió la lepra sobre sus calumniadores para librarle de ellos, y concedió á Calasanz una vida de noventa y dos años para que le sirviera de consuelo la esperanza de que su piadosa fundación había de estenderse por el mundo. Después que pereció el último de sus enemigos, murió el santo y venerable fundador de las *Escuelas pías* entre las lágrimas de la ciudad de Roma, siendo su vida tan trabajosa al fin

como al principio, y pudiendo decir: *in laboribus a juventute mea*: «toda mi vida, desde mi juventud, la he pasado en trabajos.»

Ahora bien, hermanos míos, ¿qué será de vosotros si no trabajáis? Maestros que habeis sido llamados para trabajar en la enseñanza y educación de la juventud, jóvenes que habeis sido confiados á la paternal solicitud de los hijos y discípulos del insigne español que fundó las *Escuelas pías*, y tú, pueblo amado que me escuchas con atento y religioso silencio, ¿qué será de tí, qué será de vosotros si no trabajáis? Dejad que redoble mi interés por vuestro bienestar, y que aproveche una de las ocasiones mas felices de mi vida y la vuestra, para inculcaros sanas ideas acerca del trabajo. Vosotros ois todos los dias las péfidas sugerencias de los que fingiéndose amigos del pueblo, os estimulan á la pereza, á la ociosidad, al despilfarro, librando la seguridad de vuestra subsistencia en la revolucion para la que se os prepara, en la depredacion de los bienes agenos que se os pinta como una cosa legitima, en quiméricas particiones que parecen equitativas y justas segun los apóstoles del nuevo derecho. En todas partes se predica esta fu-

nesta doctrina, pero la Andalucía es el principal teatro. La revolucion social que nos está mirando, no quiere desperdiciar las naturales ventajas que aquí le presentan un pais fértil, un sol ardiente y un clima dulce, para envenenar las pasiones, libertar á las masas del yugo del trabajo, y destruir uno de los fundamentos de la sociedad. Todos los dias se os predica en este sentido en el taller ó en el campo: oid una vez siquiera lo que se os predica en el templo, y vosotros distinguireis hasta en el acento de una voz amiga el vivo interés que inspira al sacerdote la noble causa del pueblo, vilmente engañado. Me valgo de este panegírico de San José Calasanz para hacerme oír de millares de personas entre las que circulan doctrinas tan pestilentes. Una tan piadosa industria me será permitida. Vuestra atencion estará fatigada, pero sed indulgentes: os lo suplico.

Señores, hace mucho tiempo que nos lamentamos de la guerra que se viene haciendo á la Religion en España, y hasta ahora no se ha dado entero crédito á nuestras aserciones: fué necesario que se estendiera el combate á toda la línea, para que los hombres mas desprevenidos y

confiados palparan la realidad, participaran de nuestros temores, y desearan como hoy desean que á las malas ideas se ponga un correctivo. Pues bien, entre las nociones conservadoras que han sufrido el golpe mas rudo, ninguna tal vez ha sufrido tanto como la nocion del trabajo. Esta era la que radicalmente debia ser alterada; pues no perturbando solamente las ideas sino tambien los intereses, ningun estravio puede ser mas general ni de consecuencias mas ciertamente desastrosas.

Ante todo debemos preguntar ¿qué es el trabajo?

El trabajo es una accion; pero no es solamente una accion; es un esfuerzo. Aquel que en su camino no halla obstáculos que vencer, ni encuentra en sus obras contradicciones y resistencias que superar, no trabaja: todo lo mas, se podrá decir que se entretiene ó se ocupa, mas no que trabaja, porque no hay esfuerzo. Quiérese hoy ser sábio sin estudiar, ser rico sin trabajar, comer, beber y vestir y tener muchos goces, estándose mano sobre mano; y (lo que es absurdo) se quiere trabajar sin trabajo, alcanzando unos bienes como para soñados, y alegando co-

mo justo derecho á su adquisicion y disfrute este trabajo de los holgazanes, este trabajo que no fatiga, este trabajo que vale tan poco en comparacion del estipendio que se reclama, y que es en muchos casos verdaderamente infecundo.

Mas cuando el hombre quiere ocuparse con provecho, dar á sus facultades el conveniente ejercicio, hacer de sus potencias un uso fecundo, entonces encuentra dentro de sí mismo, en su alma y en su corazon, en la sociedad como en la naturaleza, obstáculos que intentan detenerle en su carrera, fuerzas que le hostilizan, tropiezos que le embarazan, inconvenientes que dificultan el camino. ¿Qué es lo que se quiere? Se quiere trabajar? pues entonces no conviene arredrarse: es menester trabajar: y trabajar es luchar con los inconvenientes, es salvar esas barreras que se levantan en frente de nuestros propositos, es pelear contra todas las resistencias, es debilitar y vencer esas fuerzas hostíles, destruirlas, aniquilarlas.

Los economistas distribuyen la sociedad en dos clases, la una llamada *productora* y la otra *estéril*. Para pertenecer á la primera es menester que el hombre, sacudiendo su inercia y flo-

edad, se levante, acometa con resolucion alguna obra, aplique á ella su inteligencia ó sus brazos, ó todo junto, y la prosiga con aliento; es menester en suma que trabaje, pero con la fatiga en los miembros, el sudor en su frente, y muchas veces la tristeza en su corazon.

El trabajo es, hermanos míos, una ley, el castigo que mereció el género humano por su primera culpa, la expiacion de sus rebeldías, la condicion de todo progreso y mejoramiento, y un yugo de que nadie se libra por buenas ó por malas, siendo suave y dulce para el hombre diligente, abrumador é insoportable para los perezosos. Dijo el Señor á la mujer que «en dolor pariría sus hijos» y el rigor de esta ley no se ha atenuado en lo mas mínimo. Dijo el Señor al primer hombre «que comería el pan con el sudor de su rostro,» y á este precio se sigue comprando el sustento de cada dia, no llegando ninguno al logro de la propiedad sino por el trabajo suyo ó ageno, siendo en el primer caso el primer propietario de su estirpe, siendo en el segundo el heredero de una masa de bienes acumulados por el trabajo. La sabiduria no se adquiere sino trabajando: ni se pueden dominar

las pasiones sino en abierta pugna, ni se alcanza la virtud por otros medios, ni el crédito y la buena fama se dán gratuitamente al que no se impone sacrificios costosos, para obtener de la pública opinion tan honrosa recompensa. Ninguno de los bienes terrenales se logra legítimamente sin esfuerzos dolorosos; mas ¿qué digo *terrenales*? De los eternos dice San Pablo que «ninguno será coronado sino el que hubiere peleado á ley» *non coronabitur nisi qui legitime certaverit*: el trabajo es asimismo la condicion para adquirir los espirituales y eternos, porque «el reino de los cielos sufre violencia.»

¿Quién puede hacer cargos ni dirigir acusaciones por las imperfecciones que los utopistas creen descubrir en nuestra organizacion social considerando la del trabajo? El trabajo es una ley que á todos nos coge por entero. Si no se labra la tierra, si el arado no pasa una y otra vez trazando profundos surcos, no hay mas que perecer. Que descuide un hombre el cultivo de su entendimiento, y se verá caer en errores, oscurecerse su luz, cobijada por la ignorancia. La verdad no será el alimento de su alma; y faltándole el único alimento que se le adapta, perece. Otro

tanto le sucederá si descuida poner á raya sus pasiones; porque alzaránse en rebelion, que este es el grito que arrojan las pasiones adentro de nosotros mismos. Crecerán las espinas y malezas de los vicios, se sofocará la simiente de las virtudes, y sino sudamos y nos afanamos para conservar y defender de tanta maleza el precioso alimento de la virtud que es el que se adapta á nuestro corazon, la muerte espiritual y moral se nos vendrá encima con la celeridad de la posta.

La santidad de nuestro ministerio, la elevacion de esta cátedra que indignamente ocupamos, y el santo amor de la verdad, nos prohiben lisongear las pasiones populares, yéndonos con la corriente para ser cómplices de los engaños y alucinaciones á que para su desgracia no pocos incautos prestaron oidos. La verdad tiene mucha fuerza; y siquiera por contrariar las miras de los revolucionarios que con sus predicaciones intentan desmoralizar al pueblo, privarle de los consuelos de nuestra santa Religion, producir agitaciones profundas, despertar en él insaciables deseos, especular con su sangre y burlarse de su rusticidad, he de decir á todos:—Vé tú, trabajador, jornalero, menestral, hombre de letras,

cualquiera que sea tu profesion ó tu destino, vé á cultivar la tierra, tu alma, tu corazon: ninguno se exima de esta ley; nádie se excuse de trabajar creyéndose desobligado. Tan necesario es el trabajo para alcanzar las riquezas, como para adquirir la sabiduría, como para llegar á un alto grado de perfeccionamiento moral. Suda y trabaja; el decreto que á todos nos impone tan sagrada obligacion es irrevocable: es menester trabajar. El trabajo para hoy, el trabajo para mañana, el trabajo para siempre. Es necesario que repasando nuestros deberes respectivos y procurando llenar nuestra mision sobre la tierra, podamos decir ennoblecidos aunque fatigados por el peso de las obligaciones que el Señor impuso sobre nuestros hombros, lo que decia San José Calasanz en los penosos dias de su ancianidad: *in laboribus a juventute mea* «toda mi vida, desde mi juventud, la he pasado en trabajos.»

La obligacion de trabajar es tan ineludible, que los novadores no la han combatido á las claras ni directamente: pero indirectamente nos están creando conflictos gravísimos, diciendo: — no suprimimos el trabajo, pero vamos á trans-

formarlo. Tal como está organizado al presente, es muy penoso y envilece al hombre imprimiéndole la marca afrentosa de una injusta opresion. En adelante, el trabajo será agradable; trabajar y gozar serán una misma cosa. El hombre será rico sin gran molestia, alcanzará la sabiduría á poca costa. Nuevos métodos para todo, hasta para la educacion y la enseñanza, obrarán prodigios; y esta facilidad con que se pondrá la sabiduría al alcance del mayor número, será el carácter mas señalado y el atractivo mas poderoso con que tomará posesion del mundo una civilizacion inaudita. —

No es un verdadero amigo del pueblo el que en tales ideas le imbuye. Permanezca fiel á esta Religion santa y divina que impone la obligacion del trabajo, que lo santifica y lo hace provechoso, y el trabajo le asegurará su dignidad y aun sazonará todos los momentos de su vida; porque el trabajo, señores, tiene tambien sus alegrías, y proporciona las mas puras satisfacciones que no ha gustado jamás el paladar de los perezosos.

Estas ideas disolventes han penetrado tambien en los colegios para adormecer á la juventud, haciéndola mirar el trabajo con hastío. Por todas

partes se habla de civilizacion, de ilustracion, y por personas que no tienen estudios ni preparacion alguna, á no ser la lectura de los diarios ó de algunos libros insignificantes. Los pedantes se convierten con facilidad en propagadores de una literatura facilísima de adquirir: ¿serán acaso estas ideas las primicias de la nueva civilizacion que se nos promete, y muestra de lo que ha de venir con el transcurso del tiempo?

No eludais vosotros, jóvenes alumnos, la obligacion del trabajo, sino cumplidla con amor; que ya cogereis el premio. En los libros aprendereis cuánto trabajaron los que de pecadores se hicieron santos, y los que de ignorantes alcanzaron la sabiduría; porque desde que el mundo es mundo no se ha conocido arte mas simple para llegar á la perfeccion en cualquiera sentido. Trabajaron constantes y esforzados, y dieron el pecho á todas las dificultades aquellos varones esclarecidos por cuyo ministerio vino la salud á Israel: y desde entonces, para hacer el elogio de un hombre aguerrido y esforzado en las batallas del Señor, para ensalzar las virtudes, la constancia y fortaleza de un hombre, como por ejemplo, San José Calasanz, decimos: «él era de aquella clase escogida por quien

vino la salud al pueblo de Israel.» *De semine virorum illorum, per quos salus facta est in Israel.*

Trabajad, jovenes alumnos, é imitad los grandes ejemplos. Vosotros aprendereis que Demóstenes luchó contra su naturaleza que le habia negado el don de la palabra, y al cabo de esfuerzos se hizo orador, dominó primero con su voz el estrépito de las olas, después el bramido de un pueblo, y su elocuencia despidió rayos que todavía vosotros vereis brillar. ¿Qué no han trabajado los navegantes en busca de nuevos mundos, y los discípulos de Jesús en busca de nuevos pueblos? Unos y otros han fundado nuevos imperios y los han civilizado: obra fué esta del trabajo del hombre, que Dios bendecía, impulsaba y recompensaba, como Dios suele.

Voy á concluir, hermanos míos, mas no será sin hacer el último esfuerzo hasta empeñar á la juventud que me escucha en el propósito de trabajar con ahinco y perseverancia, si han de alcanzar el precioso fruto de la virtud y la sabiduría. Vosotros, queridos niños, teneis el honor de militar bajo las banderas de un santo anciano que aun en los últimos dias de su vida se ocupaba en comunicar á los niños la sabiduría: sa-

pietiam præstans parvulis. ¡Cuánto honor para vosotros haber tenido un tal maestro, y haber entrado por providencial eleccion en el número de aquellos jóvenes cuya suerte futura hacia conmover el pecho de San José Calasanz, pensando en ellos!.... Y! qué dicha si dado el primer paso que os preserva de mil escollos llegais á ser por vuestra conducta modelos de aplicacion y laboriosidad! ¡Qué honor para vuestros maestros, y qué dicha tan completa para vuestros padres! Ellos lo esperan todo de vosotros. La sola esperanza de que un dia seais útiles á los demás, de que recompenseis tantos sacrificios y alcanceis una reputacion que os sobreviva, alegra el hogar doméstico y excita en la intimidad y confianza de las familias las mas tiernas emociones. Si vosotros trabajais, esas esperanzas se convertirán en realidades. Si trabajais desde la juventud, *a juventute*, será señalado en el porvenir el dia en que entrásteis en este colegio quedando sujetos á su disciplina.

Que os muevan estas consideraciones y otras con que se suele excitar la emulacion de la juventud y el hervor de su entusiasmo, para cumplir con toda felicidad la obligacion del trabajo,

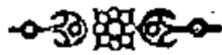
del que nacen todos los bienes apetecibles. De esta manera podreis alcanzar bienes terrenos y espirituales, el bienestar, la salud, la virtud, la sabiduría, la buena fama; y el bien que hiciereis comunicando á los demás, para honra y gloria de Dios, una parte de tantas riquezas atesoradas, os servirá de mérito para alcanzar un dia, en premio de vuestros trabajos, la eterna bienaventuranza que os deseo á todos, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. *Amen.*

FIN.



ÍNDICE

de los sermones panegíricos contenidos en este
tomo tercero.

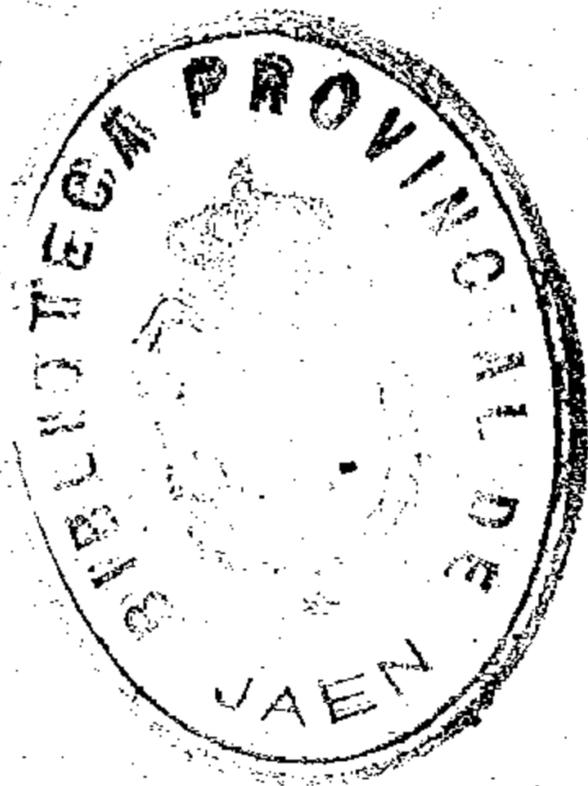


Páginas.

<i>Sermon para el dia del</i> ARCANGEL SAN RAFAEL. <i>Contra racionalistas y sensualistas</i>	5
— <i>Para el dia de la</i> NATIVIDAD DE SAN JUAN Bautista. <i>En qué consiste la grandeza humana.</i>	39
— <i>Para el dia del glorioso Patriarca</i> SAN JOSÉ, esposo de la Virgen María. . . .	65
— <i>Para el dia de la</i> CONVERSION DEL APÓSTOL SAN PABLO. <i>Contra el racionalismo.</i>	97
— <i>Para el dia de</i> SAN FRANCISCO DE ASIS. <i>Contra el socialismo. El verdadero espíritu de las órdenes mendicantes. . .</i>	139
— <i>Para el dia de</i> SANTA ISABEL REINA DE HUNGRIA. <i>La virtud en los trabajos. Caridad admirable. Los protestantes desprecian la santidad</i>	195
— <i>Para el dia de</i> SANTA TERESA DE JESÚS. <i>Sobre la oracion</i>	

- *Para el día de SAN JUAN DE LA CRUZ.* Constancia en los trabajos. Humildad y paciencia 255
- *Para el día de SAN JOSÉ CALASANZ.* La Iglesia y la enseñanza. Recomendación del trabajo. Ideas perturbadoras extendidas por los supuestos amigos del pueblo 293

FIN DEL ÍNDICE.



FÉ DE ERRATAS.

<u>Pág.</u>	<u>lín.</u>	<u>Dice.</u>	<u>Léase.</u>
45	20	original	virginal
89	21	María	Margarita
128	12	vigente;	vigente su ley
303	12	les	le

